

EL COJO ILUSTRADO

AÑO IV

1º DE DICIEMBRE DE 1895

Nº 95

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICIÓN QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

EL INDIVIDUALISMO Y LA ANARQUIA EN LITERATURA

Federico Nietzsche y su filosofía

(DE EDUARD SCHURÉ)

II

Hay en la vida de ciertos hombres bruscas conversiones, en las que, atacados de un odio violento contra el objeto de su culto, rompen rabiosos los ídolos y adoran lo que antes repugnaron. En casos semejantes, el ídolo roto no es sino una ocasión que hace brillar la verdadera naturaleza y surgir del fondo del individuo el ángel ó el demonio. Hay uno de esos casos en la vida de Nietzsche: fue su ruptura con Ricardo Wagner. A partir de este momento, la enfermedad de orgullo en él latente se desarrolló en proporciones gigantescas, para llevarlo á un ateísmo feroz y aun al suicidio intelectual. Pero antes de hablar de la crisis que produjo á ese grande anarquista del pensamiento,—que ha obtenido tantas injurias en su país y tantos aplausos fuera,—tracemos en dos palabras sus comienzos.

Federico Nietzsche nació en 1844, el 15 de octubre, en una aldea de Sajonia. Su padre era pastor protestante y descendía de una familia de hidalgos polacos (los Nietzki). Desde niño dio muestras de fecundas disposiciones de una naturaleza potente pero contradictoria: una delicadeza de percepción y una sensibilidad excesiva, unidas á una tenaz energía de voluntad; la pasión por la música y la poesía con ciertos visos de análisis metódico y el amor de la dialéctica llevada hasta el sofisma; fanatismo maniático con sobresaltos de alma taciturna y perpetuamente en sorda rebelión. Había en él un sabio, un artista y un filósofo. Pero nunca pudieron entenderse y como ninguno de los tres cediera el paso al otro, terminaron por refirir á duro golpe. Nietzsche hizo sus estudios en Bonn. En 1865 fue nombrado profesor de filosofía griega en la Universidad de Báile; tenía veintiún años.

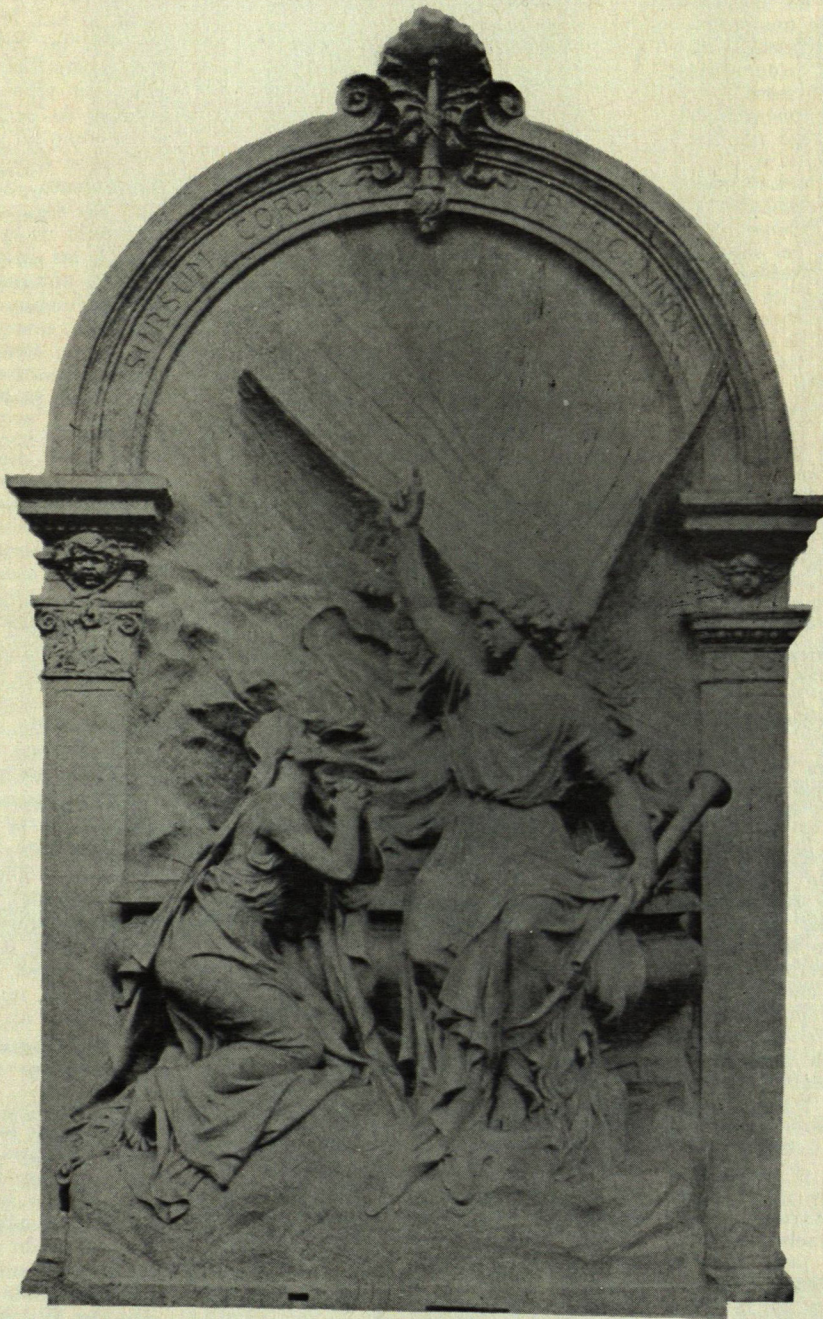
Heredó de sus profesores un caudal de conocimientos junto con el arte implacable de una crítica puramente negativa; pero la enseñanza universitaria no le dejó ninguna

idea directriz. A su espíritu llegaron las torturas intelectuales de la segunda mitad del siglo XIX. ¿No había visto al espíritu humano amenazado por sus propias creaciones en su libertad y en su dignidad, por las pretensiones excesivas de las ciencias naturales y por el desarrollo de la industria? ¿No había visto la elegancia de las costumbres, el sentido de lo bello obliterados por el flujo creciente de la democracia nivela-

goras había pasado á su presencia sin revelar el secreto de los números, del alma y del Cosmos. Nada le arredró, y en espíritu abandonó su patria germánica y los nuevos tiempos para abordar á la tierra de los dioses, de los héroes y de los sabios, cubierto con el escudo de Kant y provisto de la lanza de Schopenhauer. Fué al Acrópolis y al teatro de Baco, creyendo que la tragedia, centro viviente del arte griego, le diría los secretos de Eléusis y de

dora? El mundo moderno no sonreía á su exquisita naturaleza, pulida por una cultura aristocrática, hermosa por un ideal trascendente. En esa época leyó á Schopenhauer. El pesimismo idealista del filósofo de Francfort se apoderó de su espíritu: para Schopenhauer la vida es mala en sí y en esencia. Hijo de una naturaleza inconsciente, el hombre procede por un deseo sin freno y sin objeto, por un instinto ciego. Boudha había declarado que el único remedio contra el mal de vivir era el anulamiento por el ascetismo y el desprendimiento absoluto. Schopenhauer se complacía en encontrar en la filosofía y en el arte deliciosas estaciones entre la vida y el nirvana.

Tal doctrina respondía á la faz espiritual y á las necesidades íntimas de Nietzsche. En ella se atrinchó contra las influencias del mundo ambiente y emprendió camino, semejante al caballero de Alberto Durer, que armado de punta en blanco se presentó impasible entre la Muerte y el Diablo. Pero aún buscaba su ideal. La Grecia antigua lo atraía de modo invencible y fué á ella. Lo que la pedía, desventurado, era nada menos que la albura de los mármoles, los deslumbramientos de la belleza y la beodez de sus cantos armoniosos; todo el enigma guardado por la esfinge, el secreto del hombre y de la vida. Supuso que allá, en el caos de la Historia, sobre las playas eternas de la Hélade y de la Gran-Grecia, se había realizado el noble ideal, no sólo de la filosofía sino de la vida filosófica; creyó verlo un instante en las figuras enigmáticas de la escuela jónica, en Tales y en Heráclito. Pero aquellas sombras se habían desvanecido, y el gran Pitá-



LA HUMANIDAD CONSOLADA. — Bajo relieve por C. J. Desvergues
(SALON DE LOS CAMPOS ELISEOS)

Delfos. Aproximóse á ellos y vio que eran ruinas no menos lamentables que las otras. ¿Cómo encontrar, pues, la visión de esos héroes fabulosos moviéndose en el fondo de aquel paisaje escultural y de aquellos coros divinos, verbos encarnados del enigma trágico? Allí había un misterio y ante él Nietzsche se detuvo perplejo.

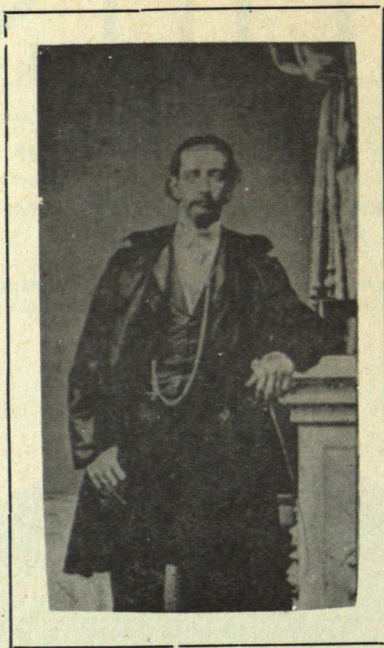
Precisamente en aquel tiempo hizo conocimiento con Ricardo Wagner. Los que vieron en la intimidad del grande artista conocieron su poderosa influencia: tenía algo de mágico y de titán. Así como su obra ofrece una síntesis maravillosa de las artes, su conversación tumultuosa se veía como atravesada por los relámpagos de sus creaciones y por las radiaciones de una voluntad indomable. Fue para Nietzsche como una revelación fulgurante: tal poder tiene el genio, que transforma el universo para los que se le aproximan. El entusiasmo del neófito no tuvo límites; se entregó por completo, como un discípulo al maestro.

Por la obra de Wagner la misma tragedia griega se ilumina con intensidades de nueva luz. ¿No había dicho Schopenhauer que es la música reveladora del alma de las cosas y su más directa expresión? Ello nunca fue tan cierto como en los dramas de Wagner, en los que, los motivos predominantes y los juegos infinitos de la armonía, traducen los movimientos interiores de los personajes y en cierto modo nos hacen ver las palpitaciones de su corazón. A pesar del abismo que separa el teatro griego del teatro moderno, Nietzsche pensó, no sin razón, que en el uno como en el otro el sentimiento trágico proviene de una misma fuente y que esta brota de lo más profundo del misterio humano, de la ley fundamental del sér: del misterio de la vida y de la muerte.

De allí, de esa concepción, salió el primer libro de Nietzsche: *Nacimiento de la tragedia por el genio de la música*, publicado en 1872. En él se revelan las cualidades del pensador y del escritor; se siente la influencia de sus primeros maestros, Schopenhauer y Wagner. La obra suprema del arte griego se presenta allí como la obra combinada de Apolo, dios de la individualidad, fuente de la poesía y del ensueño, y de Dionisos, genio de la creación y de la destrucción universal, fuente de la embriaguez y de la música. El placer esencial de la tragedia consiste, según Nietzsche, en embriagarnos á la vez que con la grandeza de la vida individual, con la fuerza de la vida universal; en llevarnos, por el terror y la piedad, á ese arrobamiento dionisiaco en el que, al abandonarnos á nuestra propia vida, participamos en cierto modo "de la potencia indestructible del Sér de los seres, de la fuerza creadora del Único viviente."

En los años subsiguientes Nietzsche desarrolló los principios expuestos en su ensayo relativo á la tragedia: todavía no era el individualista exagerado, el anarquista violento del pensamiento que llegó á ser más tarde; en filosofía continuaba siendo el fiel discípulo de Schopenhauer: no creía en Dios ni en la otra vida, pero admitía una especie de alma del mundo, realidad trascendente que se manifiesta por la gerarquía de las fuerzas y de las ideas, así en la naturaleza como en la humanidad. En nombre de la filosofía, declaraba la guerra á la ciencia positivista, que no ve sino la apariencia de las cosas y pretende imponer una ley á la vida; en nombre de la conciencia y de la intuición, declaraba la guerra al abuso y á la tiranía de la historia y proclamaba la soberanía del genio, rindiéndole homenaje y culto supremos, "solitario sublime", revelador y nuncio único de la verdad trascendente, primogénito del tiempo y "mensajero del Eterno."

ELOY G. GONZALEZ.



EL GENERAL MANUEL EZEQUIEL BRUZUAL

Este noble y valeroso joven dio principio á la carrera militar por la marina. Enrolado en las huestes terrestres, ostentó todas las dotes que pueden constituir una personalidad militar. Sus conmitones le apellidaron el *Soldado sin miedo* y al terminar la guerra mereció en todas partes de la República cariño, estimación y respeto. Los mas altos puestos le fueron ofrecidos por el Gobierno y por el voto público. Ni un día perdió las simpatías populares, y cuando al fin, ejerciendo la Presidencia de la República, fue víctima de una revolución formada de antemano contra Gobiernos anteriores, Bruzual probó por su generosa conducta que había nacido para gobernar la nación bajo la égida de la paz, de la libertad y de los principios.

Combatiendo en Puerto Cabello como gallardo adalid y hombre resuelto, fue mortalmente herido y conducido á Curazao. En aquella hospitalaria isla rindió el último aliento, y sus restos fueron conducidos á Caracas y depositados en el Panteón Nacional.

Se recuerda á Bruzual como al Cid, al Gran Capitán ó al célebre Bayardo. En su vida privada fue no sólo ajustado sino pulcro. Su nombre no figuró en combinaciones desdorasas, ni ejecutó jamás un solo acto de que pudiera arrepentirse ó acusarse. Lleno de aquella influencia que dan los laureles del triunfo, la empleó algunas veces en favor de sus amigos, nunca en su propio beneficio. Su muerte fue generalmente sentida. Meditando sobre ella un día y sobre las virtudes de Bruzual, dijo un amigo nuestro estas palabras: "Murió porque no lo merecíamos, y ninguna esperanza podía realizar aquí abajo."

La historia recogerá los datos relativos á tan hermosa existencia, y asignará á este mancebo generoso una brillante página en el sombrío panorama de nuestras guerras civiles.

Bien sabemos que de Bruzual pudiera escribirse un tomo in-folio sin cansar la pluma ni al lector; pero carecemos de datos y nos ceñimos al programa que se ha trazado EL COJO ILUSTRADO de rememorar á los hombres notables de Venezuela.

LEON LAMEDA.



UNA VIDA

La vida humana no se mide por la noción matemática del tiempo. Una serie más ó menos larga de años no es fórmula que pueda expresar lo que se ha vivido. Así un labriego centenario que no ha salido de los límites de su aldea, y en cuyo espíritu se han repetido invariablemente, día por día, las mismas sensaciones, las mismas esperanzas, los propios dolores y alegrías, ha vivido poco. Y, en cambio, el hombre de acción, cuya existencia se precipita como un torrente al través de escenas y paisajes siempre nuevos, ó el hombre de pensamiento que, á más de la material, vive esa segunda vida sin límites, que el desarrollo de la razón otorga como privilegio á las inteligencias superiores, viven mucho, aunque su existencia, apreciada temporalmente, parezca breve. En el primer caso, una corta dosis de vida se diluye en un Océano de días; en el segundo, despléganse á cada hora, con la mayor intensidad posible, todas las energías vitales.

Si es así, Rochefort, el célebre radical francés puede vanagloriarse de ser uno de los hombres de su tiempo que más ha vivido. El mismo lo expresa indirectamente en sus Memorias, cuyo comienzo se lee en *Le Jour*.

"Por un enricadenamiento de hechos cuya responsabilidad no ha sido siempre mía—dice—creo haber experimentado casi todas las sensaciones imaginables. Como un hombre que pasara su vida en una montaña rusa, he caído constantemente, por espacio de veinticinco años, de las más altas cimas á los más negros abismos.

Pasados apenas algunos meses desde el día en que el pueblo rompió las puertas de Santa Pelagia para llevarme, entre aclamaciones y flores, al Gobierno de la Defensa nacional, se me conducía encadenado entre ¡muertas! á Versailles. Me pasearon durante una hora por las calles, como á Pougatcheff, y veo todavía á un viejo vestido con un *paletot* de color de canela, que agitaba un paraguas colorado, gritando:

—¡Es Rochefort! ¡Esta vez hay que desollarle vivo!"

Pero si individualmente puede medirse la vida por la variedad é intensidad de sus sensaciones, para la sociedad y para la historia se mide por el fruto, y es poca vida la que ha sido infecunda, por agitado y dramático que sea su desarrollo. Mirado desde este punto de vista, disminuye grandemente el valor de la vida de hombres como Rochefort, agitadores estériles de multitudes. Quijotes que por dicha ajena, fueron tomados por auténticos paladines de la caballería, y que al cabo no dejan tras de sí otra huella que un rastro de odios y de sangre.

Compárese la vida de Pasteur, por ejemplo, con la de Rochefort, y dígame quien ha vivido más para la humanidad, si el sabio modesto que apenas salió de su laboratorio, ó el osado revolucionario que vivió en perpetuo foro y agitó á una generación con sus inflamadas arengas.

E. GOMEZ DE BAQUERO.

MATEO VALLENILLA



Mateo Vallenilla, hijo de Cumaná, graciosa reina del Manzanarés, y descendiente de familia rica y distinguida, estudió las primeras letras en su ciudad natal y fue enviado por

quias de Magdaleno y Güigüe y siguió hacia Valencia en perenne combate. Informado de que en la hacienda de Santa Rita le aguardaban los restos de las diversas partidas aumentadas con fuerzas descendientes de la Sierra de Carabobo, no dudó atacarla, y así lo hizo, desalojándolas de las casas de la hacienda; pero los fugitivos ocultos en los cañaverales hacían fuego á mansalva sobre las tropas de Vallenilla. Herido éste en la

el recogimiento y terrorífico por las evocaciones que lanzan la imaginación en un mundo poblado de tétricos fantasmas. Los manes de aquellos héroes debieron quedar satisfechos.

Era Vallenilla un joven de genio alegre, de carácter franco y de maneras caballerosas. En los salones lucía sus galas cortesanas, en el trato común su despreocupación filosófica, entre amigos su generosidad sin límites, en la campaña su valor siempre á prueba y nunca desmentido. Era el tipo del antiguo paladín que amaba el pueblo y celebraban los bardos en su cítara.

Al fin cayó bajo la hoz de la muerte. ¡Cuántas esperanzas cortadas en flor no cayeron con él! Lágrimas mereció, con lágrimas le recordará la historia; pero ¿es acaso la muerte la mayor de las desgracias? ¿No es por ventura gloriosa la muerte del soldado en el campo de batalla? El ejemplo que deja es edificante, los anales patrios se ilustran con una página más, el dolor que inspira purifica, el entusiasmo que despierta su recuerdo ennoblecce las causas, colorear con luz irídea la poesía inspirada por la Patria y enriquece las imaginaciones dando pábulo á la leyenda y al romance. En cuanto á la víctima, si su paso sobre la tierra dejó huellas de bendición, justo y lógico es creer que en la mansión de los espíritus, el alma desprendida de los lazos terrenales viva empapada en las fruiciones de la justicia y se regocije al pensar en los desengaños á que se sustrajo y que la aguardaban en la carrera de una larga vida material. Ver hundidos nuestros ideales en el abismo de las guerras civiles, olvidados y tal vez maldecidos nuestros esfuerzos más generosos, cediendo el cuerpo á la flaqueza de la materia y el alma á las amarguras del desengaño, es un género de muerte que no se diferencia de la otra sino en la prolongación de la agonía. Si viviera la heroica personalidad á que nos referimos ¿qué sería hoy? Un anciano triste, doblado al peso de las dolencias físicas, sin fe en el porvenir, heridas



MATEO VALLENILLA

Los estudiantes se armaron, no se sabe cómo, se pusieron á vanguardia, impidieron la formación de barricadas y dieron al traste con los revoltosos. Distinguióse en esta jornada Vallenilla por su arrojo y entusiasmo, y fue llamado junto con otros á palacio, donde el primer Ministro de la Corona les dio las gracias á nombre del Rey y les ofreció un puesto en la guardia de Corps, como se decía en Francia. Se sabe lo que son estos cuerpos: se componen de oficiales soldados, llevan lujosos uniformes, reciben grandes sueldos y gozan de mil preeminencias. Vallenilla aceptó, mereció distinciones en la corte y obtuvo ascensos.

La posición de este joven cumánés en Alemania no podía ser mejor: tenía á su disposición dos carreras brillantes, la de las armas y la de las letras, y en cualquiera de las dos le hubieran sobrado recursos para seguir las dignamente. Sin embargo, regresó á Venezuela en 1856, visitó la hermosa tierra nativa; pero no habiendo encontrado en ella sino soledad y ruinas, se trasladó á Caracas donde residía su familia fugitiva del primer hogar, por consecuencia de la catástrofe de 1853.

La revolución de 1858 vino á ofrecerle ocasión de mostrar sus dotes de soldado valeroso é instruido. Nombreado 2º jefe del batallón *Convención* combatió en Maiquetía y La Guaira, en Caracas, en los Valles de Aragua, en las montañas del Pao de Zárata contra la facciones guarecidas allí, peleando todos los días y á veces de día y de noche, en esa guerra de emboscadas donde es inútil el valor si no va acompañado de la táctica y de la astucia, siempre activo y entusiasta.

Pacificados aquellos lugares vino á Caracas é inmediatamente fue destinado á perseguir las partidas que asolaban las riberas del lago de Tacarigua. Recorrió las parro-

mano derecha continuó la pelea, y al fin cuando todo parecía terminado recibió en la cabeza un tiro de fusil que le derribó muerto al suelo. Su cadáver fue conducido á Valencia, donde se le tributaron exequias y lágrimas. El Dr. Jesús M. González pronunció sobre su tumba un discurso que brilló por la sinceridad del sentimiento y conmovió al auditorio: todos los concurrentes con los ojos húmedos y el semblante compungido tendieron simultáneamente sus brazos al orador. La prensa y la poesía prorrumpieron en acentos elegiacos y la sociedad entera enmudeció bajo el fúnebre duelo.

En Caracas también se elevaron preces al Altísimo por el alma del primer Comandante del batallón *Convención*, muerto en el combate de Maiquetía y del segundo Mateo Vallenilla, que substituyó al primero en las siguientes campañas. Adornado el templo de Altigracia suntuosamente, pobladas sus vastas naves por una concurrencia de hermosas damas y distinguidos hombres públicos, presentes el Gobierno y el Cuerpo diplomático de riguroso uniforme, resonando los ecos de la música militar con sus severas armonías y la orquesta mística con sus lamentaciones de ultratumba, ofrecía la escena un espectáculo dominante por la solemnidad, sublime por

las plantas por los abrojos del camino, agriada el alma por el tósigo de los desengaños, y para mayor tormento, sólo sensible á los nobles estímulos que animaron su juventud.

La muerte fue para él piadosa, para nosotros cruel: su nombre es gala para la historia, asunto para la leyenda y para la patria ejemplo.

LEON LAMEDA.

EL TIESTO DE FLORES

(DE T. GAUTIER)

A veces halla un niño una simiente;
Y, atraído tal vez por sus colores,
Para sembrarla escoge un reluciente
Tiesto pintado con extrañas flores.

Se va: nace una planta que florece:
Sale de tierra la raíz: sus brazos,
Como una sierpe, alarga; y crece, crece,
Hasta que el tiesto al fin hace pedazos.

Vuelve el niño: aunque el tiesto ya no existe,
El arbusto en sus restos ve lozano;
Quiere arrancarlo, el tallo se resiste;
El se obstina, y destrócese la mano.

Brotó así amor en mi inocente pecho:
Juzgué flor que vive sólo instantes;
Y es áloe gigantesco que ha deshecho
El vaso de colores relumbrantes.

FRANCISCO SELLEN.

CRONICAS LIGERAS

¡POBRES SEÑORAS!



quina de Singer, buenos sentimientos, honestidad y cuñados.

Con semejante capital, ¡cuánta diligencia! cuánta actividad! cuántos afanes requiere la gestión materna! Ellas, las madres, ¡pobres señoras! no tienen para la propaganda más teatro que las calles, los "baratillos," la "Plaza Bolívar," y tal cual bailecito de "sangría" y "puddín."

¿Visitas? Ni pensarlo.

Ningún joven de medianas aspiraciones se toma el trabajo de enfundarse en talar levita, peinarse la pollina y rociarse de Ilang-Ilang para hacer una visita *extramuros*, que es por donde se consiguen casas baratas. (Sin agua).

Agréguese á este cúmulo de circunstancias desgraciadas la de que, según el último censo de la República, hay seis ó siete mujeres por cada hombre, y se comprenderá que una madre avisada no puede menos de vivir con la gorra puesta, y callejeando con la mercancía por delante.

Lo que ella dirá, filosóficamente:—"La que viene lisa no trae arruga. Y lo mismo se pesca un buen "partido" en el tranvía que en el *foyer* del Municipal, ó en las playas del aristocrático Macuto."

Reparad qué modo de mirar el de la respetable matrona cuando va por ahí detrás de sus hijas. Parece que pregunta á cada transeúnte: "¿Cuál de ellas le gusta?"

Pero desgraciadamente el espíritu de los jóvenes del día es refractario á las telas baratas.

La muselina no los atrae.

Y nadie se fija en las modestas niñas. Además, ¡aquella gorrita de la señora tan atrasada! (No la señora, sino la gorrita.)

Sin embargo, un día (á nadie le falta Dios) un día surge un candidato. Agapito Pérez se llama él, es cobrador de una zapatería, y pretende á la niña menor.

—Algo es algo, dice la mamá al enterarse de las pretensiones del mozo. No está la Magdalena para tafetanes. Y además, lo que importa es colocar á la primera para establecer la corriente.

¡Admirable intuición maternal!

Agapito lleva á la casa á un su amigo; éste introduce al novio número tres, y así sucesivamente hasta que se ven colmadas las aspiraciones de la mamá, quien entonces depone la gorra, y llena de satisfacción exclama: ¡No más gestiones callejeras!

¡Dichosa madre! Ya todas sus hijas están comprometidas; ya cada una tiene su guitarra que le regaló el novio, y su *album*.

La más ruidosa felicidad reina en aquel hogar. Y prueba de ello es que, cuando menos se piensa, las niñas se arrancan cantando galerones, y hay *juerga*.

Compadézco á las madres defamilia que tienen hijas por merecer. Máxime si éstas no pasan de "simpáticas," y si es de pública notoriedad que, en caso de boda, será todo lo más si aportan á la asociación una máquina de Singer, buenos sentimientos, honestidad y cuñados.

O bien se dispersan las parejas en tanto que la discreta señora lee los periódicos noticiosos.

¿Qué madre va á regatear la confianza á los futuros maridos de sus hijas?

Ella los cree seguros, y eso basta para su completa felicidad.

Pero ¡ay! (otro pero, y nótese que lleva un ¡ay!) pero ¡ay! la dicha conquistada á esfuerzos inauditos se la lleva Pateta de la noche á la mañana.

Los novios se van en el mismo orden en que entraron.

Van á la cantina, y á la plaza pública á mostrar las cartas y los retratos y los mechones de pelo procedentes de sus víctimas. Cada uno cuenta un rasgo de osadía: la noche aquella; en el baile aquél.....

¡Dios mío, qué cosas refieren!

Nada queda del pudor de las aludidas. Sin embargo; cosa más rara! desde entonces son solicitadas con ahinco. Los novios se suceden con rapidez vertiginosa, hay *puerta franca*.

Ya las niñas gozan de la reputación de "muchachas alegres." Han llegado á la cima, con s.

Y la mamá? La mamá ha perdido la acción; está á merced de los acontecimientos. La sacan en coche; la llevan al teatro; le dan helados; le dan cerveza; la empujan y la bailan.

¡Pobres señoras! Bien pudiera perdonarseles cualquiera arbitrariedad que cometan cuando ejercen de suegras, en gracia de lo mucho que padecen antes de asumir tan alto carácter.

Soy suegrista.

JABINO.

AL MARISCAL FRANCISCO SOLANO LOPEZ

Ruge feroz, la asoladora guerra, en la anchurosa tierra que riega el Paraná; fragor tremendo con terror se percibe, y sus ecos fatídicos dilata, desde el Chacó salvaje, hasta do extiende su inmensa boca el caudaloso Plata.

Avanzan formidables tres naciones, cual sobre inerte presa hambrientos y voraces los leones, y opone el Paraguay á su arrogancia, ante el inevitable cataclismo, el más recio baluarte: la constancia, y el escudo más recio: el patriotismo.

Como no logra su viril pujanza, contrarestar de la temible alianza el ímpetu bravío, se retira, por fin, pero luchando, con valor fiero y desbordante brío; y así, cual perseguida, va dejando sangriento rastro, vulnerada fiera, el Paraguay herido va manando muerte y desolación por donde quiera.

Muerte y desolación por donde quiera. Como la roja hoguera que se levanta aterradora, cuando en el seco pajar la llama prende, el exterminio con furor se enciende. Sembrando el desconcierto y la pavora, en Humaitá retumba la metralla, con el estruendo sordo con que estalla la rauda tempestad en la llanura. Y al paso de las huestes luchadoras son yermo las campiñas, el poblado escombros humeantes solo encierra, y en el hondo rencor que no desmaya, se colora de púrpura la tierra con torrentes de sangre paraguaya, y enemiga también, pues cada campo con montones de muertos se conquista, que en la defensa de los sacros lares, al invasor audaz no hay quien no embista: hasta el niño, sediento de venganza, en paladín nervudo se convierte, al resonar vibrante en la matanza el grito funeral de guerra á muerte; ebrias de libertad y patriotismo se tornan las mujeres en soldados.

Y alcanzan los aliados por únicos trofeos ruinas desiertas, cuerpos destrozados, en las ciudades, fuertes y colinas que pregonan la heroica desventura: las Lomas Valentinas, los campos de Villeta y Angostura. Y todo en vano es: ya los guerreros atropellados al desierto huyen, que aunque siempre en la lid bravos y fieros, si no en valor, en fuerzas disminuyen. Ya del Aquidabán en las riberas, exánimes luchando se les mira: convulsiones postreras de un gran pueblo que espira.

¿Quién infundió en el seno del brioso combatiente paraguayo tan indómito empuje y valentía? ¿quién resonar constantemente en su alma, el santo nombre de la patria hacía? y ¿qué poder insólito que aterra, á toda la nación, en holocausto ofreció en los altares de la guerra, sin arredrarse ante el destino infausto?

En el pasmo infinito que me inunda, con sus laureles y su oprobio, quiero evocar sanguinosa é iracunda, la inulta sombra del tenaz guerrero.

A tu voz encendido fue el Paraguay un campo de batalla, cuando el orgullo nacional herido, estalló rugidor y enardecido como la tromba en el Atlante estalla; Y cuando ya perdido todo, menos la honra, se veía, siempre obstinado, impávido y resuelto, el último caíste en la porfía, en el rasgado pabellón envuelto.

¿Cómo al ver tu desnudo y energía, tu heroica vida y tu gloriosa muerte, osó el hombre arrojar con saña injusta odio y baldón á tu memoria augusta?

Si en la lucha titánica y sangrienta, su faz amarillenta asomó la infamante cobardía; si la ambición impura, el patrio honor sacrificar quería, ¿fue crimen, por ventura, que en aquellos instantes de agonía, con irrisión del sentimiento humano, en desagravio al pueblo que se hundía, morir hicieras á tu propio hermano?

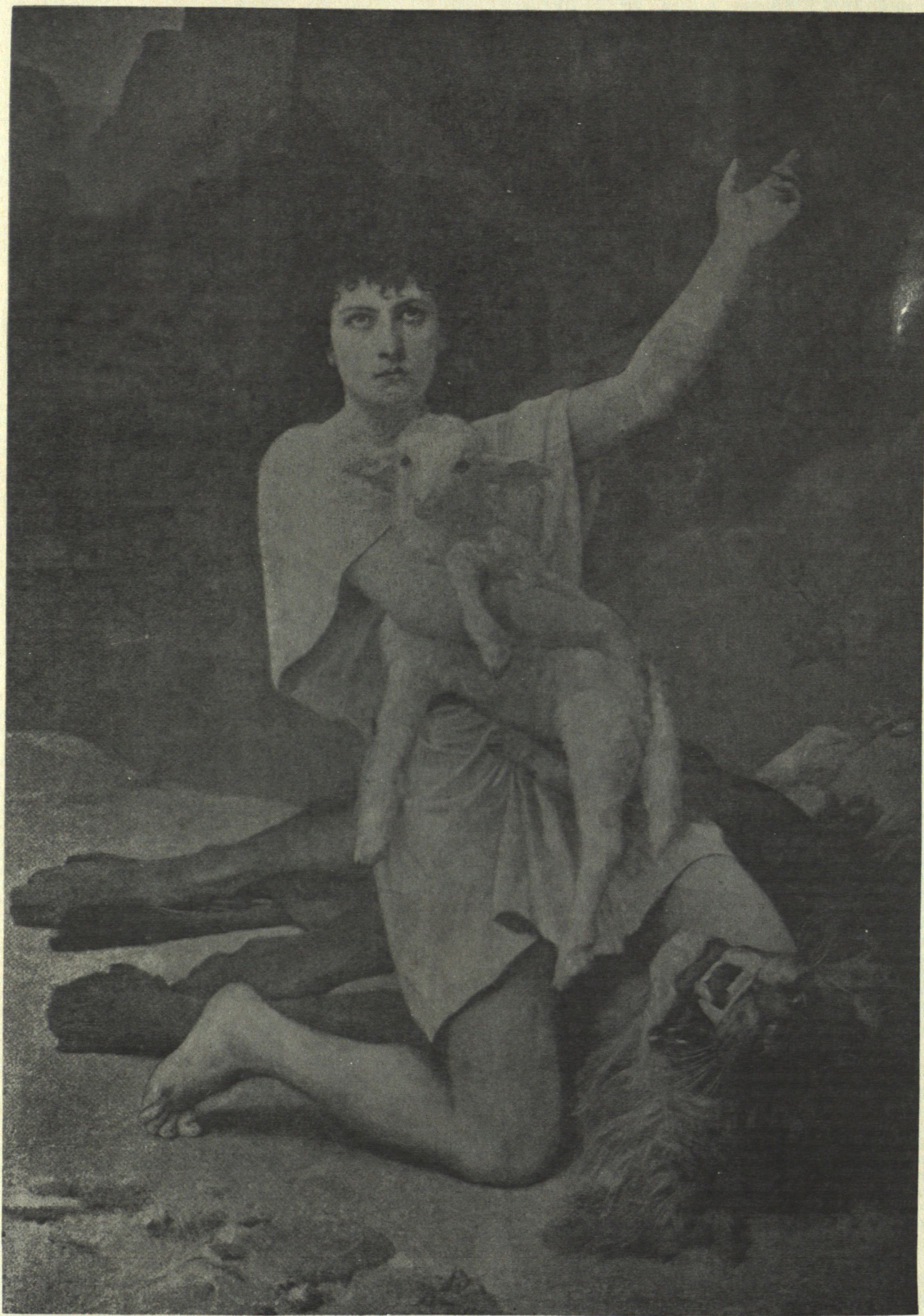
En el albor de la ciudad gloriosa, que de los tiempos la segur desprecia, cuando el pueblo desata poderosa su indignación, como avalancha recia, al contemplar la muchedumbre airada el cuerpo mancillado de Lucrecia, de la sangre filial, que Bruto vierte con alma enfurecida y despiadada, sobre el poder real que se desploma, para aterrar al mundo con su espada surge viril y gigantesca Roma.

Y cuando Esparta altiva, y fuerte y aguerrida en la pelea, siente embriagado de poder y gloria, al triunfador egregio de Platea, como sabe muy bien que el fuego impuro, que halla cabida en pecho de perjuro, con prisión no se extingue ni destierro, que semejante crimen no se borra, sino con el dogal ó con el hierro; sin vacilar, á muerte le condena, y con ardor patriótico que abisma, á tapiar al traidor, de enojo llena, contribuye también la madre misma.

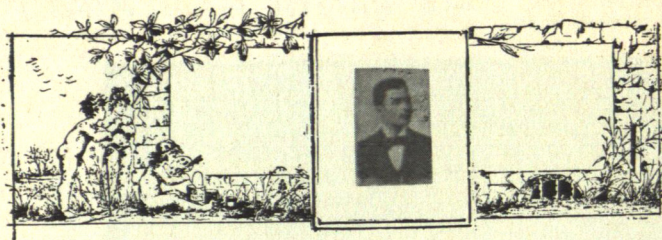
Y no en balde en los siglos aprendiste tan terrible lección: el deber patrio con la debilidad no se concilia; al peligrar la santa independencia, es crimen la clemencia, no hay odio, no hay amor y no hay familia; bien lo probó tu heroicidad: por eso, en tanto que en América sacuda la discordia infernal su odiosa tea, que el pueblo atropellado gima opreso, y que el laurel de los malvados sea; en tanto que haya un hombre que resistir á la opresión se vea, ó que altivo defienda sus penates, con honor sonará tu ilustre nombre en el voraz ardor de los combates.

Caracas; 1895.

RAMON ALFONZO BLANCO.



DAVID PASTOR - Por Elizabeth Gardner



REDENCION

(A mi respetable amigo Don
J. M. Herrera Irigoyen)

Cuando publicó su último libro, —*La Anatomía del alma*, un libro dolorosamente subjetivo en que, por vías indirectas y con procedimientos enteramente desconocidos de la psicología experimental moderna llegaba á las últimas conclusiones de Büchner,—todos los profesores de filosofía se alarmaron; agotáronse en pocos días tres numerosas ediciones y su reputación de psicólogo quedó definitivamente consagrada. Creyeronlo, sin embargo, brujo; díjose que tenía pacto con el demonio, pues las asustadizas comadres y otras gentes del pueblo aseguraban que en su gabinete de estudio se oían espantosos ruidos nocturnos y volaban aves siniestras? No tenía sus estantes llenos hasta los techos de infolios seculares, de esqueletos y aves disecadas, y no conservaba volúmenes enteros de cartas de amantes y suicidas, que adquiría á toda costa, y en las que principalmente creía hallar la sinceridad de alma tan necesaria al investigador?; no era ateo, acaso? El hombre que aconsejaba la automutilación de la emoción anímica, como único remedio eficaz contra lo que él llamaba «los crímenes del sentimiento» y para obtener la inefable serenidad del *Yo*, un cierto *Nirvana* íntimo que lo pondría á cubierto de los desfallecimientos del amor y de la compasión, esas dos enfermedades de la voluntad, podría ir jamás al cielo? ¿Y luego, aquel principio desarrollado en su libro con una amplitud de miras y un refinamiento quirúrgico que pasaba por lo despiadado de sus análisis; á saber: *el hombre es socialmente enemigo del hombre!* no era acaso una táctica invitación al crimen: el evangelio del *struggle for life* y de la concurrencia sin misericordia: la apoteosis filosófica y maligna de aquel imperativo categórico de la lucha por la vida: A tu prójimo contra una esquina! que las gentes malas practicaban?

“Ninguna causa física ó moral aunque actúe de una manera inusitada y con una violencia brutal puede tener sobre el cerebro un efecto permanentemente apreciable ni determinar los dos estados mórbidos de la actividad sensorial que se denominan el Amor y la Caridad si no va inmediatamente precedida ó acompañada de un estado también mórbido de la voluntad”: eso había escrito. Necesariamente concluía en lo anormal y transitorio de ambos sentimientos; y erigía el cultivo de la voluntad en única ocupación loable del ser moral: todo lo cual era contrario á los principios sociales, y conducía, según de público se dijo, á la soberbia del individuo y á la disgregación de la colectividad.

Decíase de él que á pesar de sus cincuenta años no se había enamorado nunca. Llegado haría cosa de dos lustros á aquel pueblo monótono, y como todo pueblo curioso y murmurador, trajo por único equipaje una maleta de libros y algunos cuadernos de apuntes. Rehuyó las escasas relaciones que allí se le ofrecían y se encerró en su gabinete sin más compañía que un gato negro con los ojos muy verdes, que respondía al nombre de Mistigris, y una anciana muy primorosa, un si no es volteriana, que tenía los cabellos muy blancos y se llamaba Angela. En todo ese tiempo no se le vio en misa ni dar una limosna. Todos los meses el cartero entregábase una carta con muchos sellos, probablemente giros comerciales; ó más bien, recetas para sus maleficios. Amigos ni amigos no tenía. Como cultivaba rosas en el patio húmedo y verdoso, verdadero patio de monasterio, y en un cañizo florecían desmayados festones de madreselvas y trinitarias, todos los años, por julio, las encargadas de la fiesta

del patrono de mi pueblo iban por sus flores, provistas de grandes cestas rústicas que sacaban colmadas no sin hacerse cruces y turbar, antes, el silencioso retiro de aquel monje laico con alegres carcajadas ó gritos de miedo cuando salía zumbando algún coleóptero de coraza de oro, tendía el vuelo algún murciélago aterrado en su pacífica vivienda, ó divisaban al gato negro haciéndose la matinal toilette en algún claro de sol. Al salir éllas la puerta se cerraba como por un resorte. La viejecita de los cabellos de plata se volvía á su butaque á surcir medias ó á ensartar cuentas, y el doctor Ateo (así lo llamaban), seguido de Mistigris que llevaba la cola parada y lanzaba sonoros ronquidos, entraba en su misterioso gabinete.

Desde ese instante toda comunicación personal con el mundo quedaba por él irrevocablemente entredicha. El pensador se aislaba, y atrincherado en su torre de marfil no dejaba trascender hasta lo exterior sino su pensamiento y el alcance de sus atrevidas concepciones. Un nombre famoso y algo muy enigmático y terrible era cuanto restaba de él. Moría para los hombres, según sus palabras. Lo eterno de su obra persistía sin embargo: la idea abstracta que desde un ignorado rincón de la vida estaba revolucionando en el mundo intelectual y de que las multitudes no tardarían en adueñarse. Y también, por qué no decirlo?—en los vecinos, el sentimiento generoso de que dentro de aquellas paredes palpitaba una convicción tenazmente honrada á la que un ser humano sacrificaba su existencia y tal vez la felicidad de su alma proscrita por siempre jamás del Cielo que se había atrevido á negar en la insania de sus delirios científicos.....Mi pobre amigo el Doctor!

Una noche, el Doctor, que, desde hacía muchísimos días, venía persiguiendo la solución final de un problema de honda psicología, relacionado, históricamente, con la más formidable de las cuestiones de la exégesis bíblica, observó que era más intenso, más voluptuoso, el aroma de los lirios y madreselvas. Atribuyólo á que la puerta se había quedado abierta y no dio más importancia al caso, para sumergirse, buzo de la inteligencia, en las aguas profundas donde irradiaba la perla del espíritu: la verdad. Al encontrar la ansiada solución su labor estaría cumplida y su nombre sería inmortal. De lo contrario, ¿debería ante la irresoluble incógnita que le mortificaba: ante el *sancta-sanctorum* á donde á la razón por débil le está vedado penetrar, él, el pensador, el anatómico, el analizador sagaz que había estudiado todos los dolores y reducido á fórmulas matemáticas todas las creencias, caer de rodillas á balbucir, como su vieja compañera, las tiernas oraciones de la infancia? Y si tal acontecía ¿qué haría para recuperar el tiempo perdido? cómo disculpar á los ojos de su propia inteligencia el empleo vicioso que había hecho de élla, los antiguos sacrificios, las inmemoriales renunciaciones de su corazón? Por qué en vez de estudiar cosas inútiles no había amado él también, fundado una familia que hoy le rodearía, vivido, en una palabra, en el seno de la humanidad, confundido en élla á la manera de una gota de agua en el océano inmenso, sino que, todo lo contrario, había huido de élla? para dañarla, para agredirla, para romper la cohesión de sus moléculas, para negar el Alma, el Amor, la Caridad, esa postrera religión de los caídos! y decirle á todos, á la niña cándida, al joven sincero, al creyente honrado, á los enfermos, á los que han hambre y sed de justicia, á los que lloran..... á los miserables!—el alma es una hipótesis que por insostenible é inútil debe desecharse! el amor que os une es una perturbación sexual! La caridad es ultraje! Miente la doncella que formula ruborosa un amante *¡sí!*; miente el joven que le dice sus cuitas! Renunciad á la vida, á la juventud, á la simpatía, á la sobrenatural ilusión que os ayuda á vivir, como el sol, imbeciles! Humanidad! que te hartas de quimeras, la verdad no es eso que te agita y te sostiene; no está en las mentiras que el atavismo y la tradición te ofrecen: está en lo que he descubierto últimamente: la vida es el dolor y quiere un término fatal; la felicidad no se halla en el hogar, en la

celeste beatitud de los afectos que la religión ha santificado sino en el aislamiento estéril del monje cartujo ó en las torpes bacanales del joven libertino!.....Cuánta infamia! cuántas virginidades no habría ultrajado su libro!; cuántos hogares disueltos! Y todo para aquello: para ver comprometida su obra en el resultado crítico de una cita falsa..... ó de un comentario infiel...! Oh! nó! habría cambiado mil veces su renombre y su ilustración por la bienaventurada pero fecunda ignorancia del último de los obreros. Su corona de laureles le punzaba cual si fuera de espinas. Todas aquellas lucideces de su razón, las soberbias de su inteligencia que había desgarrado el velo de todos los misterios y profanado los santuarios de todas las religiones y de todas las almas, no podían conducirle nunca sino á la desilusión suicida y á la impenitencia final..... La Razón, la Inteligencia, la Ciencia, qué tres mentiras crasas; qué tres perversas ilusiones de los cerebros que no tienen ninguna!

La verdad no estaba con éllas seguramente, la verdad la encontraría sin quererla y sin buscarla en el seno de la ignorancia y de la humildad del espíritu; abjurando de sus hipótesis, de sus libros, de sus errores, convencionalmente verdaderos, de sus protestas y rebeldías. En la inocencia y en la fe irremediamente perdidas era donde únicamente podría encontrar la paz de su alma atormentada, de aquello mismo que el dolor le estaba gritando que existía y que á su pesar aspiraba á lo infinito del Ideal. Pero cómo volver á su primera candorosa fe? Había acercado demasiado la quemante luz del raciocinio á la divina novia que dormita en las recordadas entrañas de la vida y hé aquí que al primer rayo de la lámpara fatal, Ella, la Ilusión hija de Dios, había volado para siempre.....! El mito sagrado se había cumplido también en su corazón!; y en aquel instante de inenarrable agonía deseaba humildemente, contritamente, él, el sabio; él, el príncipe de los psicólogos de la época, ser un aldeano puro y crédulo, un *poverello*, un comparsa oscuro, sin nombre y sin gloria; pero en paz consigo mismo!

Hay unos pobres seres en la vida para quienes el amor es fruto de maldición y las sensaciones que él ofrece lejos de calmar la sed de ideal que los tortura no logran sino excitar los ardores de sus espíritus y afirmar la entrevista imposibilidad de encontrar al fin, otro ser que encarne las soñadas perfecciones y otras almas que fraternicen con las suyas y en las cuales puedan absorberse sin angustias ni recíprocos recelos. El amor que ellos experimentan no es espontáneo sino reflexivo y profundo, y las faltas mismas en que incurren tienen la excusa suprema del temperamento y atestiguan toda la elevación de su libertad. El sentimiento acompaña raras veces las sublimes intuiciones de su espíritu; sus corazones son insaciables porque aspiran á lo infinito. Para llenar toda la capacidad de sus deseos la belleza es insuficiente y la virtud misma pequeña. Piden á la mujer no sé qué divinos atributos, reminiscencias de sus arquetipos estéticos; y al amor no sé qué supremos éxtasis que él no puede concederles nunca. En la cuasi mística adoración que profesan á sus amadas hay de la locura y del razonamiento frío. No aman, en el sentido vulgar del término: estudian el alma de sus novias. Puestos en contacto con éllas las condenan á minuciosos análisis, á sondeos crueles en que ellos mismos arriesgan algo; desmontan sin cesar la complicada y frágil máquina de la organización femenina, para ver, como los niños *qué tienen dentro*; y como la exigen una psicología particular, al notar en élla vacíos ó defectos, por necesariamente humanos forzosamente excusables, tiran, despechados, el adorable juguete, y siguen la melancólica peregrinación del olvido y del ideal, errando de objeto en objeto, en un círculo de ardientes afanes, de punzantes inquietudes y desencantos dolorosos. Son los artistas. Son los mártires!

El doctor Ateo amó así y sufrió una vez, pero virtuoso no fue á la taberna, y valiente no se mató. Pidió al libro el olvido y por muchos años lo encontró. Ah! las orgías de dialéctica! Ah! las noches de insomnio! Ah! la desesperación final, la duda.....! Ahora no se acuerda de ella. Hace tanto tiempo, por otra parte, que dijo adiós á la infeliz y que murió la desdichada.....!

I

Nervioso, descompuesto, se levantó del mecedor en que meditaba y acercándose al estante de la izquierda tomó el libro que exponía la tremenda controversia. Cuando volvió á sentarse miró hacia el norte y vio los campos verdes bañados por la luna, los cerros distantes perdidos en las difusas claridades como ligeras manchas de tinta y á lo lejos el horizonte purísimo, sin una nube, sin una bruma dormido en la quietud de aquella perfumada noche de otoño.

Al abrir el libro halló una página manchada y adherida á la siguiente. Pensó que sería algún insecto caído y muerto entre ellas alguna noche de estudio; pero al separarlas pasóse la mano por la frente y dióle un vuelco el corazón. Del fondo oscuro de su lejana adolescencia, esta vez en bullicioso tropel, como abejas que salieran del zarzal, mil recuerdos de amor volaron en su cerebro en una incontinente y obstinada ráfaga de juventud y de esperanza. Su rostro se tornó lívido y apretándose las sienes —Ah! sí.... murmuró sordamente, el clavel..... ¡un clavel rojo caído de los cabellos de Eumelia, aquel día, aquel inolvidable día!

Lo recuerda muy bien!

Fue en la casa de campo de su maestro una tarde calurosa del mes de agosto en que las vecinas lagunas invadidas por la yerba, cubiertas de espesas natas de limo, tenían reflejos de esmeraldas. Entre los altos eneaes chillaban los güiriries y en la monotonía de los campos recién arados corrían, persiguiendo las moscas y picoteando los granos, los tordos negros y lustrosos. Bajo el caney los bueyes de la labranza rumiaban, adormitados, como pensando en cosas hondas; grandes mariposas de alas azules, revoloteaban inciertas con desmayado vuelo, libaban un instante en las flores abiertas de los quiripities é iban á posarse en el oscuro cieno de los charcos. El sol en tanto descendía en el ocaso. Una calma ensombadora, un silencio melancólico y religioso; el silencio turbador de los crepúsculos! convidaba las almas á pensar en los seres muertos ó ausentes, en las amarguras de la vida y en la brevedad de la existencia. Sobre las verdes lomas doradas por los últimos rayos del sol poniente bramaban, bramaban.....! las vacas, llamando á los becerros hambrientos que les respondían con mujidos sofocados enredándose en sus cabestros, al pié de los guamos vestidos de flores pálidas. Hacia occidente, muy lejos, indecisos girones de niebla sonrosada se elevaban despaciosos de entre las quiebras de las colinas, de los ondulantes majolales espigados de las vegas; y en el horizonte de una transparencia profunda, flotaban, al azar de las brisas saturadas de olores balsámicos y emanaciones campestres irisados copos de neblina y vaporosos filamentos de nácar y zafir.

Entre las cañas del río había susurros de linfas cristalinas, y angustiosos clamores de pichones muertos de hambre en los nidos de palo de los guaites. Un gallo, con la cresta roja como un guinapo de púrpura, cantaba lanzando ruidosos aleteos desde el último tramo del gallinero. Dos golondrinas se decían no sé qué cosas disparatadamente alegres en el alambre del telégrafo; y un cazar de pardos curacheros rebuscaban, azorados, huevos de pájaros entre los blondos matorros de las cañafistulas en flor; ó volaban, al sentir los estremecimientos del follaje que se abría para cobijar algún ave soñolienta, á refugiarse entre los huecos llenos de telarañas de una ruinosa pared medianera.

A la sombra de un naranjo, sobre un arado viejo, solterado entre las yerbas, é que entonces era un simple estudiante de filosofía repasaba cuándo sintió ruido como de faldas entre las yerbas del talud. Sería la esposa de su profesor, sería.....? No.

Al repiqueteo alegre de una cántara de hojalata

que choca contra las paredes de barro de una tinaja se acercaba cantando una cargadora de agua de las ceranías. Sus ropas estaban empapadas; sus cabellos despeinados le caían sobre los ojos; élla los aparta con la mano izquierda y al pasar arranca un bejuco de flor azul: lo mira; se lo prende en el seno, descende corriendo la bajada que lleva al río, cantando, siempre cantando aquello de:

Allá arriba en aquel cerro.....

El quiere marcharse. La gárrula canción no le



Á LA ORILLA DEL POZO

permite estudiar ya más; pero al mirar que los ojos de la muchacha le atisban por entre el cañaveral, se detiene.

La muchacha lo miraba pensando allá en su interior qué haría aquel pobre mozo tan pálido debajo de aquel naranjo con tanta plaga como había.

Y sin dejar de mirarlo comenzó á arrollarse lentamente las mangas hasta dejar al desnudo los rollizos brazos. Después alzose las faldas manchadas con el sumo verde de las yerbas del camino, recogióselas entre las piernas que apretó con fuerza y se inclinó á la orilla del pozo donde flotaban las amarillentas raíces de una mata de mango y en cuyo fondo temblaba el reflejo de un lucero.

—Allá arriba en aquel cerro
Tengo un pozo cristalino.

De pronto cortó el alegre corrido.

—Mire, señor, usted es de por aquí?

Y el Doctor se acuerda perfectamente de que le contestó que no; que era de Caracas y acompañaba en aquellos días á su maestro que estaba de temperamento.

De Caracas, dijo ella.....de Caracas? Entonces usted conocerá el puente de hierro y la estatua de Bolívar. Ajá! y dígame ¿es verdad que en Caracas y que hay muchas muchachas bonitas? y será verdad que se pintan? Lo mismo que otras malucas, así.....que no son buenas.....quiero decir que se la pasan engañando á los pobrecitos hombres? Se

lo digo porque á Manuel el dueño de la hacienda donde yo vivo se lo trajeron de allá todo jipato y embromao y decían que eran unos amores.

El no la dijo una palabra.

Había acabado de torcer el rollete y se lo ponía en la cabeza.

No le parece á usted que eso le pasa á los hombres por estar buscando martirizaciones? Si yo fuera hombre! ah! caramba! mire amigo! lo que era yo no me enamoraba. Dejaba que se enamoraran de mí. Es más sencillo. Para qué tirarle piedras á frutas que se han de madurar; no le parece? Yo soy mujer; pero no por eso dejo de comprender la verdad del enredo.

Había llenado la tinaja y se doblaba para alzarla..... Upa! pero inútilmente se esforzó en levantarla. Pesaba demasiado y además su cuello angosto no le permitía alzarla con felicidad.

—Eso era la que me faltaba murmuró. Y este señor aquí ¡si viene mi mamá qué va á decir!

Se sentó sobre la yerba de la orilla á esperar que llegase otra cargadora.

Así trascurrieron minutos. De pronto, impaciente, se volvió hacia él que leía.

Mire, señor de Caracas, hágame un favor! ayúdeme á alzar por los güesitos de su mamá. Mire que si llego á casa tarde me regañan.....

Se le había cuadrado en frente. Entonces pudo verla mejor.

Tenía los ojos oscuros pero de una dulzura ideal. Las cejas negras y vigorosamente acentuadas en el óvalo de su rostro lleno de lunares y de manchas de sol; las pestañas largas como de mujer hebrea: la boca pequeña y de labios delgados que élla se humedecía á cada instante sacando la lengua roja y afilada. Luego, el empapado saco de zaraza al adherirse á su cuerpo dibujaba mejor los contornos del pecho erguido y virginal; y el camisón de listado, azul, lleno de remiendos y desgarrones, detallaba sus caderas amplias y caía en flojos paño marcando las exuberantes curvas de su piernas derecha tendida hacia adelante. Y era linda! aun vista así, en el desaliño de su ropa de trabajo, con su voz infantil que recordaba las charlas de los pájaros á la hora de la siesta, su fisonomía cambiante llena de ingenua travesura y de malicia, y su graciosa majestad de junco

—Señor! quiere usted ayudarme á alzar?

Había pronunciado lentamente las últimas palabras, encendido el rostro por la pena, plegados los labios como para el ruego, poniendo una interrogación en los negros ojos, en las arqueadas cejas.

Y él, entonces, súbitamente conmovido ante la gracia de aquella simpática niña que se le aparecía en la turbación de sus pensamientos como una virgen del bosque, como una radiosa virgen de cromo, pensando que si él no la ayudaba, seguramente la golpearían en su casa, se puso en pie resueltamente.

—Coja por aquí, señor de Caracas.....ahora! pero ¡caramba! eso sí; no vaya á soltar hasta que yo no le avise; porque después.....

No pudo concluir.—Qué broma! murmuró. Espérese un momento hombre que el rollete se me desbarató!

Y mientras torcía el rollete lo miraba de pies á cabeza, sonrojada y mordiendo los labios para contener una alegre carcajada.

Ahora sí! nó hombre. por ahí nó; por debajo, no vé que por encima si se *espaturre* la tinaja lo baña todo!

Y él obedeció. Ya la chica se inclinaba para recibir en la cabeza la tinaja; cuando un paso en falso, una casualidad..... cualquiera cosa, hizo rosar su mano con los lacios cabellos de élla.

—Ah! dispense usted! fue sin culpa..... ¡al bajar la mano! ¡y se quedó mirándola.

Después añadió.—Antes de que se vaya, dígame una cosa, señorita, ¿cómo es su nombre?

—Mi nombre? Gual! y para qué quiere saberlo? Eso sí que está bueno. Cómo que se quiere burlar de mí? Yo no soy de esas que andan diciéndole a todo el mundo como se llaman *pa que lo sepa y no se equivique*. Si quiere, hable primero con mi papá. ¡Qué le parece el señor! María Santísima: ahorita no más me conocí, y ya..... Si es que no le hacen un favor a nadie sino por el interés. Se conoce que es de Caracas: la verdad es. No faltaba más! Acaso porque una sea del campo no tiene *trásmites* para conocer la gente?

Después como arrepentida de la acritud de sus palabras, prosiguió, bajando los ojos.

—Yo no soy suñorita! Usted lo ve muy bien; para serlo es necesario tener buenos trajes y zapatos nuevos.....y yo no los tengo. Si usted viene con buenas intenciones yo le digo mi nombre..... si no.....nó! ni que me maten. *Adiós*.

El le juró que sí!

—A pues, yo me llamo..... no se vaya a burlar, hombre! yo me llamo.....Eumelia.....¿le parece bonito no es verdad? Eumelia García para servir a usted. Jesús qué pena!

—Ajá! Eumelia! qué precioso nombre!

—Con sus favores.

—Otra cosa: usted viene aquí todos los días a cargar agua de este pozo?

—Y á usted qué? Por qué me lo pregunta? *Mijito* como se le ponen los ojos al hombre!

—Por nada Eumelia; por nada; por saber!

—Y usted viene aquí de costumbre.

—Yo sí.

—Entonces vengo yo; ya sabe? pero eso es si usted tiene buenas intenciones y si habla con papá ó con mamá: es lo mismo. Nosotros vivimos en la subidita del gamelotol junto á la quebrada. No se pierda: vaya por allá; ¡ya sabe?

Y dió media vuelta y se marchó por la vereda, balanceando las caderas sin volver la cara para mirarlo á él que se había quedado pensativo: los ojos clavados en la corriente oscura del río en cuyo fondo se dibujaba un pedazo de cielo iluminado por la luna llena que se alzaba tras los montes.

**

Aquella vez el futuro Doctor no repasó más las materias del segundo año de filosofía y regresó á su casa con el corazón henchido de un inmenso gozo. La posibilidad, nada más que la posibilidad venturosa de encontrar una novia que se pareciera á la cándida y fresca visión de amor que le turbaba el sueño todas las noches; de haber inspirado un cariño profundo y desinteresado á aquella inocente niña del bosque, se le aparecía como una realización de sus anhelos de joven, y como una inefable compensación de las fatigosas labores escolares. Pensaba volver el día siguiente y después y siempre; y sus escrúpulos de estudiante aplicado que sabe lo que vale el tiempo se desvanecieron en la ansiedad de la cita prometida anegados en los dulces perfumes que exhalaba en lo hondo de su alma aquella primera y deliciosa esperanza en flor.

Y habían continuado por amarse locamente, perdidamente, poniendo siempre en sus caricias y deliquios algo de respetuoso, de idealmente casto. Ella, ignorante de las pérdidas del amor, de los artificios de las niñas sabidas, leyendo torpemente, casi deletreando, en la voluminosa biblia descuadernada sobre la yerba; abriendo sus grandes ojos soñadores en el arrobamiento de la leyenda, ó perdiéndose en místicas vaguedades cuantas veces se trataba de una aparición. El, nostálgico, enfermo, cansado de sus estériles ociosidades, pensando en que dentro de algunos días iba á ausentarse para siempre; á decirle: ¡adiós! é ir á enterrar su carne exasperada con los besos de ella y su alma en pleno florecimiento de éxtasis y deseos, allá, entre las cuatro paredes de una ignorada escuela de pueblo que un amigo le había obtenidotodavía más allá de aquellas montañas que azuleaban á lo lejos coronadas de brumas y de iris bajo los rayos del moribundo sol.

**

A veces se ocupaban en hacer ramilletes de flores silvestres que ella ataba con hebras de sus caballos; cantaban ó se entretenían en relatarle cuentos de duendes, confusos, enigmáticos, que no terminaban nunca. *Este eraElla* los sabía to-

dos y los recitaba distraídamente con su amable sonrisa dichosa, la mano levantada mientras caían á su alrededor los azahares deshojados por las abejas y mariposas, volaban como chispas de fuego los tucos; y en la tristeza del crepúsculo una claridad sonrosada atravesaba los claros de los árboles y en el cielo brotaban rosas quiméricas y monstruos de brumas.

Vivían como sonámbulos, sumergidos en la alegría suprema de amarse sin temores, sin desconfianza; aguardando resignados el día de la irremediable separación.

**

Agosto se marchaba. Amarilleaban los últimos maizales; ya no se oía en las tardes la algarabía de los pericos cuando salían de la escuela; y setiembre lleno de calores y de tempestades avanzaba.

La vacante estaba concluida. El rombramiento le había llegado al fin; su mismo profesor regresaba á la capital; y él, anublado, entristecido sin saber cómo decirse lo había comunicado casi incidentalmente con palabras secas y desesperante laconismo. Se iría al día siguiente.....iba á ser maestro de escuela.....no volvería más.....oh! nunca más..... Ella se quedó mirándolo de hito en hito sin murmurar una palabra, sin tener fuerzas para decirle—quédate! Después, como queriendo atesorar en su alma la última visión de aquella hora de amor, su mirada errabunda é imprecisa se posó sobre el río, sobre los pajizos techos de los ranchos distantes, sobre las vegas entre cuyos sombríos se habían llenado tantas veces sus mejillas y sus labios de sonrojos y de besos; y al mirarlo á él, en la decepción de su amor primero, en el vacío espantoso que comenzaba en el alma de ella con la ausencia de él que sería eterna, sus ojos se anegaron en raudales de lágrimas, y apretándolo contra su pecho, en un estrecho abrazo, en una ansia infinita de ternuras y perdones, todo había concluido entre ellos..... todo!

—Adiós, Amor!

—Adiós!

—

Ah! sí; Aquella flor que surgía ante sus apagados ojos de viejo, ennegrecida y próxima á deshacerse en polvo, como el cadáver desenterrado de aquella primera y última ilusión de su existencia, era un clavel caído aquella tarde, tan dolorosamente feliz, de los despeinados cabellos de ella olorosos á yerba.

II

Esa noche, mi amigo el Doctor, no estudió más. Aquella decisiva cuestión de exégesis bíblica se quedó sin resolver; y ya en la madrugada adolorido por la fatiga un sueño bienhechor lo rindió. Tuvo visiones de joven: besaba unos labios muy puros con la devoción de un creyente: su juventud muerta renacía. Eumelia vestida de blanco y pálida por el ensueño, entre la corona de azahares, en la nevada veste de las novias llevaba perdidos bejuco azules y pétalos de violetas silvestres. Después el anciano sacerdote bendecía su amor. Era una tarde en Diciembre.....

Sólo que, en un movimiento, el libro de la consulta cayó al suelo; y al deshacerse la flor en menudo polvillo una ráfaga de otoño venida del oriente, arrebató en sus alas húmedas aquellos restos de su pasión de niño.

Al despertar, ya en la mañana, el sol bañaba en ardiente luz su cuarto de sabio. En las madresevas del jardín cantaban dos tordos y en el rosál el alba esponjaba botones. Era la aurora del día y la alborada de su espíritu tenebroso.

—Pobre niña! pensó, mientras un amargo suspiro le destruía el pecho.

Y cayendo de rodillas, oró por mucho tiempo con la cabeza entre las manos, por el alma de aquella inocente criatura, que, sin duda alguna, su fe era grande y su amor profundo—volvería á ver en el seno de Dios.....

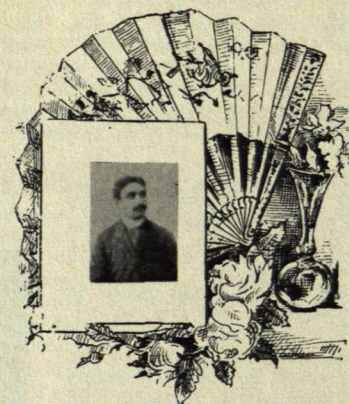
Dios te salve reina y madre.....!

Ah! Psiquis desolada, dejaba caer el polen de sus alas; pero inmortal y victoriosa se remontaba al Cielo!

R. CABRERA MALO.

"LES TENAILLES"

POR PAUL HERVIEU



Acaban de estrenar los inimitables actores de la Comedia Francesa *Les Tenailles*, de Paul Hervieu. El joven literato ha sido más que afortunado, al obtener

que su obra subiese á la escena dos años después de haber sido presentada al Comité de la Comedia; pues en el archivo del primer teatro francés existen muchas, que tienen medio siglo, aguardando con paciencia, alineadas tristemente en los Perezosos estantes de la biblioteca, y que todavía el jurado no ha resuelto ni estudiarlas, ni rechazarlas.

Paul Hervieu, como novelista, después de su último libro *L'Armature*, ha vencido ya. Allí analiza, imitando la fina psicología de Bourget, las luchas de la nobleza arruinada por sostener el esplendor de sus blasones, y las inquietudes de los burgueses enriquecidos, que á fuerza de dinero aspiran á hacer correr por sus venas sangre azul. La novela tiene como base, el poderío del oro en la sociedad moderna, y la acción se desenvuelve en una atmósfera iluminada con escenas de profunda observación, de detalles convincentes, y de subterfugios delicadamente traídos. La pluma que penetró hasta el cerebro del *Barón de Saffre* y de los personajes que lo rodean, y que escribió el capítulo sobre *Jacques d'Exireuil*, es la pluma de un vencedor; y su nombre ya no puede temer al silencio ni á la sombra: es de los elegidos. Respetemos al autor de *L'Inconnu* y de *Peints par Eux-Mêmes*, y hablemos del dramaturgo que comienza á ver sus ideas moviéndose sobre el escenario de un teatro.

El que escribe un drama, y el que escribe una novela, siguen dos procedimientos tan distintos, que son muy contados los que llegan á dominar con igual energía ambos métodos. A los que no les es dado llegar á esa altura, y pretenden dominar el teatro y la novela al propio tiempo; se encuentran forzados á abandonar la novela y á escribir dramas, y llega á llamarse el autor Dumas hijo; ó á abandonar el drama y á escribir novelas y llega á llamarse el autor Emilio Zola. El escenario del novelista es tal vez más extenso, pero el escenario del dramaturgo es más sugestivo. Qué cosa sea más difícil no es fácil de responder, porque tan difícil es lo uno, como lo otro; y el novelista tiene muchas razones en su contra, y muchas á su favor, y lo propio sucede al dramaturgo; pero sí es indudable, que una cosa absorbe la otra. Se es un genio, y se escribe *Hamlet*; ó se es otro genio, y entonces se escribe *Don Quixote*.

Paul Hervieu nos ha presentado en *Les Tenailles* una tesis muy discutible, que nace de un problema psicológico-jurídico, y cuyas bases son falsas desde un punto de vista, y verdaderas desde otro. La manera de desarrollarla entre las trabas convencionales del teatro, es una cuestión mucho más discutible todavía.

**

Irene Fergan, una mujer joven, apasionada, y excesivamente nerviosa, que nos hace recordar á las mujeres de Ibsen; se ha casado,



GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA. — ESTACION DE LA VICTORIA. — (De fotografía de Schael)

sin amor, con Roberto Fergan, un hombre un poco mayor que ella, frío y terco; pero que la ama á su manera, y de quien no puede quejarse, porque es rico, y ni la molesta, ni la maltrata. Irene ha llegado á no poder verlo, y se le ha hecho imposible vivir juntos.

Paulina Valanton, hermana mayor de Irene, fue quien la precipitó á casarse con Fergan; mujer tranquila y apacible, que se unió con Fernando Valanton, sin amarlo, pero que se encuentra feliz con él—un *clubman* de buen aspecto y de buen carácter, que también es feliz á su lado.—

Miguel Davernier, que acaba de llegar á París después de algunos años de ausencia; es un joven de aspecto interesante, delgado, pálido, y que sufre del pecho; era amigo de la infancia de las dos hermanas, y amaba desde aquella época á Irene, quien también había sentido una ligera pasión de niña por él.

Tal es la verdadera situación del drama, en el instante en que se alza el telón.

Con la llegada de Davernier el descontento de Irene ha aumentado, y lo que fue en su principio un reproche al marido por incompatibilidad de caracteres, va transformándose en amor al compañero de la infancia, y en odio injusto al esposo, Paulina trata de hacer comprender á su hermana que esa enemistad es nacida de un capricho y que Fergan puede hacerla todavía feliz. "Tú no lo conoces—le responde Irene—Las personas de su especie se sienten siempre tranquilas, en la convicción de tener razón. Al levantarse por la mañana, ya está dispuesto á tener razón todo el día. Tiene razón con los criados, con sus caballos, con, no importa quien. En todas las historias que cuenta, hay siempre alguien en el error, pero él, siempre en la razón."

Miguel Davernier é Irene se han vuelto á amar; ambos son apasionados y nerviosos, pero Davernier vive envuelto en la melancolía del que sabe que va á morir muy pronto. Cuando Valanton, con su aire de buen hombre le insinúa que debe casarse, que debe solicitar una mujer; Davernier le

contesta: "Oh! para mí, nacer, casarse, y morir, me parece que constituyen las tres grandes solemnidades de la existencia. Yo les atribuyo una igual importancia, las considero con el mismo espíritu. Pues que nadie se ocupa de nacer, y se muere involuntariamente; así me imagino, que el matrimonio debe realizarse, sin que uno se mezcle en esto, como sucede con el propio nacimiento; sin que uno lo haya preparado más que á su muerte. Yo desearía que viniese sólo, fatalmente, instintivamente, por la acción soberana de la naturaleza. El *sí* sacramental, me parece que debe salir del pecho; porque ha sido colocado allí á pesar nuestro; como estaba allí el primer vagido, como estará allí el último suspiro."

Irene concluye por lograr que su hermana hable con su esposo, y le proponga de parte suya el divorcio. El marido se opone, y le asegura que no se divorciará jamás, y que ella vivirá con él siempre. Irene se enfurece, le dice que lo odia; Fergan le responde que no la ama, pero que seguirán unidos, y que ella no será libre: "Mi voluntad es inquebrantable; tratad de conformaros. Más tarde, un día, estoy convencido, que me aprobaréis el haberos mantenido en la vía regular." Irene, desesperada, se echa en los brazos del amante, al salir Fergan.

Entre el segundo y tercer acto han transcurrido diez años. Miguel Davernier ha muerto físico, é Irene tiene un hijo, René, del amante. Roberto Fergan lo ignora todo, y cree que su esposa no le ha sido infiel. René tiene diez años de edad, y el padre quiere llevarlo interno á un colegio; la madre se opone, pues teme por la vida de su hijo, porque el padre murió físico. Llega la escena final, en que Fergan está dispuesto á llevárselo. Irene trata de convencerlo, le suplica, le dá razones; pero Fergan le dice, que es su hijo, y que tiene el derecho mayor sobre él. Irene, fuera de sí, le grita que él no es su padre. Fergan la cree loca, le pide explicaciones, la amenaza. Irene le cuenta que en aquel tiempo que él no quiso divorciarse, ella amaba á uno, que ya no existe, y que si consintió en reconciliarse

con él tan pronto, fue para que no sospechase nada.

Fergan llora de despecho, la insulta, y le dice que pedirá el divorcio; pero Irene le responde que ahora es su turno, y que ella no se divorciará, porque quiere que su hijo tenga los privilegios del hijo legítimo, y que sea honrado por la sociedad. En aquella época, *las tenazas* de la ley estaban del lado del marido, ahora *las tenazas* están del lado de la mujer. Para divorciarse se necesita el mutuo consentimiento de ambas partes; Fergan no puede probar nada ante la ley, porque Irene se niega á confesar. Hé aquí el final del drama:

Fergan: "¿Entonces hasta dónde pretende usted hacerme ir, cara á cara con usted, siempre, siempre? ¿Qué existencia podré yo llevar!....."

Irene: "Estamos atados á una misma bala. Venid al fin á sentir su peso, y á tirarla también. Hace mucho tiempo que la arrastro yo sola!"

Fergan: "No hay justicia.

Irene: "Hay la de la desgracia común.

Fergan: "Usted es culpable y yo soy inocente.

Irene: "Somos dos desgraciados. En el fondo de la desdicha no existen sino iguales."

He querido dar una idea del argumento de la obra, y lo he hecho de un modo muy sucinto, en cuatro palabras; pero que vastan al lector para formarse un ligero juicio de los personajes y de la índole del drama.

Considerando el problema social en abstracto, suponiéndolo un tema de filosofía discutible, y elevándolo á tesis general; podríamos preguntarnos: ¿Hasta qué límite llega el derecho del marido sobre la mujer y de la mujer sobre el marido, no existiendo entre ellos el amor, y apenas dejándose sentir el deber entre los cónyuges, que casi ha quedado roto desde que rige la ley del divorcio? De aquí se deduce un problema sobre la moral social, que el autor del drama ha traído vagamente envuelto en un tema legal, tal vez sin haber pensado que de lo



EN EL CERRO DE CACHIMBO. — (Fotografía de Antonio C. Suárez)

convencional de una ley de unión de cuerpos y de bienes se produjese el conflicto intelectual del moralista.

La ley del divorcio es justa é igualadora para el hombre y para la mujer. Desde el momento en que el matrimonio no es el íntimo consorcio de dos seres, no es la comunidad de sentimientos en los esposos, no es el amor recíproco que lo hace indisoluble; desde que la mujer ha manchado el nombre del marido, que es el nombre de sus hijos, y no ha permanecido fiel á la promesa de un lazo tres veces sagrado, que juró cumplir ante la conciencia social, y que rasgó sin derecho ante su propia conciencia: el nudo debe romperse, y la justicia y la sociedad deben entregar al hombre su nombre, sano, y puro, y sin manchas; porque sano, y puro, y sin manchas, lo entregó el hombre á la mujer ante la ley y ante la sociedad.

¿Por qué ha de condenarse á andar con la mirada hacia el suelo, á quien no tiene más crimen que su buena fe? ¿Por qué ha de cargar el marido con el oprobio de la mujer? Si la infamia vino de ella, á ella sola debe pertenecer la vergüenza y el deshonra. La ley del divorcio entrega la honra intacta, y ampara al inocente de la difamación y del crimen.

En las sociedades europeas, en que el matrimonio nace casi siempre del interés personal, la ley del divorcio es una ley necesaria; mucho más que en nuestras sociedades americanas, en donde casi siempre el matrimonio nace del amor, y en donde la mujer olvida ser amante, por ser madre.

Con la ley del divorcio los cónyuges se acostumbran á entender el deber de un modo muy relativo; y desde que la salida queda abierta, la mujer y el hombre no tratan en

su vida íntima de modificar sus caracteres, para impedir la desavehencia personal; porque tienen un punto de vista que contemplan desde lejos en todos sus disturbios: la posibilidad de ser libres, y de romper la unión.

Hoy, en Francia, en la alta sociedad, podría asegurarse que la casi totalidad de los matrimonios no están rotos, por la comunidad de los bienes, por el desequilibrio en que quedarían los intereses de las partes. Paul Hervieu prueba conocer la sociedad en que vive, al decir Fergan: "Esto es si queréis mi venganza. Pero tengo todavía otras razones. He observado el contrato que nos liga: pretendo conservar sus beneficios. Renuncio á minorarme, á no ser sino un hombre divorciado, un hombre que vende la mitad de su inmueble, que vacía la mitad de su cartera; al cual no queda sino una media faz en la sociedad."

Los personajes de *Les Tenailles* no sienten; quien verdaderamente siente es la tesis. Y este es, á mi juicio, el gran defecto de la obra. Los personajes no desenvuelven la tesis, es la tesis quien hace hablar los personajes, y los domina, y los obliga á discurrir á todas horas y á esponder teorías, sin acordarse de hacerlos sentir; siempre están defendiendo sus derechos, sin perdonar el más insignificante artículo del Código.

Fergan no es un hombre; Fergan representa los derechos que la ley da al marido. Irene, la mujer nerviosa y apasionada, la revolucionaria, en fin, que llega á quemar el rostro del marido con esta frase: "Yo no lo amo á usted,.....por progreso;" la que todos creímos que representaría la pasión violenta, la mujer irreflexiva que ama á Miguel Davenport hasta todo extremo, que se arroja en los brazos del amante, y le dice: "Has

de mí lo que quieras;" resulta que representa en el drama los derechos de la mujer, y que la mujer que odia al esposo, que rechaza la voluntad del hombre—ley; la mujer exaltada, la revolucionaria, la mujer—progreso, en fin; se une al esposo, se somete, y se convierte en mujer—ley.

Confieso que experimenté cierta decepción ante el cambio de aquella Irene adorable por su pasión; por su sangre de fuego, por sus nervios excitadísimos, por su anhelo de libertad, y su cerebro de luchadora convencida; y que en el fondo, hubiera deseado que rompiese con todas las convenciones sociales, y que pisotease el derecho del marido, y se hiciese de una vez libre, por cualquier medio, ante su propia voluntad.

A mi juicio, el temperamento de Irene no está perfectamente delineado; como tampoco lo está el de Fergan.

El hombre que anda ostentando siempre su derecho, que no se desvía del camino legal, el hombre de acero, el hombre fuerte: ¿Cómo ha de someterse á vivir con la mujer infiel, y con el hijo nacido del adulterio, en su propia casa; y después del cinismo de su esposa, que confiesa el crimen con la mayor naturalidad, y le deja comprender que todavía ama al amante, y lo obliga á aceptar como hijo propio al hijo de un amor impuro? No; el temperamento que estudia el autor en el marido de Irene, no acepta, no puede aceptar el triste papel que se le reserva en el porvenir.

Por otra parte; no es concebible que la mujer que ha ocultado durante diez años su falta, que vive con un hombre que nada sospecha, que ama á su hijo con locura, cuyo amante ha muerto, y á quien nadie podría acusar jamás de infiel; se decida á



COLEGIO MUNICIPAL DE NIÑAS — BARQUISIMETO. — (Copia de fotografía tomada por orden del Presidente de aquel Estado)

destruir su situación excepcional, por el capricho del esposo, que quiere llevar al niño interno á un colegio. No; allí no habló la mujer: la mujer hubiera fingido, hubiera agotado toda su destreza pasional, hubiera creado mil maneras de seducir al hombre para obligarlo á desistir. Allí no habló la madre: la madre habría pensado en la situación de su hijo, en su porvenir, en su fortuna; la madre habría solicitado un plazo, y hasta habría simulado aceptar la orden del marido, para luego de cualquier manera, buscar el remedio á la separación del hijo amado. Allí ni habló la mujer, ni habló la madre: allí habló únicamente la tesis; la tesis, que ni siente, ni ama, ni se apasiona; la tesis, que expone, y domina los personajes, rompiendo con los caracteres y temperamentos que ha sostenido el autor en los dos primeros actos.

Toda la obra está amparada en la tesis; las escenas no se desenvuelven con naturalidad, están traídas á la fuerza; hay algunas tan bruscas é inesperadas, que chocan, y el espectador experimenta cierta antipatía involuntaria, por aquellas personas de alto rango, que sin embargo no saben tratarse. Otras, están rotas con la misma brusquedad. Los actos pasan muy rápidos, y parece que el autor tiene mucha prisa por concluirlos. Los diez años que separan los dos últimos actos, son una nota discordante; el epílogo es un resorte que empuja la idea general, y que casi está abolido en las obras contemporáneas. Al leer la obra no se notan estos detalles, pero al verla representar, se hace palpable el poco conocimiento que de la escena tiene el joven autor.

Apesar de todos estos defectos, en *Les Ténailles* hay escenas bellísimas, que bien traídas, fueran de un gran efecto; encierra frases y conceptos que honrarían á un dramaturgo; y el tono general de la obra atrae por lo moderno, por la originalidad y la audacia en la manera de presentar las ideas fin de siglo; por el quejido histérico, el grito revoltoso de los que se encuentran aplastados por las leyes sociales, y quieren reve-

larse y excluir las de las conciencias, para dejar libre el ancho camino al progreso y al amor.

Los críticos en Francia han sido más ó menos apasionados: Sarcy ha sido injusto, Julio Lemaitre ha sido más que amable; pero en todos ha existido el respeto al novelista distinguido, al joven psicólogo que ha llegado á colocar su nombre muy arriba, que es gloria de la literatura francesa, y que quizás llegue á ser émulo del teatro moderno.

PEDRO CÉSAR DOMINICI.

París: 1895.



A GRILO

Ya lo dije á mi musa: calla, imprudente; No dejes que se escuche tu voz extraña; ¿No estás viendo, insensata, que está presente Un fecundo poeta gloria de España?

Si quieres que tu acento vibre sonoro, Cual himno que el aplauso doquier levanta, Pide al amor su lira de perlas y oro, Y como el dulce Grilo, púlsala y canta.

Derrama en tus endechas divino aroma, Repite de los mares el hondo grito, Toma el alma en tus alas como él la toma Y llévala á besarse con lo infinito.

Canta «*Luces y Sombras*», «*La Noche*», «*El Cielo*»
La fuente que refleja rayos de luna;
Los inefables goces y el dulce anhelo
De la madre que reza junto á la cuna.

Que en los cielos del alma tu ingenio trace
Las supremas bellezas que el bardo inquiera:
La primera sonrisa del sol que nace,
La mirada angustiosa del sol que muere.

Que á tu frente de nácar el lauro ciñas,
Y vayas por el mundo vertiendo amores,
Como en abril y mayo por las campiñas
«*La Primavera*» pasa regando flores.

Dínos si al despertarse las mariposas,
Del cáliz de los lirios alzan el vuelo,
Y en céfiros que bullen besando rosas
Baten alas de encajes color de cielo.

Si van «*Las Golondrinas*» buscando inquietas
«*Al Caer de la Tarde*» «*La Mar y el Río*»;
Si en el casto regazo de «*Las Violetas*»
El ángel de la noche lloró rocío.

Del amor en las alas vuela distante,
Más allá de la nube que el sol colora.
Y en el Edén que habitan Beatriz y Dante
Busca á FUENSANTA (*) y dile que Grilo llora.

Dile que en el santuario que amaba tanto,
Sólo quedan marchitas flores de estío;
Un vate que sus lauros riega con llanto,
Y un ángel que sin ella tiembla de frío.

P. FORTOULT HURTADO.

Madrid: 1891.

LUCES Y SOMBRAS

Hay música en la fuente rumorosa
Y estrépito en el mar que ronco suena;
Hay amor en la virgen azucena
Y espinas hay en la inocente rosa.

Hay perlas en el alba esplendorosa;
Hay en la tumba lágrimas de pena;
Hay una vida de ilusiones llena
Al lado de una cruz y de una losa.

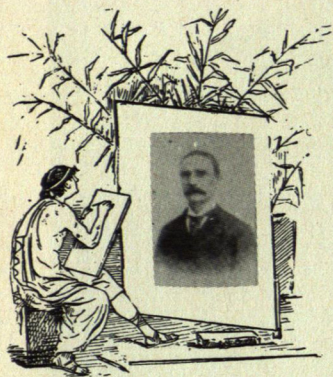
Dora el sol la mañana, sin enojos
Y del Ocaso en la desierta calma
Sombras habrán de ser sus rayos rojos:

Así de nuestro amor bajo la palma
Hay luces en la tarde de tus ojos
Y sombras en la noche de mi alma.

ANTONIO GRILO.

(*) Su esposa muerta.

RECUERDOS DE LA EDAD FLORIDA



Recordar es vivir. Sin memoria no se concibe la existencia y el hombre perecería irremediablemente, porque la satisfacción de sus necesidades

no tiene otra causa que la expresión gráfica de la reminiscencia de su organismo que á grito pide elementos con que seguir funcionando.

El recuerdo es hijo de la memoria; la concepción graba la idea, la memoria la retiene y la imagen más ó menos viva queda en el archivo de la inteligencia. De este precioso almacén saca el hombre la experiencia, cúmulo de hechos pasados que adocinan al ser pensante en las vicisitudes que encuentra en el camino de la vida: tal es el origen de los recuerdos.

Cuando en las horas de nuestra vida viene el recuerdo á avivar las emociones que fueron, el espíritu mueve nuestros labios, ora con la sonrisa del placer, ora los párpados se cierran bajo el peso de la idea melancólica ó giran nuestros ojos movidos por la fuerza de la indignación.—Pero al reflexionar con calma venimos al resultado de que todo se resume en alegría ó pesar y es entonces que los recuerdos, como bálsamo consolador mitigan nuestras amarguras.

Estas consideraciones filosóficas nos llevan muy lejos del epígrafe señalado en el artículo que escribimos y ahorrando preámbulos entremos en materia.

Cuando más almacena el hombre pensamientos que le dulcifican la vida es en la juventud en que todo sonríe y vemos la vida bajo el seductor prisma de las ilusiones. Las impresiones que se reciben dejan huella indeleble en el espíritu. Dispuesto éste á fotografiar sus ideas hace revelaciones expresivas y la palabra y la escritura transparentan el sentimiento. Los recuerdos de la edad florida los necesita el hombre para dulcificar sus horas melancólicas, y sirven para aleccionarle en la conducta que debe seguir en los días que habite este globo.

En la juventud todo causa placer: la armonía nace espontánea del pensamiento y en cláusulas rítmicas expresa el hombre lo que siente. en una palabra se poetiza, con unas trovas más ó menos expresivas y apasionadas según el medio en que vive el trovador.

Cielo azul y transparente las más de las veces, como poseemos en la América del Sur, ó cubierto de nubes argentadas que dora un sol resplandeciente, ó negros crespones que ocultan el astro rey y que con estruendo formidable se desprende en copioso llanto que destruye, arrastra, remueve y fertiliza la tierra. El calor del sempiterno viajero intertropical, dando vida y actividad á todo lo que acaricia, le da al espíritu y al pensamiento una viveza que se manifiesta principalmente en la literatura. Los años aminoran esta fiebre; pero el recuerdo queda.

Toda persona lleva consigo una biblioteca en su cerebro, y que consulta muchas veces en la vida. Al trazar estas líneas, Lucrecio nos sorprende en el escritorio, las lee, reflexiona y lleno de entusiasmo, ocupa nuestro asiento y escribe lo que sigue:

“Era muy joven, apenas el bigote sombreaba mis labios; estudiaba filosofía y los estudios ideológicos me habían encantado. Mi alma tenía hermosos ideales, ocupando el primer puesto los que se relacionaban con la mujer á quien llamaba el ángel de mis ensueños, así no pude menos que dedicarle mis primeras impresiones y le escribí á mi bello ideal la siguiente composición:

NO PUEDO VIVIR SIN TÍ

En mi mente está grabada
Tu faz hermosa y radiante,
Y te miro á cada instante
Dulcemente sonreír;
Y, mi bien, al recordarte
Olvido todas mis penas,
Y son dulces y serenas,
Las horas de mi vivir.

Gozo como nadie goza
Cuando estático te miro,
Cuando junto á tí suspiro
Cuando te veo suspirar,
Cuando oigo de tu voz suave
El encantador acento;
Entonces rápido siento
Mi corazón palpitár.

Junto á tí yo soy dichoso,
Lejos de tí desgraciado,
Pensando en tí, electrizado
No sé lo que pasa en mí:
Por eso yo te confieso
Que al mirarte me estaso,
Que el pobre corazón mío
No puede vivir sin tí.

¿Qué has escrito le pregunté á mi amigo, cuando la agitación febril de su mano tuvo un reposo?—Te lo leeré.

—Bien exclamé; eso es una ilusión, un delirio amoroso, idealismo . . .

—Materialista, exclamó, te ruego que me dejes seguir escribiendo los recuerdos que aún me proporcionan horas felices.

—Y bien: cómo recibí la dulcinea tus versos.

—Me galardonó con una sonrisa angelical en que creí ver un destello de esperanza. Creyendo ablandar más su corazón y teniéndola como mi musa; le escribí nuevamente y en papel alegórico y perfumado; temblando le entregué las siguientes cuartetas:

Aunque lejos estés de mí
No te olvido ni un momento;
Porque tengo el pensamiento
Consagrado siempre á tí.

Eres parte de mi sér
El mundo que me he forjado,
Eres mi sueño dorado,
¿Cómo no te he de querer?

Y si tan bella ilusión
La llevo á perder un día;
Desde entonces llevaría
La tumba en el corazón.

No me olvides pues por Dios,
Quiéreme como yo te quiero
Y hagamos voto sincero
De amarnos siempre los dos.

—Y la niña ¿qué dijo?
—Ya sabrás el resultado, déjame concluir las siguientes quintillas que por tercera vez le dediqué

A
Vagaba solo en el mundo
Sin descanso, ni consuelo,
Y en mi dolor y mi duelo
Dirigía meditabundo
Una mirada hacia el cielo.

Mas te ví, soñada mía,
Ilusión encantadora,
Y en mi pecho se atesora,
El contento y la alegría
Que me faltaba hasta ahora.

Eres la estrella que adoro
Y que marcas mi destino.
No olvides al peregrino,
Que te mira cual tesoro
Encontrado en su camino.

Iluminada mi vida
Por tu imagen hechicera,
La encuentro tan placentera
Y me es tan dulce y querida
Como, antes odiada me era.

Nunca ocultes, vida mía,
Tu brillante claridad;
Alumbra por piedad,
Sírveme de faro ó guía
En mi tétrica orfandad.

Que mi alma agradecida
Recordará eternamente
Esa deuda y consecuente
Te entrego desde hoy mi vida:
Recibe, pues, el presente!

—¿Has concluido?—Todavía me falta el epílogo; donde verás la duda que se apoderó de mí al palpar la dureza de aquel corazón de diamante

Á ELLA

Hubo un tiempo en que mi mente
En sus delirios creía,
Que la amistad existía
Que el amor no era ficción.
También de gloria y honor
Fantasmas me imaginé,
Yo sus nombres pronuncié
Con santa veneración.

Hoy en ciego escepticismo
Trocaré mi vida veo;
Por que el mundo, un nó lo creo
Me ha enseñado á pronunciar
Y alumbrándome una á una,
Maldecí de las mujeres
De sus fingidos placeres
Que me hicieron delirar.

Disecadora experiencia
De mi joven corazón,
¿Por qué mi bella ilusión
Me la arrebatas así?

¿Por qué despojáis mi vida
De sus bellezas y encantos?
No ves que en amargos llantos
Recordaré que nací.

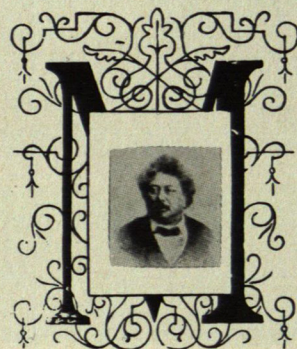
Lucrecio cesó de escribir; comprendí que estaba nervioso; el recuerdo como una descarga eléctrica le conmovió su espíritu y dirigiéndose hacia donde yo estaba, me apretó la mano y me dijo, adiós, me duele el alma y necesito borrar estas ideas y sustituirlas con otras agradables adquiridas en la primavera de mi vida y que satisfacen plenamente mi corazón. En mi hogar me espera el complemento de mi alma que hace mi felicidad.

Al salir Lucrecio, recogí las cuartillas que dejó escritas y al leerlas me convencí que las primeras borrascas nacen del corazón, que la hipérbole es asaz frecuente en el hombre; que hay épocas en la vida señaladas por el idealismo más acentuado ó por el esceptismo más absurdo; estos dos límites de la escala del pensamiento producen la locura ó la petrificación del hombre y finalmente que las variaciones del espíritu son más notables en la primavera de la vida y estereotipan los recuerdos de la edad florida.

MANUEL A. DIEZ.

Mi primer desafío

(POR ALEJANDRO DUMAS, PADRE)



ANIFESTÉ que el encuentro tuviese lugar á la espada; Mr. Gaillardet insistió para que fuese á pistola. Repugno esta arma, porque me parece brutal y más propia del ladrón que sorprende al viajero desde un matorral, que del leal adversario que defiende su vida.

Lo que más horror me inspira (á pesar de haberme batido ya dos veces con pistola) es la poca hidalguía que permite.

Pero Mr. Gaillardet se empeñó y tuve que aceptar.

La cita era para el mediodía, en Saint-Mandé. Debíamos ir en carruaje. Del campo,—si yo no resultaba muerto ó herido, saldríamos inmediatamente para Rouen, en donde se inauguraba la estatua de Corneille.

Fontan, Dupeuty y yo habíamos sido nombrados por mayoría de votos para representar á los autores dramáticos. Me entendí con Bixio para el padrino; debía venir á buscarme á la calle Bleue, en donde yo vivía por entonces.

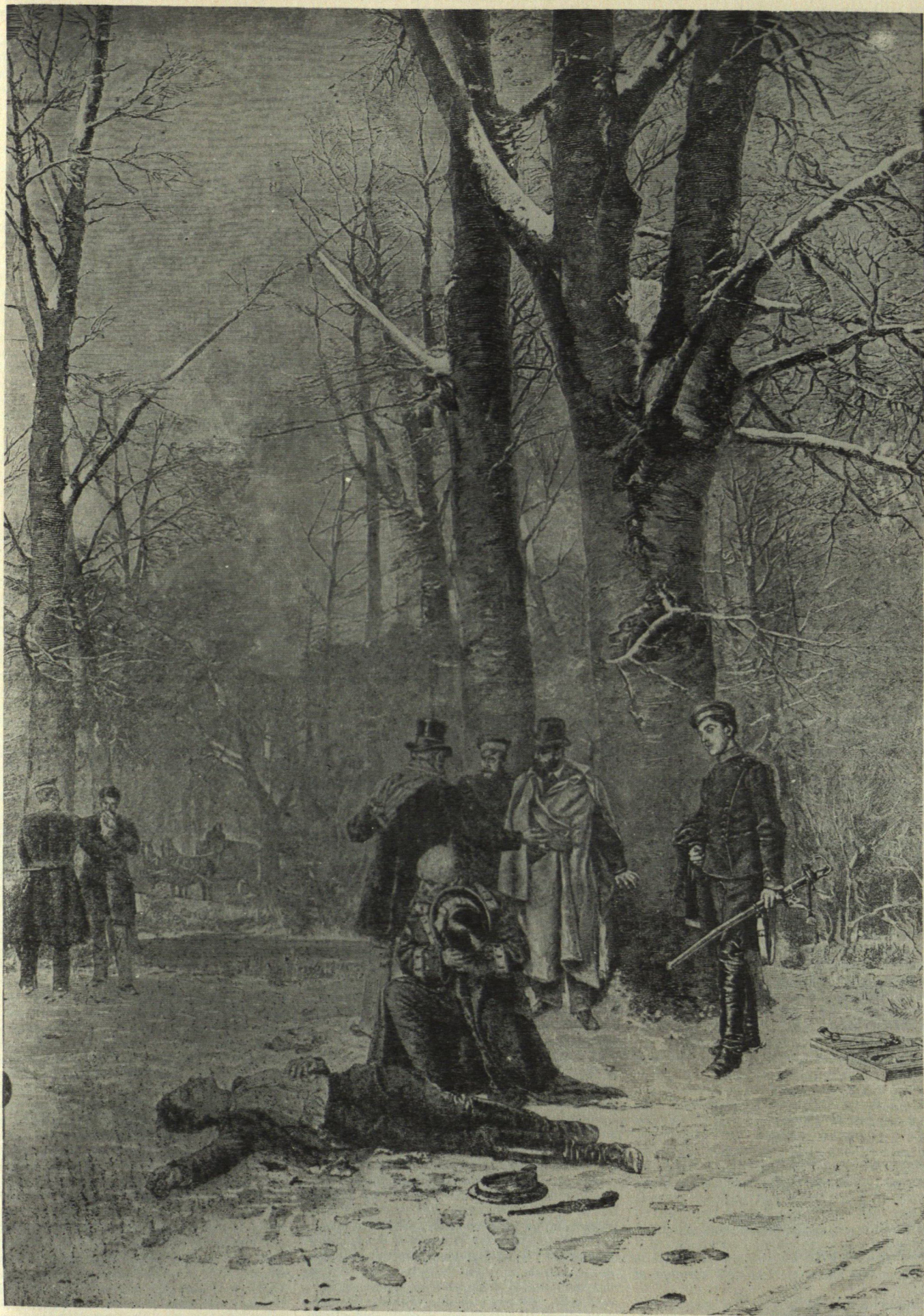
Entré á ella para tomar ciertas medidas de precaución concernientes, en caso de muerte, á mi hijo y á mi hija. En cuanto á mi madre, como la pobre mujer sabía que yo iba á hacer un viaje de alguna duración, dejé una veintena de cartas escritas de diferentes ciudades de Italia; si moría, debían ocultarle la verdad, hacerle creer que yo vivía y enviarle de tiempo en tiempo una carta, como si ésta acabase de llegar.

Estos preparativos me ocuparon toda la noche. Dormí un poco cerca de las cinco de la mañana. A las diez, cuando entraron los testigos, me encontraron todavía sin levantarme.

Al mediodía estábamos en Saint-Mandé. Encontramos allí al muchacho de casa de Gosset, que nos aguardaba con las pistolas revisadas de nuevo y de las que nadie se había servido. Yo no sabía hacia qué lugar del bosque era la cita; el muchacho subió al lado del cochero y nos pusimos en marcha.

Al ver por encima del pescante divisamos un fiacre que nos seguía. No dudamos que fuesen nuestros adversarios y sus padrinos. Llegados al lugar, echamos pie á tierra. El fiacre se abrió, pero no descendieron de él sino Soulié y Fontan. Mr. Gaillardet había dicho que llegaría solo.

En este momento un vehículo se detuvo cerca



POR UNA NIMEDAD—Cuadro de E. Peerdit

de nosotros. M. Gaillardet descendió de él; venía en verdadero traje de duelo: una casaca, pantalón y chaleco negros, sin un solo punto blanco en todo el cuerpo, ni siquiera el cuello de la camisa.

Fue en recuerdo de esto que seis años más tarde escribí la escena entre el conde Hermann y Karl, escena en que, en el momento de salir su sobrino á batirse á pistola, el conde Hermann abotona la casaca á Karl y le oculta en la corbata las puntas del cuello.

Ya se sabe cuán difícil es tirar sobre un hombre vestido de negro. Cuando Carrel, uno ó dos años después, fue herido por Girardin, lo fue á algunas líneas de distancia del extremo de su chaleco amarillo, que salía fuera de la casaca negra.

Hice parte de mi observación á Bixio.

—A dónde vas á apuntar? me preguntó.

—No lo sé á derechas, le contesté.

De repente le apreté el brazo.

—Y bien? me interrogó.

—Lleva algodón en las orejas, le dije; trataré de saltarle el cráneo.

—Estás seguro?

—No tanto.

—Ensaya.

—Haré lo posible... Lo deseas así?

—Ni mucho menos...

—Y bien, entonces?

—Has leído el *Vaso etrusco* de Mérimée?

—Sí.

—Bueno, dice que todo el que recibe un balazo da vueltas antes de caer; quisiera saber si es cierto, desde el punto de vista experimental.

—Haré lo posible por complacerte.

Durante este tiempo, el ayudante cargaba las pistolas. Los últimos quince pasos que no podíamos franquear fueron señalados con bastones atravesados en el camino. Fui á tomar mi puésto. Soulié dió tres palmadas.

A la tercera, Mr. Gaillardet franqueó corriendo la distancia que lo separaba del límite y esperó. Yo avanzaba hacia él desviándome un poco de la recta, á fin de no darle la ventaja de que tomase puntería por la dirección del camino. Cuando di el segundo paso, M. Gaillardet hizo fuego. Saludé con la cabeza y con la pistola á los testigos para indicarles que no estaba herido. Luégo, empecé á dar los ocho ó nueve pasos que me faltaban por hacer; pero me retenía mi propia conciencia, aconsejándome que debía disparar desde el punto en que había recibido el fuego.

En efecto, levanté la pistola y busqué el famoso punto blanco señalado por los algodones.

Pero, después de haber disparado M. Gaillardet, se había ladeado para aguardar el tiro y como tenía la pistola en alto, la oreja quedaba oculta detrás del arma. Era preciso buscar otro punto, pero temí se me acusara de haber tardado en apuntar y no podía excusarme diciendo que no había encontrado el punto deseado.

Disparé casi á azar. M. Gaillardet tiró la cabeza hacia atrás; creí que estaba herido y, lo confieso, sentí una impresión de gozo por un suceso que hoy me pesaría. Afortunadamente, nada había pasado. Que por lo demás, se me permita sustituir el proceso verbal al relato:

“Después de la redacción de nuestra primera nota, los adversarios fueron colocados á cincuenta pasos, con la facultad de avanzar uno y otro hasta quince. M. Gaillardet llegó primero al límite y disparó; M. Dumas tiró luégo. Ninguno de los dos dañó al adversario. M. Dumas declaró que deseaba siguiese el combate á muerte. M. Gaillardet aceptó, pero los testigos rehusaron cargar las armas. M. Dumas propuso continuar el combate á la espada; los testigos, después de haber deliberado largo tiempo y tratado en vano de vencer su obstinación, no creyeron deber contribuir á una lucha necesariamente mortal.”

“En consecuencia, los testigos se retiraron llevándose las armas y esto dió término al duelo.”

Cuando los testigos se retiraron, me encontré solo con M. Gaillardet, Bixio y el hermano de aquél, que había llegado á través del bosque al

oir los disparos. Propuse á M. Gaillardet, ya que había dos hombres y dos espadas, utilizar unos y otras y continuar el combate. Mi adversario no aceptó.

Bixio y yo montamos en nuestro coche y tomamos el camino de París. Dos horas después, partimos para Rouen con Fontan y Dupeuty. En cuanto á Bixio, por dos veces más fue mi padrino; pero uno de los duelos se efectuó á la espada y el otro no se verificó, por lo cual no tuvo oportunidad de cerciorarse si quien recibe un balazo da vueltas antes de caer.

Debía saberlo por experiencia. En el mes de junio de 1848, en su calidad de representante del pueblo marchaba, con su bravura ordinaria, contra la barricada del Panteón; una bala, salida del primer cuerpo de habitaciones de la calle Soufflot, le penetró por debajo de la clavícula, le atravesó el pulmón derecho y después de un trayecto de quince á diez y ocho pulgadas, le salió por cerca de la espina dorsal.

Bixio dió tres vueltas sobre sí mismo y cayó,

—Decididamente, dijo, si se da vueltas.

El problema estaba resuelto.

CARTAS A PASCUAL

III



Las consideraciones de tu última carta sobre lo que tú calificas de *manía deportiva* demuestran, en mi entender, que el cambio continuo de medio social es

indispensable, no para comprender, pero sí para *gustar* ciertos placeres que tanto tienen de utilidad física cuanto de satisfacción estética.

¿Satisfacción estética tratándose de velocipédo? Sin duda alguna. Mantengo lo dicho, y paso á comentarlo.

Sobre la utilidad física, supongo que no cabe discusión. No negarás tú, mi buen Pascual, que en estos países europeos, donde los caminos son lisos, duros y limpios, el *ciclismo* es un ejercicio tan adecuado á la necesidad de moverse como lo es la equitación en los verdes valles y frías montañas por donde tú paseas tu cuerpo bien equilibrado y tu sereno espíritu. De la equitación y del ciclismo digamos, como decían los romanos, *in aere salus*, y saltemos á la otra cuestión.

En teoría y, por lo general, en la práctica también, todo ejercicio metódico que interrumpe la monotonía de la existencia diaria, sacude los nervios, ensancha los pulmones, aligera y vigoriza la masa inerte de nuestros órganos; y, además, refresca el espíritu, y lo distrae y alegra.

A espíritu alegre corresponden siempre ideas sanas ó visiones amables. En estos medios sociales, de población tan densa y lucha tan encarnizada; aquí donde la aspiración á la fortuna ó á la gloria se convierte fácilmente en delirio, se necesita, más que en otros medios, buscar en los campos y en la soledad las brisas olorosas y los paisajes risueños.

En París, todos los domingos, no bien desputa el alba, cuando parten de las puertas de la ciudad los numerosos escuadrones de ciclistas á recorrer en todos sentidos el bosque de Boulogne ó el de Vincennes, el parque de Versalles ó el de Maisons-Laffitte, las selvas de San Germán ó de Fontainebleau. Y allá van bebiéndose el mismo aire, enardecidos y contentos, niños y viejos, mujeres y hombres, sabios y artistas, obreros y millonarios. Ya puede decirse que el que no *veloce*, *veloceará*,

ora por ser el ciclismo un *sport* de moda, ora porque ningún otro ejercicio ofrece distracciones más variadas y menos caras.

La bicicleta (perdona tanto neologismo, pues cómo hablar de cosas nuevas sin palabras nuevas?) la bicicleta es esencialmente democrática. En su amor, todas las clases se confunden y hasta parecen reconciliadas. Las únicas diferencias exteriores provienen del vestido, pero estas mismas diferencias son muy significativas. La elegancia refinada del clubman y de la gran mundana se codea, sin repulsión, con la modestia de la obrera y del empleadillo de almacén. Y casi consuela ver cómo los odios sociales desaparecen de pronto en la común pasión que arrastra á todo el mundo á buscar en los mismos lugares la libertad y el placer.

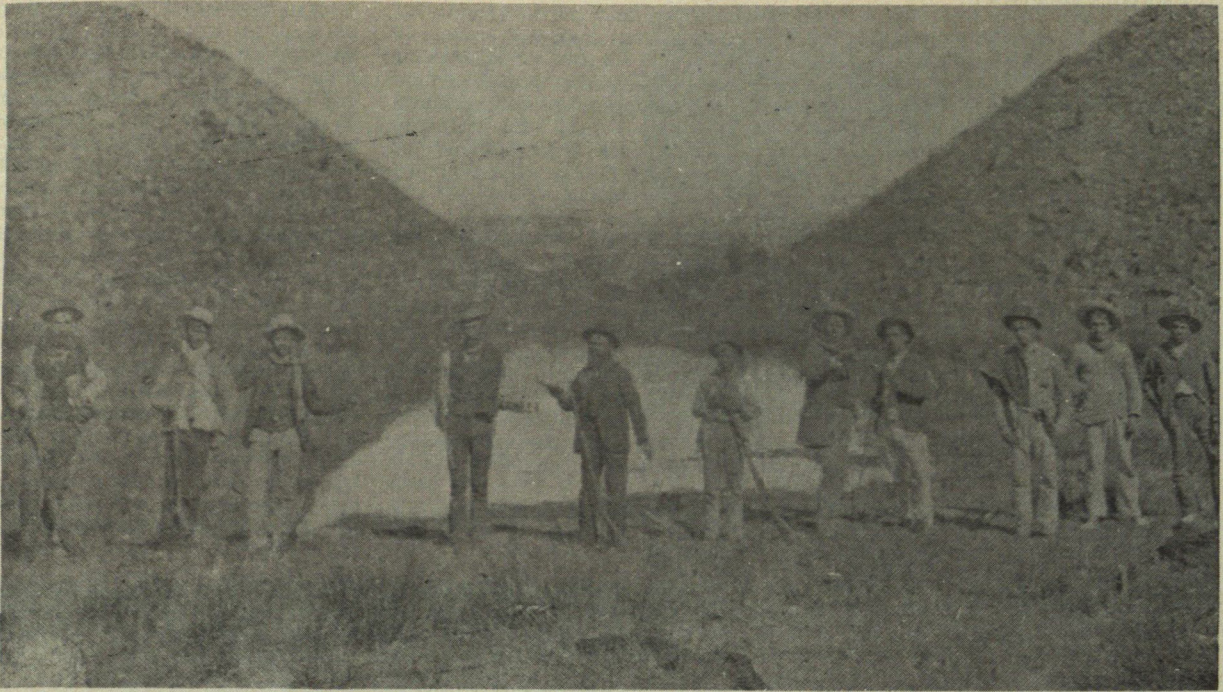
Los campos, que habían perdido en animación y confort con los ferrocarriles, cobran vida y lujo con el velocipédo. Este fenómeno deportivo coincide con otro fenómeno económico. En casi todos los países europeos la civilización industrial concentró la vida en las ciudades; pero el exceso de este movimiento empieza á determinar un movimiento contrario. Las clases ricas tienden ya á preferir la vida del campo; y, si la tendencia se generaliza, es indudable que al florecimiento de neurosis urbanas, que presenciamos hoy, seguirá pronto una reacción en favor de la vida rústica, aspirando siempre á bañar el cuerpo en una atmósfera pura y á solazar el alma en los senos de la madre naturaleza.

Además, en la vida artificial de las ciudades revélase de un modo demasiado brutal el contraste entre la dorada existencia de las clases privilegiadas y la triste suerte de las clases miserables. En el nuevo sport, la comunidad del placer parece desbaratar las barreras que separan al rico del pobre..... Digo *parece*, para no dar una importancia exagerada á un hecho que sólo la tiene como pormenor ó como síntoma. En realidad, el problema social está aún lejos de su única solución razonable. Mientras la riqueza sea poder dominante y mientras las clases obreras continúen habitando su infierno de aspiraciones desesperadas y de torturas sin consuelo; mientras la tiranía del capital exista arriba y la esclavitud de la miseria abajo, nuestra civilización, á pesar de sus maravillas industriales y artísticas, no merece sino el calificativo de provisional; y no es preciso ser profeta ni pesimista para comprender que ya se prepara una transformación redentora ó un cataclismo nivelador.... Por desgracia, ó por fortuna, la evolución social no marcha con la misma velocidad que la bicicleta.

Es difícil sumar todas las ventajas de tan graciosa, liviana y económica locomotora. La mayor ventaja consiste quizá en que no tiene voluntad propia. Su dueño es amo absoluto. Tan sumiso es el *caballito de acero* cuando rueda sobre un camino duro y limpio, como cuando se le atraviesa entre los cojines de un coche ó se le registra como equipaje en una estación de ferrocarril. Los velocipedistas franceses llaman al ferrocarril *le grand frère*. La fraternidad entre la bicicleta y el ferrocarril es una consecuencia del principio que domina hoy todos nuestros actos; á saber: valerse en cada circunstancia y momento del instrumento industrial más adecuado á la pronta satisfacción de una necesidad ó deseo.

Ocho días hace, yo rodé en ferrocarril desde las montañas de Berna hasta los valles de la Saboya, y ahora ando bebiéndome los vientos en velocipédo por los contornos de Aix-les-Bains y Chambéry, teniendo por compañeros espirituales á Lamartine y á Rousseau. Las cercanías de Aix y el lago del Bourget están poetizados para siempre por los recuerdos de Rafael y de Julia, y los senderos de Chambéry á las Charmettes conservan vibraciones inmortales de las almas apasionadas de Juan Jacobo y de madama de Warens.

Hay dos maneras muy diferentes de ver y



LA LAGUNA DEL DIABLO EN LA SIERRA NEVADA - Y EL PÁRAMO DE LOS CONEJOS

sentir la naturaleza,—la una objetiva, y subjetiva la otra. Aquella conviene más al filósofo, y esotra al artista. Los que sienten y ven la naturaleza por el modo objetivo, son como fotógrafos que reciben y fijan la impresión exacta y completa del mundo exterior. Los que la ven y sienten por el modo subjetivo, se ponen en relación tan íntima con el mundo exterior, le transmiten tanta vida espiritual, que los paisajes descritos resultan bellos y conmovedores, no sólo por sí mismos, sino principalmente por el alma que les infunde el artista. «Todo paisaje es un hombre y una mujer», dice Lamartine en *Rafael*. Nada es más exacto desde el punto de vista subjetivo. En las colinas de Aix y sobre las aguas azules del Bourget, todo el mundo vive hoy con el espíritu del gran poeta y ama con las tier-
nas almas de Rafael y de Julia.

Rousseau, genio más complejo que el poeta del *Lago*, veía y sentía la naturaleza combinando los dos modos antedichos. Los paisajes de la Saboya son también él y madame de Warens; pero en sus obras literarias perduran, no sólo las pasiones del hombre, sino además las previsiones de un gran filósofo. En su tiempo, comprendió y tradujo mejor que otro alguno el sentimiento íntimo de la naturaleza, y ahondó más que nadie en el estudio de los problemas sociales. Su espíritu abarcó en el mismo amor el alma de las cosas y el alma de los pueblos. Casi olvidado durante las luchas sistemáticas del romanticismo, primero, y en seguida, del naturalismo, su nombre adquiere nuevo prestigio en la época que alboraa ahora, la cual debe necesariamente ser sintética, así en la teoría general de las artes como en la filosofía de todas las ciencias, para deducir de las hipótesis individualistas la hipótesis que servirá de guía, siquiera provisionalmente, á las evoluciones sociales. «El seductor inmortal de las almas inquietas y oráculo de cuantos se creen desheredados ó perseguidos», como decía Napoleón, vuelve á ser hoy combatiente y propagandista en las más complicadas cuestiones que preocupan ó atormentan al espíritu humano. Su hipótesis de la igualdad natural de los hombres, errónea sin duda cuando se aplica al origen de las agrupaciones humanas, se acerca al ideal de nuestras aspiraciones contemporáneas si se busca en ella la previsión de que en las sociedades más civilizadas cada hombre debe ser igual á otro hombre en la necesidad de

vivir y en el derecho á ser feliz. De ahí que los escritores socialistas le consideren como un precursor de sus doctrinas. Fué en realidad, con las mismas exageraciones y con el mismo genio previsor que sus discípulos actuales. Exageró evidentemente cuando dijo que todo sale perfecto de los senos de la naturaleza y que en las manos del hombre todo degenera; pero se adelantó en cien años á su tiempo cuando comprendió que toda sociedad lleva en sí gérmenes corruptores capaces de desarrollarse é invadirlo todo, si, por circunstancias ocasionales, la resistencia de la muchedumbre no es suficientemente enérgica para poner diques á la dominación creciente de las clases privilegiadas. En otras épocas el azote de la humanidad fue el despotismo político ó religioso: en la nuestra lo es el despotismo económico ó industrial. Aquel se personificaba en el cesarismo ó en la Iglesia: éste se personifica en el capital. Y, si las palabras y las fórmulas han cambiado, el problema es siempre el mismo, supuesto que él consiste en hallar los medios de desbaratar los privilegios de las clases dominadoras y traer á mejor vida las clases miserables.

Además, Rousseau se creyó toda su vida desheredado y perseguido, y es natural que á la admiración con que se leyó siempre las obras del filósofo, se añadan hoy la simpatía y la compasión para las desgracias del hombre.

Hay todavía críticos que creen contentar á la justicia condenando los errores y miserias del autor de las *Confesiones*. Su número disminuirá cada día. Si para todas las faltas llega siempre, tarde ó temprano, la hora del perdón, es justo que la hora del perdón llegue siempre temprano para los errores y miserias del genio desgraciado.....

Pensaba esto bajando á pie el escarpado sendero de las Charmettes á Chambéry.

Volví á montar á velocípedo, y gasté una hora en dos ocupaciones deliciosas: en devorar los catorce kilómetros de Chambéry á Aix, y en acariciar y rechazar sucesivamente la creencia de que la misantropía de Rousseau habría sido menor si el gran filósofo hubiera podido pasar parte de su vida rodando en bicicleta.

Y ya ves tú, mi buen Pascual, cómo la manía del *sportman* puede coexistir afectuosamente con mi incurable manía de literato.

GIL FORTOUL.

Setiembre de 1895.

SIC SEMPER

I

En medio de esta fiesta de la vida que derrocha sus luces y sus flores y puebla el cielo azul con sus rumores, viajan las almas con la fe perdida.

Vuelven las alas hacia el sol poniente, hacia el pasado que anidó sus sueños y al fulgor de esa luz desfalleciente marchitados contemplan sus ensueños.

Tornan luégo la vista hacia el camino que seguir es forzoso, y el desierto á lo lejos contempla el peregrino para quien dichas y esperanza han muerto

¡Allá abajo, el recuerdo desolado! En la cumbre las dudas y el hastío! El presente es el cuerpo de un ahogado que flota inmóvil á merced del río.

¿Qué es entonces la vida si á la espalda nos debemos echar los días felices? Gigantesca montaña en cuya falda la dicha ni el ensueño echan raíces.

II

¿Para qué recordar lo que á la vida dulces arrullos y calor de nido tan sólo alguna vez da la esperanza? ¿Para qué recordar lo que ya es ido?

Si el sol de la ventura en nuestro cielo con sus luces fantásticas no brilla ¿Para qué recordar? El suave olvido es de las almas la vital semilla!

En los besos de amor, de un amor viejo el choque de los labios causa hastío... No levanta sus alas la alegría en esos besos que tortura el frío!

Cuna y sepulcro de los dulces sueños son los surcos fangosos de la vida. Al nacer, en las almas ya modulan melancólico adiós de despedida.

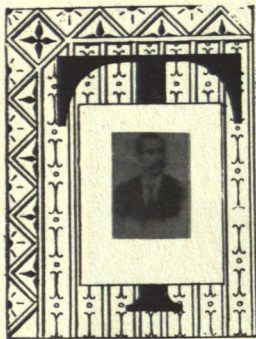
Dolorido al plegar sus rotas alas cada sueño de amor que el alma anida, ¿no nos dice en sus quejas cuán cercana está de nuestra cuna la partida?

¿Para qué recordar si la bandera que agita la existencia es un sudario? Recordar es estar á la cadena atado como abyecto presidiario.

FELIPE VALDERRAMA.



EL PARQUE CENTRAL



ODAVÍA está verde el césped del Parque Central. Los primeros fríos del otoño sólo han amarillado las copas de algunos árboles que se aclaran, goteando poco á poco las hojas marchitas por el rigor de la estación, mientras otras toman un tinte morado que agrega más varie-

dad al colorido del vastísimo paseo, encajado entre la Quinta y la Octava Avenida, en un espacio de 840 acres, iguales á 153 cuadras, que hoy valen centenares de millones de pesos.

La más hermosa vía para llegar al Parque es la Quinta Avenida, flanqueada por una milla de palacios de millonarios y regios hoteles como el Netherlands y el Savoy, donde un solo departamento ocupado por la princesa Eulalia costaba mil quinientos bolívares al día. Ahí residen los potentados como Vanderbilt, cuya hija compra un duque como se compra el billete de entrada á las grandes fiestas; gentes para quienes no hay confort en los coches Pulman y se hacen construir carros archi-palacios y viajan todo el país sin echar de menos una sola de las comodidades de su casa. Ahí está la Catedral de San Patricio, una de las mejores del orbe, y no muy lejos de ella se encuentra una iglesia protestante donde los feligreses ponen á menudo en el platillo cheques de mil pesos y pagan al pastor B 75.000 al año, casa, comida y otro tanto en regalos. En esa vía no se permiten vehículos democráticos. No hay ferrocarriles elevados, ni tranvías, y los empresarios codiciosos sólo han podido invadirla hasta ahora con los lentos omnibus, desde cuya imperial contempla uno á sus anchas las majestuosas estructuras, casi todas de piedra fina, imitando famosos palacios europeos del Renacimiento ó de la Edad Media.

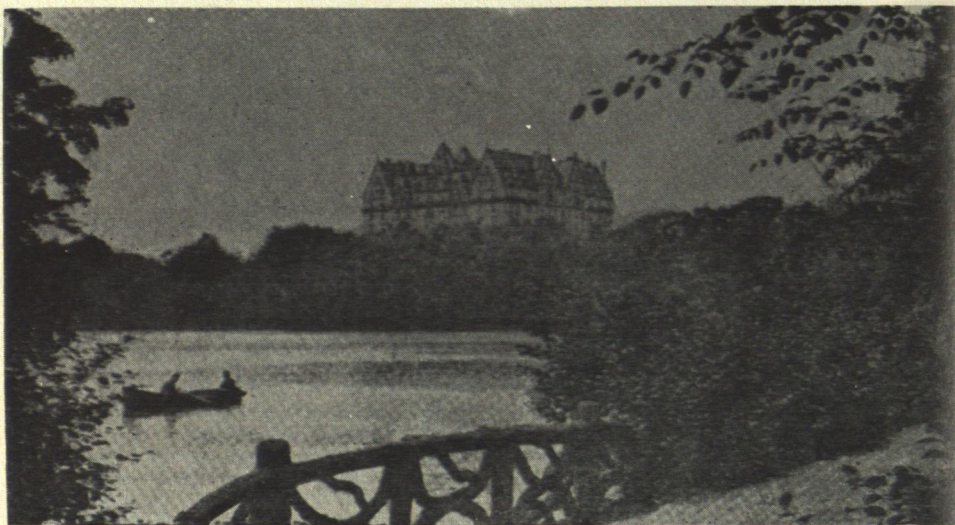
Al llegar á la calle 59 se ofrece á la vista el Parque, que se extiende hasta la 110, en un terreno frágoso y accidentado, lleno de todas las hermosuras de la naturaleza retocadas por el arte. Los ingenieros la respetaron, calcando sobre ella la ornamentación de los pintorescos paisajes, conservando los cerros, embelleciendo los prados, convirtiendo en mansos lagos de sombrías ensenadas los vallejuelos del recinto. Ningún árbol plantaron sin tener en cuenta el efecto decorativo, y las fuentes, los caminos, los puentecillos y los jardines están calculados para causar en conjunto la impresión más agradable. Allí se va á reposar el ánimo, susstraído á los ruidos de la ciudad, sin más sonos que los de la brisa entre el ramaje y el rumor de los arroyuelos que surcan todo el Parque. Se pierde, como si no ocurriera, el retremblar de los millares de coches que ruedan sobre las nueve millas de caminos y el aliento cónico del bosque apaga las pisadas de tanta gente como tragina en las treinta millas de vía para los pedestres y las seis más que se destinan para pasear á caballo. Todo lo ahoga la selva y los ciclistas se deslizan silenciosos y rápidos como visiones de otro mundo.

El primer edificio, de los treinta que hay en el Parque, que se encuentra viniendo por la Quinta Avenida, al Sureste del Paseo, es el antiguo Arsenal, donde están hoy la policía local y la Junta de fomento del Paseo. En torno de él está la "Menagerie," no completa como colección zoológica, pero

con muchos ejemplares raros y curiosos. Hay un rinoceronte que llama mucho la atención, porque en vez de uno tiene dos cuernos sobre la nariz, como un par de tijeras. Las focas, con retozos de anfibio bien humorado ocupan un espacio apropiado, con agua donde pasan casi todo el día. En otro pozo mueven lentamente sus masas informes los hipopótamos y frente á ellos estiran el cuello los flemáticos camellos, á quienes sólo falta la pipa para que se les crea holandeses del desierto. La jaula de los osos blancos, en un peñasco, tallado para darle espacio, contiene dos de estos hermosos y feroces cuadrúpedos, indolentes, dormilones, que en su aire atontado apenas hacen sospechar su crueldad y su fuerza. La colección de tigres es bastante numerosa, y frente á la de monos siempre hay turba de chicos y niñas embelesados con los movimientos vivarachos de los maliciosos cuadrumanos. Los ciervos son también numerosos, grandes algunos como asnos y en otras jaulas se ven bisontes, búfalos, y algunas fieras del Asia y del Africa. En aves no hay mayor

de los sirvientes sólo se ven los "tramps," ó vagos de oficio, ó algunos enamorados haciéndose los encontradizos frente á una estatua de antemano convenida.

La "Terraza," con sus balaustres de piedra cierra el "Mall," ó alameda por el Norte, y abajo queda la Explanada, con su magnífica fuente de Bethesda, una escultura bellísima figurando al ángel cuando bendice las aguas que borbotando surgen á sus pies y caen sobre lirios acuáticos, flores de loto y papiros del Egipto. Se destaca sobre el Lago, lleno de botes, á cada momento ocupados por excursionistas que exploran sus pintorescas riberas cubiertas de árboles, saturadas de tranquila y silvestre poesía. Cubre 20 acres, y en invierno, cuando se hielan sus aguas, surcan los patinadores la endurecida superficie. La Explanada se prolonga debajo de la Terraza, formando un salón de piedra artísticamente labrada, con gradierías que dan acceso al "Mall." Desde la Terraza se ve á la izquierda la rústica escalera que conduce al Casino, oculto entre el follaje; y á la izquierda los ondulosos pra-



PARQUE CENTRAL — EL GRAN LAGO. — NEW YORK

cosa. Lo más completo es una colección de loros y de guacamayos. Cerca de éstos se encuentran algunas águilas y halcones, y un "rey de zamuros" que se parece como dos gotas de agua al que estaba en el Paseo del Calvario.

En poco rato se ve cuanto hay que ver en la "Menagerie" y tomando al Oeste por caminitos orillados de césped y de arbustos, llenos de tablillas indicando la dirección y prohibiendo pisar la yerba, se llega á la alameda, después de haber visto la primera laguna, con sus botes movidos por un mecanismo disimulado dentro de un gran cisne blanco, y de pasar por debajo de frescos túneles que cubren la anchura de los caminos para ruedas. La Alameda es hermosísima, tirada á cordel, sombreada por frondosos olmos y adornada con los bustos y estatuas de sabios, artistas y poetas de todas partes, regaladas á la ciudad por las colonias extranjeras que aquí residen. Todo el largo de la amplia vía está flanqueado de bancos que con los demás del Parque dan asiento para diez mil personas. Cerca del extremo Norte, en un kiosco, se toca la retreta las tarde del domingo, en el verano, y entonces rebosa la Alameda de criadoras y sirvientas, de niños alborotosos que corren y brincan bajo la mirada de robustos policías con flamante uniforme. La gente que pretende sólo va al Parque en coche, ó montada á caballo ó bicicleta, teniendo á menos hacerlo de otro modo. A pie, fuera

dos del "Green," donde pastan algunas ovejas, que guarda Old Shep, un perro ya famoso. Más al Sur, aunque no se distingue, queda el "Ball Ground," tierra de promisión para los muchachos, donde juegan á su antojo y hay carrouseles y otras diversiones propias de su edad. Los hay, precoces marinos, que organizan regatas con yates diminutos en el Lago llamado Conservator y Water, y se inician en esa afición que á veces llega á la locura.

De la Explanada, siguiendo al Norte por la Rambla, comienza á elevarse el terreno, tegido de tortuosos caminitos, sorprendiendo á cada paso con nuevo y más pintoresco paisaje selvático, donde el arte se disimula con un buen gusto exquisito, con dominio completo sobre los efectos de la perspectiva. Lo mejor es errar por aquí á la ventura, saltando arroyos y cruzando puentes cortados en la roca ó formados con madera en bruto, encontrando cabañas en los picos de las rocas, vías hordas y sombrías donde cuelgan los festeros de yedra, cavernas oscuras, y cascadas sonoras, que refrescan el aire y pueblan de rumores la selva tupida de centenares de miles de árboles en cuyo follaje se abriga innumerables pajarillos. En esa imponente soledad se levanta el busto de Schiller, recordando los cantos montañeses de su "Guillermo Tell" y sus "Bandidos." Tan pronto se pierde uno en la espesura como sale á espacios claros dominando vastas extensiones de la más selvática.

tica belleza. En lo más empinado está el Belvedere, torre cimentada sobre las rocas, desde la cual se domina todo el contorno, ofreciendo una vista inolvidable por su hermosura. A la izquierda queda la Lechería, donde se puede tomar un almuerzo; al Norte, ó sea al frente, los enormes tanques del acueducto de Crotón, que contienen mil ciento cincuenta millones de galones; y á la derecha el Museo Metropolitano de Artes, lleno ya de ricas colecciones, y el Obelisco, ó la Aguja de Cleopatra, regalo del Kedive de Egipto, transportado á expensas de Vanderbilt. Tiene 62 pies y dos pulgadas de altura y el monolito que lo forma es de sienita color de rosa, cortada en las canteras de Assouan, en Nubia, á 700 millas de la boca del Nilo, por donde lo hicieran traer, quizá con qué sobrehumano esfuerzo los poderosos Faraones. Las jóvenes en estado de merecer dan citas á sus novios al pie del secular monumento y los misterios del amor que alborea se desarrollan ante este gigante que conserva los secretos de pasadas edades, á pocos metros de las momias que contemplaron su erección en las playas del Nilo, y que ahora yacen rígidas, mudas, en los escaparates del Museo de Historia Natural, situado en Manhattan Square, un anexo del Parque, entre la Avenida Octava y la Novena, á la altura de la calle 75.

Un poco más al Norte, en ese costado Oeste, se yergue la estatua de Bolívar á caballo, en la entrada de la calle 81. No muy lejos está el Mc Gowns Tavern, restaurant muy frecuentado por la belleza del sitio, y más al Norte se encuentra una sucesión de Lagos, entre ellos el "Harlem Mere," que es muy pintoresco por la vegetación que lo rodea y flota sobre sus aguas con flores delicadas y de vivos colores. Por ahí no está muy trabajado el Parque, y apenas se ven otras obras que unos invernales y jardines de aclimatación para surtir los demás del paseo y abrigar en invierno las plantas delicadas.

Paseando con más despacio se examina buen número de esculturas diseminadas por el Parque, excelentes, salvo raras excepciones, para ser refundidas ó venderlas como bronce viejo. Hay un Colón, erigido, no muy recomendable, hecho por Turini, y otro enorme, almacenado en el Arsenal, de donde no piensan sacarlo. La colonia española regaló un Cervantes; los alemanes un Schiller y un Humboldt; los escoceses un Burns y un Walter Scott; los ingleses un Moore y un Shakespeare, y se ve cerca de la Terraza, en el Mall, una estatua bastante buena de Beethoven. El ángel de la fuente de Bethesda, de Emma Stebbings, es muy recomendable. Los italianos tienen también un Mazzini, y los norte americanos han erigido aquí estatuas á Morse, Bryant, Hamilton, Webster, Fitz Greene Halleobé y alguno que otro más. Entre las mejores esculturas están el Peregrino, el Cazador indio, el Puma, la tigre y su cría, y las águilas y la cabra montañesa, obra de un artista francés. No se ha dado todavía aquí gran valor á la escultura, y mientras los buenos artistas del país estaban cruzados de brazos ó trabajando para el extranjero, se encargaban las obras á pacotilleros sin arte ni buen gusto que han llenado de mamarrachos los paseos.

Pero ese detalle no cercena su hermosura al Parque. Habrá paseos trazados con más refinada belleza, donde sea mayor el lujo y la elegancia; pero ninguno le supera en ese encanto sencillo y agradable, en esa naturalidad con que conservando el carácter de bosque y las fragoridades de la tierra inculta, parece espontáneo lo que es obra titánica del arte y la industria de estos hombres. Cuando en verano se hace la ciudad

inhabitable y buscan las parvadas de gente donde respirar una bocanada de aire fresco y puro, un panorama verde donde reposar la vista cansada de los colores chillones de la Metrópoli, un sitio silencioso y apartado, no tiene precio el Parque, equidistante de los extremos de New York, campo en el corazón de la ciudad, en que se sueña y se calma la tirante excitación nerviosa en que se vive en estas capitales de peregrina lucha. A la sombra del espeso follaje, acariciados todos los sentidos por sensaciones suaves y tranquilas, se desprende el hombre de sus dolorosas preocupaciones y se entona para recomenzar con nuevos bríos la contienda.

JOSÉ R. LOPEZ.



CALLE DEL OBISPO LAZO — MARACAIBO. — Fotografía de J. B. Maggiolo

DEL OLOR DE GALICIA

(Á BOLET PERAZA)



I á mí me cubriesen los ojos con una venda y sin designarme sitios ni lugares me llevarán, como si dijéramos, de la seca á la meca, en original record por los países que anteriormente he visitado, así pasase de largo los reconocería como los marineros á Córcega: por el olor.

Dicen que Córcega huele á perdida.

No se si es verdad ni me interesa.

Pero el ambiente que he respirado yo en ciertas ciudades; esa especie de baho

que se desprende de algunas tierras y que penetró en mi sér haciéndome circular la sangre con más ó menos actividad; esa impalpable vida que hay en determinadas atmósferas serán reconocidas siempre por mí á muchas millas de distancia.

Nueva York, por ejemplo, huele á patatas, á petróleo y á humo de fábrica; Filadelfia á lino; la Habana á hoja de tabaco fresco y á fruta madura; Puerto Rico á tierra seca, á polvo de camino castigado por

el sol; Barcelona á Madapolán y á brea; Burdeos á gas; Madrid á fritangas y á horchata;.....Paris es una perfumería inmensa y si en el Bosque de Bolonia huele á violetas en los boulevares huele á mujer recién-bañada.

En esto del olor *creo* que soy algo así como una autoridad,.....y Dios me conserve siempre estas narices para poder decir de ciertos "nidos" literarios, antes de empoyar en ellos, lo que dijo el otro de Dinamarca,.....que olía á podrido.

No apartándome más de los buenos olores diré que ahora estoy "absorbiendo" el mejor de todos: el olor de Galicia, el más acentuado, fijo y poderoso que percibí el olfato: Galicia huele á pescado.....y á rosas; una mezcla de salmuera y de flores tan penetrante, tan fecunda que el cuerpo mismo no resiste á su influencia, y á poco de vivir en país de tan lujuriosa vegetación, advierte uno, á pesar de la letárgica pesadez que produce, una necesidad extraordinaria de crear y una potencia de vida inexplicable, puesto que en las mismas venas parece que la sangre circula y late con más brío.

Dijérase que el aire espeso de Galicia rejuvenece.....y alimenta.....

Apenas la poderosa máquina del "express," haciendo retremblar la tierra bajo sus titánicos empujes, entró como triunfante en los opulentos montes de Galicia, á mí se me ensancharon los pulmones, el corazón me palpó con inusitada violencia, y la mente se me pobló de halagadoras imágenes, ó mejor aún, de resurrecciones gloriosas.....Yo conocía ese sol rojo, enorme, con su hinchada

cara de lúbrico borracho; yo sabía de ese crepúsculo que tinte de púrpura la playa y trepa por las faldas de las colinas y traspone las cumbres y pretende con sus manojos de rayos vibrantes incendiar el bosque; yo escuché alguna vez los rugidos de ese oleaje y soy amigo viejo de ese mar plomizo y trémulo; y conozco también esas rías que ondulan, como el lomo de las tigras al andar; y esos arroyos culebreantes que juegan á perseguirse y á esconderse para luego aparecer repentinamente y de improviso en una hondonada; y esos valles llenos de luz y de verdura; y esos caseríos, colgados como nidos aéreos en alturas peligrosas; y esas caprichosas y extravagantes carreteras; y esos silenciosos alumbramientos de la tierra que goza fecundando,..... los conozco. Pertenecen á la raza selvática de América; porque Galicia tiene algo de las soberbias y arrogantes bizarrías de nuestros bosques, y mucho de las azules serenidades de nuestro cielo.

Yo he saludado á mi patria en esta tierra de las melancólicas canciones y de las músicas penosas; y no miento al decir que en ocasiones, á través de la bruma, he creído adivinar algún pueblo americano con sus techos rojos y sus paredes blancas como nieve. A veces, en la revuelta de un camino, se me antoja que ha de surgir espléndida, vigorosa, con sus fiestas de sol y de colores alguna campiña de tropicales fragancias, y limpio apresurado los cristales de mis gafas y me froto los ojos por ver cuál de ellas me sale al paso y me da motivo á uno de esos gritos de júbilo que sólo el ausente sabe lanzar al espacio, cuando descubre, allá, en lontananza, la fugitiva línea de su tierra amada.

Ahora comprendo yo por qué se mueren estos gallegos, al verse lejos de su idolatrado terruño; ahora comprendo su gaita que fluye quejas y su canción que mueve á llanto: las comprendo.

La morriña no es para mí inexplicable.

Galicia posee un ambiente especial, único, que yo no he percibido en otros países. Por eso cuando el gallego sale de su tierra es como el pez á quien una ola de poco ó mucho volumen dejó en la arena de la playa: el gallego, como el pez, se muere al faltarle el ambiente donde acostumbra á moverse.

Y si no se mueren de pena, regresan como ciertas palomas al mismo sitio de sus nidos, así las llevan á muy lejanos mundos, porque además del nido les falta el olor..... y el olor del nido gallego no es comparable ni siquiera remotamente con el del bohemio.

Fuera una tribu andrajosa de gallegos, errando por esos mundos, como tribu de bohemios tumultuosos; clavara una noche sus tiendas en las inmediaciones de una ciudad; y ocurriéndosele á uno, al día siguiente, saber del sitio donde fijaron los tenduchos los viajeros que se han ido, y los descubrirá de fijo, no por las huellas de sus pies descalzos, ni por el hueco que dejaron las maderas, sino por el "olor" que flota en el espacio donde durmieran.

El gallego limpio, blanco, bañado, esquilado y perfumado con las más fuertes esencias conservará siempre su olor, como el judío su tipo á pesar de sus transformaciones de indumentaria. Es un olor absoluto, sólido, puro, tenaz y diríase que "inmortal" como el que brota poderoso de su tierra abonada: se lo trasmitió la naturaleza y se robustece con él y lo lleva, como si dijéramos, en la sangre. El sol, este sol de fuego que todo lo calcina, les quema la tez hasta broncearlos; la lluvia "los emmohece" al fin, y viejos y deformados, ellos siempre delatarán su procedencia, más que por el dialecto cariñoso que constituye su lengua, por el vapor indefinible de su cuerpo, de cuyo

extraño privilegio parece que no se da, ó no quiere darse cuenta.

En Madrid, el gallego tiene que ser coche-ro, sereno ó aguador, pero "viviendo entre el agua no se lava nunca." En cambio su honradez será tradicional y "así como el andaluz tiene fama de listo—dice Blasco—y el aragonés de tacaño y el valenciano de cuco, el gallego la tiene de honrado desde que hay mundo"..... y de oloroso,—agregó yo—desde que hay pescado y flores en Galicia y Galicia en el mundo.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

NARRACIONES INFANTILES

La primera puntada

POR R. DE MESA Y DE LA PEÑA



AMAÍTA, ¿me das una aguja?

—De ninguna manera; hasta que cumplas los cinco años, hija mía, no puedo acceder á lo que me pides ¡cá!..... de ningún modo!.....acuérdate de que hace poco tiempo te dí un alfiler, te pinchaste y.....

—Sí; lloré mucho, no se me olvida; sentí un dolor tan grande en la yema del dedo gordo.....; en este!.....mírale, todavía tengo la señal!.....

—¡Ya! ¡Ya!..... por eso no quiero darte la aguja.

—¡Ah! Tendré cuidado!

—Pero.....¿y si te pinchas?

—Yo coseré muy despacito: ¡tengo unos deseos de dar la primera puntada!

—¿Y para qué?

—¡Anda! para ver si llega el día en que puedo ayudarte; la otra mañana me dijo una señora en el Retiro: Las niñas deben aprender para compartir el trabajo con sus mamás.....

—¡Hija de mi vida!..... Voy á darte la aguja!

—¡Ay! ¿Qué gusto!

—Para tí la aguja más gorda de todas las que tengo en el alfilerero.....Esta.....¡eso es! Espera, voy á enhebrarla; no me muevas! ¿no ves que si me cojes el brazo no puedo acertar.....¡gracias á Dios!.....ahí la tienes.....

—Ahora.....un trapo.....

—Este te servirá; te marcaré el dobladillo para que no hagas curcucos. No te salgas de esta línea ¿eh?

—¡No!.....¡no!

—Perfectamente; pues á coser y á callar que papá está descansando.....¡ya sabes que le duele la cabeza!

—Sí, estaré calladita.

—Pues á cumplir la palabra y.....¡manos á la obra!

Este diálogo sosteníanlo en el cuarto de costura la preciosa Margarita, una chicuella en cuyos ojales azules reflejábanse el entendimiento claro, la voluntad firme, y la ternura de las almas buenas por propia intuición, y su madre, una señora joven entre cuyas buenas dotes que eran innumerables figuraban dos encantadoras; la dulzura y la laboriosidad.

La hija era el retrato de la madre; había oído aquella que constituía un sagrado deber ayudar á ésta y ni corta ni tardía para desterrar de sí la holganza relativamente lógica en sus cortos años, demandaba una aguja para cumplir misión tan sagrada, sin temor de atravesarse un dedo ni de salir derrotada en su empresa.

La acción bastaba por sí sola para poner de manifiesto que Margarita siempre sería en lo porvenir un sólido sostén para su madre.

Cosía la madre mirando á hurtadillas á la chicuella con mal reprimido placer y no escasa curiosidad, y la niña en tanto, con sus azules ojos fijos en el blanco lienzo que la entregaran y la aguja en ristre, pasaba con rapidez ésta por aquel, mientras sus labios de rosa expresaban acaso la contrariedad que la producía su escaso acierto y su pícarra torpeza. Margarita no sabía coser; pero por intuición adivinaba que su obra resultaba pésima.

Y así pasó el tiempo, el sol hundiéndose en su ocaso después de enviar á través del mirador su última despedida á la madre laboriosa y á la niña contrariada; los gorriones tomaron posesión de los aleros de los

tejados para tener más cerca sus escondrijos cuando llegara el instante de guarecerse; á lo lejos vefase avanzar al diligente farolero encargado de facilitar luz á los vecinos de aquel barrio, y las campanas de las obras cercanas ponían con sus vibrantes y alegres tañidos en conocimiento de los honrados trabajadores que había llegado el instante de abandonar las herramientas para buscar en su hogar pobre y tranquilo el descanso del cuerpo y la satisfacción del alma.

Margarita seguía cosiendo y su madre observándola con esa atención, esa dulzura y ese cariño verdaderamente materno, que caracteriza á todas las mujeres que á Dios respetan y á sus hijos adoran como los hijos deben adorarse.

Era aquella una escena muda y henchida de poesía, que ciertamente hubiese jugado un pintor digna de trasladarla al lienzo con todos sus detalles y especialmente con uno de estos; el de la madre que enagenada de gozo contempla la laboriosidad de su hija, y el de la hija que con manos temblorosas y el rostro contraído por una dolorosa decepción, agota su paciencia infantil para lograr que agrade la labor primera que á ruego suyo le fue confiada.

Y la contrariedad de Margarita era sobradamente justificada: hora y media hacía que su madre la entregó el trapo y la aguja, y todavía no había podido conseguir dar una puntada.

Al menos ella no las veía.

Cuando las sombras de la noche comenzaban á extinguir las claridades del día, la chicuella dejó sobre un velador próximo su costura y sin pronunciar una palabra rompió á llorar con ese desconsuelo que indica por sí sólo una aflicción profunda y justificada.

Entonces la madre de Margarita, tomó á ésta en sus brazos, cubrió su angelical semblante de besos, y exclamó con tanta pena por lo menos como la de la encantadora niña: —¡hija!.....¡hija de mi alma!.....¿qué tienes?.....

—La niña continuaba llorando.

—¡Responde!.....; responde!—decía la afligida madre sin comprender la causa que había motivado el llanto de Margarita.

—Es..... es..... —dijo ésta con voz temblorosa por el sentimiento que la embargaba—que..... que no he podido dar una puntada siquiera.

—¿Cómo es eso?

—¡Míralo!.....; míralo!

Y la niña al decir esto abandonó rápidamente los brazos de su madre, cogió el trapo que ésta la entregara, y se lo mostró con los ojos empañados por las lágrimas y el corazón lleno de pena.

La buena señora lanzó una carcajada, que aumentó más la turbación de Margarita.

—¿De qué te ríes mamá?—preguntó ésta haciendo por sonreír.

—Hija de mi corazón, me río de que no has dado más que una puntada en hora y media que llevas cosiendo.

—No.....no, si yo he pasado muchas veces la aguja por el trapo.....

—Sí; pero la aguja no tenía hilo.

—¿No?

Qué había de tener, si lo sacaste á la primera puntada; míralo, aquí está colgando: ¡tanta! más que tanta!

—Entonces—dijo Margarita—mi trabajo no vale nada; ¡no he podido ayudarte!

—Hija de mi vida, yo conservaré esa primera puntada tuya como un tesoro inapreciable de tu laboriosidad y de tu inocencia.

—¿Si no sirve?.....

—El buen deseo del torpe vale más, mucho más, que la habilidad del sabio. Esa primera puntada es la mejor prueba de que serás una mujer laboriosa en lo porvenir y una niña modelo en el presente.

—No sé lo que dices!.....

—No importa hija mía; ve á enseñarle á papá tu costura y díle que te la pague.

—¿Con un beso?—dijo Margarita radiante de gozo.

—Con un beso.....y un abrazo, replicó aquella buena madre riendo y llorando á la vez.

.....

Han pasado muchos años.

Margarita ha cumplido los veinte, y todavía cuando su madre la recuerda con la sonrisa en los labios la célebre escena que siguió á su primera puntada, dice con la sencillez de la inocencia:

—Aquel deseo por ayudarte en la costura que me animaba cuando era pequeñita ¿no te agradó más que cuantos labores perfectos he hecho después?

—Sí, hija, mucho más.

—Y ¿por qué, mamá?

—Porque además de demostrarme tu cariño por aquel entonces, me diste la mejor prueba de que me ayudarías siempre y harías para lograrlo, esas labores que tanto me entusiasman.

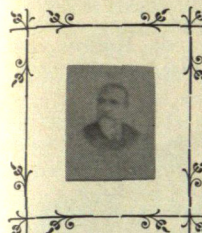
Aquella puntada de feliz memoria, me dio á entender que serías siempre lo que eres: ¡la más aplicada de las muchachas, y la mejor de las hijas!.....

PAGINAS CORTAS

Recuerdos

(POR JOSÉ ECHEGARAY)

(CONTINUACIÓN)



Pero iba perdiéndome en esta digresión, como iba perdido por la rambra; y como ahora me distraigo con estos recuerdos de aquellos recuerdos, así marchaba distraído recordando mis noches del Real en que, por manera que á muchos parecerá extraña, mezclaba mis aficiones líricas con mis aficiones geométricas.

Horas y horas pasaban sin que yo me diese cuenta del tiempo, y ya llevaba resueltos de memoria dos ó tres problemas, de aquellos que en el paraíso del clásico coliseo más nos ocupaban á mis profesores y á mí, cuando caí en la cuenta de que, no habiendo tropezado con mi guía, él ó yo nos habíamos extraviado, desde aquel momento en que, por determinación suya, tomamos caminos distintos.

Al fin me encontré con un labrador, que en dirección contraria venía, y le pregunté con la mayor naturalidad, aunque por dentro no dejaba de preocuparme la contestación que iba á darme:

—Dígame usted, ¿falta mucho para Canjáyar?

El hombre me miró sorprendido y me contestó con esta admiración:

—¡Pero si el camino que sigue usted no es camino para Canjáyar! Si va usted en dirección contraria.

—Ya lo sospechaba—le dije;—pero de todas maneras le ruego que me indique por donde debo tomar para ponerme en buen camino, que yo, por más que miro, no veo como he de salir de esta rambra.

—Venga usted conmigo—me replicó;—pero le advierto que hay para dos ó tres horas de marcha. Dí media vuelta al caballo y emprendí con mi nuevo guía una retirada no muy peligrosa, pero tampoco muy brillante.

Cuando llegamos al punto en que me había separado del peón caminero, me señaló el labriego una senda, que por una de las laderas de la rambra subía, que yo hasta entonces no había notado, y que era sin duda la que el peón caminero había querido señalarme, cuando me dijo: «Siga usted *por ahí*, que yo le saldré al encuentro por un atajo.»

Le dí las gracias al enderezador de mis entueros; enderecé ó torcí la marcha por la senda arriba, y, preguntando á unos y á otros, llegué á las tres de la tarde á una especie de casucha, con pretensiones de venta, en la que me estaba esperando hacía largo rato, ó por mejor decir hacía muchas horas, el peón caminero, en extremo alarmado por mi tardanza y muy tímido de que yo le riñese.

No le reñí, como no hubiera sido justo; ¿qué culpa tenía el pobre hombre de mis distracciones, ni de mis recuerdos, ni de mis problemas de geometría?

El ya había comido en la venta y me invitó á que hiciera lo mismo, pero yo no quise.

Pensé que en aquel ventorro comería muy mal; que en la casa de Canjáyar, á que iba á parar, comería mucho mejor, porque era una de las principales del pueblo, y no quise estropear una buena comida por adelantarla unas cuantas horas que, después de todo, podían servir para dar nuevos estímulos á mi apetito.

—¿Usted ha comido ya?—le dije al peón caminero.

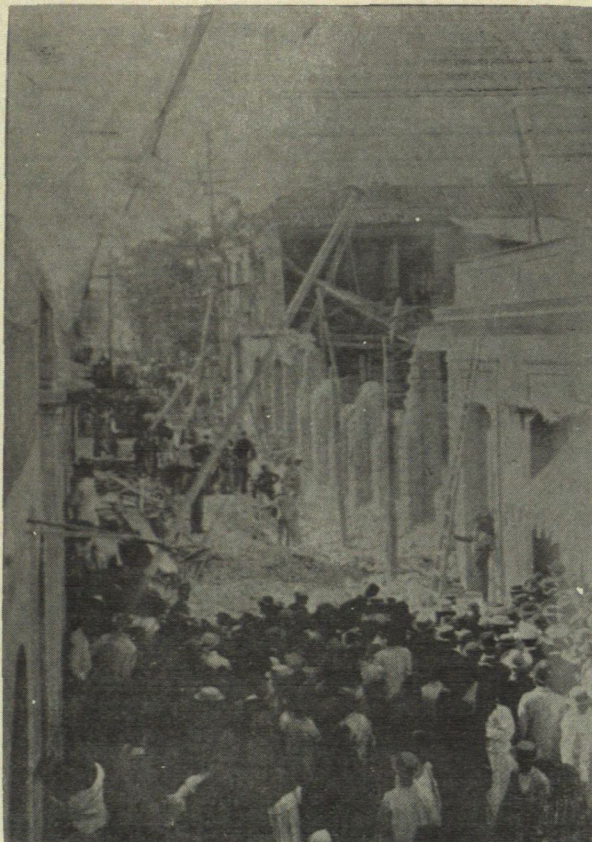
—Sí, señor—me contestó él.

—Pues bueno, que le echen un pienso al caballo y seguiremos nuestro camino. Yo no tengo hambre.

Hambre sí tenía, porque desde el día antes á las ocho de la noche no había probado bocado; pero ya he explicado el cálculo sibarítico que tenía hecho para aguzar el apetito: unas cuantas horas más de marcha y la perspectiva de una buena comida, que resultó cena.

Así lo hicimos y media hora después seguimos nuestra jornada.

El pobre peón caminero estaba aturdido: dos veces perdió el camino y dos veces dijo que lo había vuelto á encontrar.



CATÁSTROFE DE LAS GRADILLAS — CARACAS

(Fotografía instantánea del señor Rafael Segundo Sordo)

Yo entretanto iba entretenido con un nuevo problema, que en el fondo venía á ser el que ha planteado la escuela inglesa, *sobre el cálculo del máximo placer*.

Yo no había estudiado todavía más que matemáticas y aquellas ciencias que con la ingeniería se relacionan. Ni sabía una palabra de Economía política, ni de lo que hoy se llama Sociología, ni había leído á Bentham, ni había tenido ocasión de estudiar en la moral utilitaria, aquellos libros que pudiéramos llamar *del egoísmo matemático*. Y, sin embargo, mientras el peón caminero iba perdiendo y encontrando nuestro camino, mientras mi caballo marchaba lentamente y la tarde cala yo forjaba con método matemático aún más perfecto que el de la escuela inglesa, y perdóneseme este rasgo de vanidad, toda una teoría egoísta, cuyo problema único era éste: combinar nuestros actos de modo, que resulte la máxima suma de placer en un período determinado de la vida, por ejemplo desde los veinte á los sesenta años.

El punto de partida no fue otro, que el que hace poco indicaba. Renunciar á la comida de la venta con la esperanza de una comida mejor, tras cuatro ó cinco horas de espera; comparar numéricamente la molestia, ó llamémosle *dolor presente*, con el *placer futuro*, y hecha la comparación escoger, la cifra más elevada para el goce, es decir, el *placer máximo*.

Afirmaba yo, que es un buen cálculo de egoísmo, renunciar á un placer del momento á cambio de un placer mucho mayor en tiempo venidero. Y comparaba los placeres á las letras de cambio y á los efectos de comercio, que en la actualidad representan un *valor* y que van aumentando este valor actual con la acumulación de intereses.

En los placeres físicos ó morales la *esperanza* representa el *interés*, y un buen cálculo egoísta ha de tener en cuenta, al hacer los balances, el valor de hoy, el valor de mañana y los intereses compuestos.

Yo no recuerdo todo lo que á este tenor fui fabricando; pero recuerdo sí, que tenía en mi cabeza una serie de axiomas, teoremas y corolarios ordenados en forma matemática y capaces de servir de base á todo un libro, cuando á las seis de la tarde, dominando una montaña, dimos vista al valle Canjáyar.

El valle es delicioso y más delicioso parece cuando se domina desde gran altura y cuando se

le ve alumbrado por los rayos del sol poniente.

El recuerdo que en mí dejó fue vivísimo, y los rasgos generales no se han borrado en mi memoria; sobre todo los rasgos geométricos.

Dos montañas muy altas y muy largas de color oscuro, ó que oscuro me parecía, por los contrastes de luz, formaban la caja del valle y en el fondo un río, un verdadero río de verdura: dicho esto sin alarde poético y sin pretensión de repetir una vez más imágenes vulgarísimas.

Todo el fondo del valle, de un extremo á otro, en todo lo que alcanzaba la vista y en toda su anchura, era verde, muy verde, como si corriesen por él olas de esmeralda líquida, precipitándose turbulentas de su origen á su fin, insinuándose por los valles transversales, subiendo por las cañadas y dibujando algo así como una línea de nivel, cual pudiera haberlo hecho una masa líquida.

Yo no podré decir, ni cuales eran los cultivos del valle, ni qué árboles frutales dominaban: mis recuerdos son de conjunto: las dos laderas, el fondo de un verde brillante y ondulado y la línea de nivel dibujada constantemente con caprichosas curvas.

Al día siguiente, cuando recorría el fondo del valle, fui casi de continuo bajo interminables emparrados, ó á través de bosques espesísimos de frutales, teniendo que salvar á cada paso los cien brazos de ríos y riachuelos, que bajo toldos verdes se deslizan.

Ya estábamos en lo alto de una de aquellas montañas; pero era preciso descender al valle, y mi guía, que resultó no serlo, se atorolaba cada vez más y no encontraba la bajada.

La noche se iba echando encima, caminábamos por laderas imposibles, ya habíamos perdido toda senda, y no se cómo, por milagro tal vez, entramos á las once de la noche en el pueblo.

Y aquí enlazo la serie de mis ideas, después de haberla perdido más veces que perdí aquel día mi camino, con lo que al principio de este artículo afirmé respecto á mi resistencia inverosímil.

Veintisiete horas hacía que no tomaba alimento: de estas veintisiete horas, lo menos quince había estado á caballo; sin embargo, y juro que no es baladronada, que ya de nada podría servirme, porque aquellos tiempos están muy lejanos, ni sentía debilidad, ni experimentaba cansancio.

Tenía hambre: un hambre franca y sana, sostenida con la esperanza de una buena cena y acrecentada con todo el cálculo de intereses que fui haciendo por el camino.

Pero nada más: ni molestia, ni dolor, ni abatimiento. Lo que parece inverosímil, lo que yo no creería si otra persona me lo contase, lo que, sin embargo, era perfectamente exacto; porque al fin y al cabo ni tengo para qué engañarme á mi mismo, ni para qué engañar á mis lectores.

Y vaya usted á fiarse de las apariencias. Yo era delgado, muy delgado: mis fuerzas eran menudas que medianas: el repuesto de grasa, nulo. ¿Pues de dónde diablo procedía aquella resistencia? la costumbre de fatigas físicas, nula también. ¿Es que el aire libre del campo y de la montaña me estuvo suministrando durante diez y seis ó diez y siete horas, oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe, y que me estuve alimentando todo este tiempo como se alimentan los vegetales?

La ciencia podrá explicar este y otros fenómenos, andando el tiempo: hoy no veo manera de explicarlos.

Mis cálculos de moral utilitaria, y Dios me perdone si profano esta palabra *moral*, resultaron exactísimos: la cena fue excelente: los dueños de la casa, personas finísimas, ni me obligaron á comer más de lo que mi apetito exigía, ni se empeñaron en que comiese queso y más queso, como aquella buena señora de los *tobendos*, de que hablaba en mi artículo anterior.

En suma, fue una cena deliciosa y de las que no olvidaré nunca.

Es que no hay cosa para acrecentar los capitales como el interés compuesto, ni hay nada para acrecentar el placer, como un buen interés compuesto sobre acumulación de esperanzas, al menos cuando la liquidación final se hace como exigen las reglas del cálculo.

Al día siguiente resolví la cuestión de aguas á que estaba llamado: una verdadera ridiculez: pasioncillas de pueblo: luchas de caciques.

Había que señalar para una acequia un trayecto de veinte ó treinta metros y el trayecto estaba

de antemano marcado: era la intersección de un corte del terreno con el terreno inferior: algo así como el ángulo entrante de dos escalones. Aquella era la línea y no podía ser otra: las dos partes interesadas lo reconocieron lealmente.

—Pues por ahí:—dije yo, señalando la línea en cuestión—no hay que trazarla; está trazada: ni se necesitan jalones, ni piquetes siquiera: por donde ustedes dicen: por ahí tienen que ir los veinte metros de canalizo.

Y para dar este informe ó para resolver en este juicio sumárisimo y verbal, me habían obligado á estar sin comer veintisiete horas y á cabalgar durante quince; á perderme tres ó cuatro veces; á exponernos el peón y yo á rodar muchas más; á resolver unos cuantos problemas de geometría, y á fabricar todo un tratado de moral utilitaria.

Aquel mismo día emprendí mi viaje de regreso y á la caída de la tarde volví á mi cuartel general.

**

Cuartel general, cuartel de invierno y bien tranquilo: cuartel en tiempo de paz.

Como antes era, así continuó mi vida de ingeniero en Almería: descanso prolongado: monotonia indefinida: uniformidad absoluta. Un viaje á pocas leguas de la población para marcar un canalizo de veinte metros y que por añadidura estaba marcado de antemano, era un acontecimiento que hacía época en aquella mi existencia desteñida, pálida y soñolienta. Y andar perdido por las ramblas tres ó cuatro horas, era una conmovedora aventura, que todavía no se ha borrado de mi memoria.

Cuando un lago está tranquilo, muy tranquilo, cuando no lo riza ni una ola siquiera, cuando el sol lo aplan a y parece que lo estiran por las cuatro puntas para que esté más terso, una piedra que se arroje en el centro y una pequeña ondulación que por el lago se extienda en línea circular hasta ir á morir en las orillas, es un acontecimiento importantísimo, y más se nota sobre la superficie del lago y con más distinta individualidad, que todo un oleaje tempestuoso.

Por eso sin duda los más pequeños accidentes de aquella época de mi vida, se han quedado grabados en mi memoria con tan perfecta claridad. Ningún otro accidente los confunde, los borra, los enturbia, ni con ellos se mezcla.

Son pequeñas olas solitarias, que lentamente avanzan, destacándose sobre un fondo de absoluta inmovilidad.

No sería así, si aquel período de mi existencia hubiese sido turbulento. En los grandes oleajes, cuando las olas se precipitan y se atropellan y se confunden, y todas son gigantescas, y unas rompen en espuma, y otras son tan altas como las que les precedieron, y tan altas como las que vienen detrás, quedará memoria del conjunto tempestuoso, pero se borrarán los accidentes.

Y es lo cierto, que nada me sucedió en Almería digno de contarse por extraordinario; razón por la cual, y siguiendo la escuela moderna, lo voy contando todo y seguiré contando sucesos tan interesantes y aventuras tan extraordinarias, como las referidas hasta aquí.

Dicen que mis dramas son feroces, tempestuosos, que en ellos domina lo terrible y lo extraordinario.

Quizá sea cierto, pero si lo es, bien puede decirse, que es la natural compensación de aquel período de mi existencia, que voy refiriendo, en el cual salí escarmentado para siempre *de lo natural, de lo sencillo*, y de cuantas vulgaridades tejen la trama común de la vida.

¡Cuántas cosas insustanciales! ¡Y sin embargo no he olvidado ninguna!

Referí algunas y voy á referir otras.

Por ejemplo, *un viaje por mar* á Cádiz y Sevilla, desde Almería. Y por fin, *unas tercianas* cogidas en aquellas ramblas semi-africanas ó que me cogieron á mí con tan buenas zarpas, que para hacer que me soltasen, fue preciso acudir al arsénico y fue preciso nada menos que la sublevación de O'Donnell y toda la revolución del 54.

En el bienio progresista, puede decirse que acaba el primer período de mi vida, de lo que pudiera llamar mi vida privada, y empieza á dibujarse lentamente, muy lentamente, mi vida pública.

Mis aficiones al teatro se acentúan.

No escribí ningún drama, pero ya me asaltó el deseo de escribirlos; y como á todo deseo acompaña una esperanza, la de que alguna vez podría escribir para el teatro, comenzó á alborear en mi espíritu.

Pero no anticipemos los sucesos. Por ahora estamos en mi primer viaje á Cádiz y Sevilla y en mis primeras y únicas tercianas.

Como ven mis lectores, la materia para el próximo artículo no puede ser más interesante.

JOSÉ ECHEGARAY.

Los funerales de la risa

[POR MICHEL THIVARS]



traídos de sus obras completas.

Siguen las delegaciones de las diferentes capillas: ocultistas, místicos, afeitistas, lacrimistas y demás mentecatistas.

Luégo, falanges compactas de escandinavólatras y mæterlinckómanos.

El féretro lo llevan cuatro autores dramáticos groenlandeses, vestidos de smokings de piel de foca.

Inmediatamente detrás del ataúd van encadenados, descalzos y con la cuerda al cuello, los contadísimos fieles de la risa, una docena de vaudevillistas y medio cuarterón de diaristas.

Cara de lástima llevan aquellos infelices, pues conocen la espantosa suerte que les está reservada. Conforme al rito brahmánico, deben ser sacrificados sobre la tumba de su señor.

Cuando llega al cementerio, el cortejo se dirige hacia el rincón maldito destinado á los réprobos.

Allí aguarda una fosa.

Los cuatro enterradores groenlandeses toman el féretro y lo hacen bajar sin miramientos al fondo de la sepultura.

Entonces, el gran sacerdote del culto escandinavólata, que preside la ceremonia, el tierno é indulgente Hinrik Bauerjen, se adelanta hasta la orilla de la tumba, y con su amenidad habitual, pronuncia el discurso siguiente:

“Hermanos: ha llegado el día de la victoria. Sucumbiendo al fin á nuestros golpes, la Risa ha muerto, la odiosa Risa, que desde hace no sé cuántos siglos es la ignominia de nuestra literatura. Yo el primero combatí al enemigo; lo perseguí en todos sus atrincheramientos, el *neocio vaudeville* y la opereta insustancial. Yo el primero lancé el grito de “guerra al infame!” Permitidme que sea, pues, el primero en felicitar á la raza francesa por haberse librado de aquella irritante tiranía!..... Odiosa Risa, sed por siempre maldita!!..... Acercad á las víctimas!.....”

Se lleva á presencia del gran sacerdote á los vaudevillistas, medio muertos de miedo.

Entonces, el escandinavólata los increpa con una ironía formidable:

—“Y bien, *regocijaos* ahora!”

Dice, y pasa sucesivamente á través de los cuerpos de aquellos infortunados los más acerbos artículos que ha escrito.

Los infelices caen inanimados.

En tanto que esto sucede, no lejos de la sepultura se forma una hoguera colosal con todos los libros sospechados de contener en sus páginas una pizca de buen humor.

El gran sacerdote les pone fuego; se arrojan en ella los cadáveres de los ajusticiados y se avientan las cenizas.

La multitud se retira, después de que cada cual ha arrojado una copiosa palada de tierra sobre el féretro de la Risa.

—Vaya! al fin, murmuran los más fanáticos, ahora quienquiera puede fastidiarse á su gusto!

Es ya de noche cuando el último concurrente abandona el cementerio.

Entonces, sobre la tumba de la Risa van á sentarse dos Sombras.

Una vestida con hábito de monje, cubierta con un birrete cuadrado; la otra lleva la gran peluca y traje del siglo XVII.

—Y bien, Poquelin? dice el fraile.

—Y bien, maestro Francisco?

—Qué dices de estos matarifes?

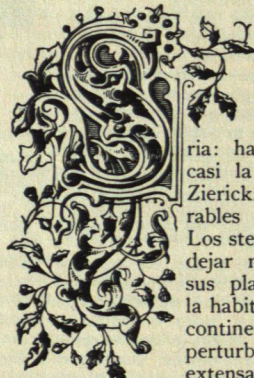
—Digo, susurró la sombra de Molière, que parece que ellos creen que ya no haré más comedias.



—Déjalos estar, replicó la sombra de Rabelais. Ellos mismísimos van á hacer que la Risa resucite!!.....

La isla de las muñecas

(POR CAMILE MAUCLAIR)



Se va á Holanda y se ignora, ó poco menos, la existencia de la isla Walcheren. Y es, no obstante, extraordinaria: hay en ella, tocando casi la isla de Marken y Zierickzee, cuadros admirables de Javier Mellery. Los steamers la costean sin dejar ni un pasajero sobre sus playas; los seres que la habitan no van jamás al continente; y vive así, imperturbable y feliz. Es poco extensa: de todas partes se divisa la cúpula de oro de la vieja Middeburg, situada en el centro. Algunas aldeas se ocultan en ella: Veere, con su enorme bajel, abandonado al borde de las dunas como un monstruo varado; Domburgo, con sus escarpados y sus buques negros, á los que baña la espuma de la mar tumultuosa; Westkapelle, completamente gótica y salvaje. Un viento áspero pasa por sobre aquella isla plana, que se duerme sobre flores y verdura lujuriosa.

¡Casitas pintadas como juguetes, con vuestras ventanas verdes y blancas, vuestras persianas y barandillas de color, arbolillos que os sombrean, aldehyuelas que formáis bouquets multicolores, jardines simétricos ceñidos por guirnaldas de tulipanes y geranios, se llega á vosotros por senderos tortuosos, sembrados de encinas seculares, á través de los huertos, de praderas opulentas y de verjeles, como en viaje al redil sentimental en que se apacentaban las ilusiones de nuestra infancia soñadora! Algo como un recuerdo se levanta de vuestra belleza, de vuestras ventanas sombreadas por vidrieras de azul y blanco, como si en ellas hubiese quedado nuestra dicha pasada!

En las plazas, á los gritos de la feria acalla el eco solemne y grave de las campanas que repican; del fondo de los antiguos patios de ladrillos, de ladrillos destruidos, del suelo gris, se levantan los penachos empolvados de álamos y castaños. Al principiar la noche aparecen los hombres vestidos de negro, con he-

billas de oro y cabellos rizados. Las mujeres llevan los brazos desnudos y cargados de brazaletes, la cabeza circuida de encajes, la frente estrecha y blanca cubierta de placas de oro cincelado; sus sayas azules, de un azul profundo, se inflan con antiguas crinolinas y sobre la garganta ondula el borde rizado de un corpiño. Llevan de la mano á las hijas pequeñas, tiesas como sus toilettes, graves, calladas; no juegan nunca; diríase que son las muñecas vivientes de una isla de hadas; su vida es extranatural; su mirada, inmóvil y extática.

En los campos trabajan también así. No tienen sino un traje, el de fiesta y con él la pasan aderezadas como novios; á la hora del crepúsculo se las encuentra montadas en grandes caballos de Zelandia, en esos hermosos caballos de frente y narices blanqueadas, de erizadas crines, que se sorprende uno de encontrar en los cuadros de Rubens. En las ciudades, cuyas calles están desiertas en el día, la muchedumbre circula y se pasea de noche y se ven grupos blancos de caballeros y muchachas que cantan aires antiguos. Los cascos de los caballos resuenan en el enlosado de los muelles y sus imágenes prolongadas se reflejan en el agua tranquila del canal.

Un cielo violeta atenúa los reflejos y en él ondean nubecillas rosadas que semejan oriflomas suspendidos al extremo de los mástiles. Las grandes barcas holandesas se duermen en el seno de los puertos: al término de las calles se divisan sus vergas inmóviles, sus proas altas y agudas. Los puertos están desiertos; las avenidas silenciosas: la suavidad de la vida se ha refugiado aquí. Este es el país de la contención intelectual: las mujeres son princesas, los hombres son nobles y la dicha que respiran estas casitas avasalla al corazón del transeunte en un trasporte tan voluptuoso y tan lleno de melancolía, que dan ganas de desfallecer al borde de estas aguas en calma, de tan inestable existencia como la humareda lejana que se disipa y se extingue.....

El arenque

(POR J.-K. HUYSMANS)

Tu ropaje, oh arenque, es la paleta de los soles moribundos, el duro barniz de los bronces antiguos, el tono de oro bruñido de las pieles cordobesas, el tinte de sándalo y alazor de los follajes de otoño!

Tu cabeza, oh arenque, relumbra como un casco de oro, y se diría de tus ojos que son clavos negros colocados en círculos de cobre!

Todos los matices tristes y nublados, todos los matices radiantes y alegres amortiguan é iluminan alternativamente tu vestidura de escamas.

Al lado de los betunes, de las tierras de Judea y de Cassel, de las sombras quemadas y de los verdes de Scheele, de los oscuros Van Dyck y de los bronces florentinos, de los tintes de orín y de hoja muerta, resplandecen con todo su brillo los oros verdeantes, los ámbares amarillos, los orpines, los ocre, los cromos, los naranjas de marzo!

Oh! resplandeciente y nubloso ahumado, cuando contemplo tu cota de mallas, pienso en los cuadros de Rembrandt, vuelvo á ver sus cabezas soberbias, sus carnes soleadas, sus centelleos de joyas sobre terciopelo negro; vuelvo



ALAMEDA DE TURMERO — VISTA AL SUR

á ver sus chorros de luz en la noche, sus regueros de polvo de oro en la sombra, sus eclosiones de soles bajo los negros arcos de las bóvedas.

Reformas administrativas

(POR MICHEL THIVARS)

I

Oficinas de la Asistencia pública.



ACOCO MISERIA, humildemente.— Señor, tengo una mujer y seis hijos que no comen desde hace dos días.

EL EMPLEADO.—Muy bien. Dejad vuestro nombre y vuestra dirección. Se averiguará.

II

Ocho días después.— En casa de la portera de Jacobo.

EL EMPLEADO.—Tenéis aquí á un tal Jacobo Miseria,

que tiene una mujer y seis hijos?

LA PORTERA.—No, señor.

EL EMPLEADO.—Só, tunante! . . . Otro más que quería robar á la Administración!

LA PORTERA.—Permitidme . . . Los Miseria vivían aquí, pero ya nó.

EL EMPLEADO.—Se han mudado?

—LA PORTERA.—No, han muerto . . .

III

Un mes más tarde.—El gabinete del director de la Asistencia pública.

EL DIRECTOR, muy disgustado.—Estúpida historia! . . . Ahora van á caer encima to-

dos los periódicos! . . . Es preciso animar á esos perezosos administradores . . . (Al empleado.) Preparad de urgencia un informe relativo á las reformas indispensables á la actividad del servicio.

IV

La misma decoración.—Un año después.

EL EMPLEADO.—Señor director, hé aquí el informe.

EL DIRECTOR.—Cuál informe?

EL EMPLEADO.—El informe urgente.

EL DIRECTOR, acordándose.—Ah! bien . . . Leed.

EL EMPLEADO, leyendo.—“A la entrada del invierno, en esta época en que la falta de trabajo y los rigores de la estación multiplican las miserias que hay que socorrer, la Administración juzga oportuno proceder á las reformas que reclama imperiosamente la opinión pública...”

EL DIRECTOR.—Perfectamente!...

EL EMPLEADO.—“... Propo-nemos, en consecuencia, aumentar el sueldo del personal administrativo.”

EL DIRECTOR.—Hum?

EL EMPLEADO.—Diantre! Dupli-cando los sueldos se tendrán empleados doblemente activos.

EL DIRECTOR.—Eso hay que estudiarlo; podría interpretarse mal. . . Pensad otra cosa.

V

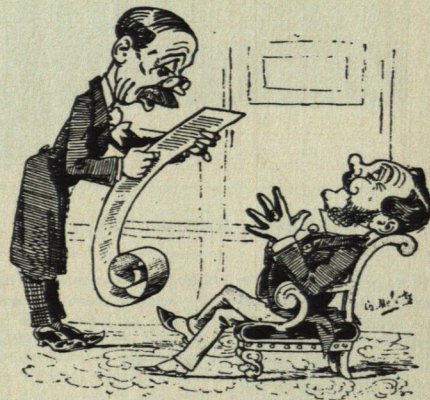
El mismo sitio.—Dos años más tarde.

EL EMPLEADO, lleno de júbilo.—Lo que es ahora creo que está bien!

EL DIRECTOR.—Bien qué? . . .

Ah! sí, las reformas.

EL EMPLEADO.—En suma, qué se pretende? Aliviar la miseria desde el momento en que se



manifieste . . . sin retardo y sin formalidades?

EL DIRECTOR.—Sí.

EL EMPLEADO.—Y al mismo tiempo tomar todas las precauciones para que la Administración no sea burlada por los pícaros que se hacen pasar por mendigos?

EL DIRECTOR.—Sin duda.

EL EMPLEADO, con modestia.—Nada más sencillo! Para poner á cubierto todos los intereses, basta introducir en el reglamento una cláusula concebida en estos términos:

Artículo único.—“Todo indigente que solicite de la Asistencia pública un auxilio, bien sea dinero efectivo ó artículos de consumo, debe, previamente, consignar una fianza de 500 francos.”



SEPARACION. — Cuadro de O. de Thoren

SECCION RECREATIVA

Si se practicasen en lo público los tres antiguos preceptos del derecho privado, *honeste vivere, alterum non ledere, jussum cuique tribuere*, se lograría el imperio de La Libertad, La Igualdad y La Fraternidad, aspiración de las sociedades modernas.

24 de setiembre de 1895.

RAMON F. FEO.

Hogar que se abre al amor, amparado por la virtud, es protesta solemne contra las invasiones del mal.

F. D. ORTEGA.

Valencia: 1894.

Para mí, donde no vibra la nota del sentimiento en su más sublime manifestación, es decir, con tristeza, no hay armonía ni palpita el deleite estético.

RÓMULO ESPINO.

Todo lujo nuevo se hace pronto una nueva necesidad, tan tiránica como las antiguas.

G.-M. Valtour.

La amistad no es á menudo sino una ilusión de nuestro egoísmo, sea que la inspiremos ó que la sintamos.

Paul Hervieu.

La historia no podrá ser nunca un argumento contra la lógica y la razón.

Etienne Vacherot.

La alegría en una mujer es la lámpara de la belleza.

Beulé.

Un ministerio no puede ser tenido por un sindicato.

Rudyard Kipling.

Ejemplos perniciosos

Demuestra la historia con la austeridad de su elocuencia, que la corrupción se ha propagado siempre en escala descendente; y en efecto: todos los pueblos que se han envilecido por los vicios, han debido su decadencia y la relajación de sus costumbres á la intemperancia de los hombres públicos.

Y es que no hay ejemplo más corruptor, ni más pernicioso que el sancionado, digámoslo así, por el carácter y dignidad de las personas investidas de autoridad.

De ahí que es deber muy principal para todo Magistrado, dar por sí y por medio de las personas que le están subordinadas, "ejemplos de honor, de probidad y de moralidad."

P. V. LOPEZ FONTAINÉS.

La fuerza material es la barbarie.

La fuerza inmaterial es la civilización.

La fuerza de los gobiernos es el bienestar de los gobernados.

La fuerza de los pueblos no es el ejército, sino la paz, el progreso, la libertad.

PEDRO JOSÉ ROJAS.

A Maracaibo!

Y fue tu acción naval la más gloriosa
Unico sol que en nuestros fastos brilla!
Que iluminó con su aureola hermosa,
La libre frente del audaz Padilla.

Tus cacaes, tus grutas, tus cabañas,
Tus palacios de Circe y Citerea,
El suspiro del céfiro en las cañas,
Tus delicadas uvas de Apamea.

J. A. LOSSADA PIÑERES.

Últimas notas

Cuando el pecho rasgaron al cadáver
Del joven trovador,
Que había muerto lanzando la postrera
Dulcísima canción
Al frente de la reja en que su amada
Ni siquiera á mirarle se dignó,
El corazón partiéronle en pedazos;
Y encontraron temblando de estupor,
La imagen de ella en todos los fragmentos
De aquel ensangrentado corazón.

JACINTO AÑEZ.

(Valencia.)

Sorprendidos á veces de cierta belleza de algunas flores naturales, exclamamos: *parecen fingidas!* ¡y luego al ver la rara perfección de otras, artificiales, decimos: *si parecen naturales!*

Yo apostaría que á las unas les falta, y á las otras les sobra el desorden!

No quiero decir con esto, que el orden y el arte no anden juntos..... alguna vez!

A. HERRERA TORO.



SIMPLICIDAD

La existencia de Dios

Donde lo terrible deslumbra con la majestad del espanto; donde comienza el dolor que la última hue-lla del placer destruye; donde remata el infortunio para ceder su imperio á la desgracia; donde ya no se abraza esperanza halagadora y terrorífica la muerte se presenta en perspectiva.....; allí se muestra la exis-tencia de Dios para los espíritus pequeños y las in-teligencias mediocres que no la comprendieron en la belleza que seduce con sublime admiración; en la prodigiosa labor de la naturaleza; en la armonía que rige la rotación de los mundos.....

P. V. LOPEZ FONTAINÉS.

1892.

El amor es aroma, fuerza, animación y vida en la naturaleza, como es inspiración, luz y aliento en las concepciones del espíritu humano!

F. D. ORTEGA.

Valencia: 1891.

Amo la libertad—no la libertad tempestuosa, ni tampoco un ídolo de barro disfrazado con el gorro frigio—sino la verdadera libertad, aquella que se her-mana con el orden, que fraterniza con el progreso, que hace fecunda la autoridad, que pone al hombre en plena posesión de los atributos que le concedió el Supremo Creador.

PEDRO JOSÉ ROJAS.

De cuantas denominaciones se han hecho para esti-mular el advenimiento de los partidos, ninguna como esta: *legalismo* y *personalismo*. Es la única exacta porque comprende los vicios que hacen de la política una especulación, y las virtudes que pueden ayudarla á servir de provecho á las sociedades.

El *legalismo* tenderá siempre á la libertad, el *per-sonalismo* á la autocracia. Este es el gobierno propio de pueblos en la infancia, aquel la expresión política de una sociedad culta que se rige por la influencia de las leyes. El uno representa el patriotismo, que es la razón de ser de las naciones, el otro el egoísmo que arrastra los Estados á la decadencia: con el *le-galismo* se levantan los caracteres, con el *personalis-mo* se deprime el carácter y la altivez de la nación.

Maracaibo: octubre, 1895.

RAMON ILLARRAMENDI.

Por la Paz

El comité francés de *l'Union internationale des fem-mes pour la paix*, ha dirigido la siguiente excitación á las mujeres alemanas.

Las mujeres de Francia á sus hermanas de Alemania, madres, hermanas y mujeres alemanas:

La guerra toma todos los días en los espíritus su verdadero nombre, que es el de *muerte*; muerte tanto más bárbara cuanto que es colectiva y razonada.

La inteligencia humana se subleva al fin contra éste secular y formidable error que constituye la gloria mi-litar. La vista de los penachos extremece, pues tras de cada ejército hay lágrimas y duelos.

Las inglesas se nos han acercado para que nos com-prometamos á consolidar la alianza por la paz entre las madres, mujeres y hermanas, y las prometidas de los dos países y, con ellas, hemos creado una Unión de mujeres de todos los pueblos para la concordia in-ternacional y el desarme general: *l'Union internationale des femmes pour la paix*.

A nuestra vez, venimos y os tendemos una mano amiga. Uníos á *l'Union*, vosotras, madres, hermanas y mujeres alemanas!

Vosotras no queréis que los vuestros mueran, ni que maten!

Nuestros intereses y los vuestros son pues los mismos. No más sangre entre los pueblos, que la naturaleza ha creado hermanos y amigos. El planeta es muy estrecho para que en un rincón cualquiera, bajo pretes-to de fronteras, construidas por las convenciones y los odios, la humanidad se degüelle.

La educación de las generaciones nuevas pertenece á las madres.

Unámonos para obtener la más brillante de las victo-rias, la del desarme universal.

Hermanas de allende el Rhin, valor! Cordialmente respondió á nuestro llamamiento.

Las madres, mujeres, y hermanas alemanas habrán de intentarlo y lo obtendrán!

Digamos en alto á todos, que la conciencia humana reprueba al fin toda violencia. Que ésta sea la aurora de los nuevos tiempos.

¿PARA QUÉ HABEIS VENIDO AL MUNDO?



Para modelo de vestir con elegancia, esportman distinguidísimo y tonto de capirote.



Para zerial primer guapo y la prezona de maz gracia pa matar toros, y pa porré locas á las buenas mozas.



Para pintar cuadros



Para jefe superior de administración, Caballero Gran Cruz y socio correspondiente de varias academias, etc.



Para pasar apuros! exclusivamente para pasar apuros!

Liceo de señoritas en París

De un periódico europeo traducimos lo siguiente: "La Universidad está creando hace algunos años, para las señoritas, lo que ya existía para los jóvenes: liceos, que después de haber sido criticados, son hoy aplaudidos. Uno de los primeros liceos de señoritas organizado en París, es el de la calle de Roma: se llama liceo Racine; hay otro, el liceo Fénelon. Estos establecimientos funcionan con éxito; pero es de lamentar que se les haya dado nombres de hombres célebres, cuando existen en la historia mujeres de gran mérito cuya mención sería más propia para esos institutos de señoritas. Ello les haría recordar que las mujeres, por la energía y el carácter, saben también llegar, como los hombres, á puesto eminente. M. Pierre Giffard ha tratado el punto con especial tino y gracia en *le Petit Journal*. Después de citar el liceo Racine, recuerda que hay otro llamado Fénelon. "A causa de Calipso?" pregunta el cronista.

Otro, en fin, se llama liceo Molière, quizá en recuerdo de las *Précieuses ridicules*. ¿No será más justo demostrar á las mujeres que sus abuelas han llegado á algo notable en las letras, en las artes, en la cultura intelectual? Pero el colmo de los colmos es que el nuevo liceo de señoritas que va á inaugurarse se ha construido en la calle de *Sevigné* y lo han bautizado liceo *Victor Hugo*! ¿Es que en este país no cuadraría bien un liceo *Sevigné*, Staël, Roland, Juana de Arco, Juana Hachette, Desbordes-Valmore, Deshoulières, Rosa-Bonheur, Sombreuil, Vigée-Lebrun? ¿No hay suficiente número de mujeres célebres? María Estuardo, Cristina de Pisan ¿no podrían figurar á la puerta de un establecimiento de cultura intelectual para la mujer?"

Monumentos africanos

M. Heron de Villefosse ha consignado en la oficina de la Academia de inscripciones y bellas letras del Instituto, tres fotografías que representan, en otras tantas posiciones, una estatua de marfil, encontrada por el P. Delattre en el mes de julio último, en las excavaciones practicadas en Cartago. La estatua tiene 0m13 de altura; está intacta, esculpida en un cilindro de marfil que ha conservado casi su forma. Representa una mujer peinada á la egipcia, vestida con una larga túnica. Lleva un collar; los brazos están apretados contra el cuerpo y las manos cruzadas sobre el pecho, sosteniendo los senos, apenas indicados. En el resto del cilindro, que forma la túnica, el artista cinceló tres largas bandas cuadrículas que caen, una á la espalda y las otras á los lados de la estatua. Por encima de estas bandas, á la altura de las caderas, hay un cinturón cuyos extremos se cruzan adelante, cayendo á derecha é izquierda. El ruedo de la túnica está adornado con una franja. Los pies no están indicados. Esta figura da una idea del traje cartaginés; tiene cierta analogía con otra que se encuentra en las colecciones del Louvre. El cilindro es hueco; lleva en el borde inferior cuatro agujeros que se suponen fuesen para fijarlo en algún pedazo de madera; la estatua formaba probablemente el mango de un espejo, pues en la misma tumba se encontró uno en bronce con varios objetos de adorno, un pendiente de oro, una sortija sigilar, tres anillos de plata y restos de un brazalete adornado con las palmas y el escarabajo sagrado. La estatua del Louvre es más fina; pero esta de M. Heron de Villefosse está más completa.

Rosas azules

Los vapores de cianuro de potasio tienen la propiedad, según lo ha observado M. Cocierell, de cambiar el color de las flores. Las rosas encarnadas, expuestas á aquellos vapores, se tornan azules y luego amarillas; de este último color se vuelven las blancas, bajo la influencia de los vapores de cianuro.



Ventajas de la moda

Un centro de mesa en la cabeza; por basquiña, un saco; dos por mangas; uno, de corpiño, y otro más en la mano.—Bello, cómodo y encantador.

¿"Quien quita"?!

Un ciudadano entusiasta por las letras de molde, envía á EL COJO ILUSTRADO cuatro largas composiciones en verso, tres discursos, un retrato y los apuntes biográficos en cantidad para colmar alrededor de seis páginas de la revista. Y cada una de esas piezas con las notas respectivas al pie:

"Tipo grande,"

"Lugar preferente,"

"Cuerpo entero"

"y próximo número."

Naturalmente que los directores dicen gracias.....; luego vacilan..... miran la cesta..... y piensan que todo ello es muy interesante.....

Deseoso el individuo escritor de leer sus producciones, sale á la calle, compra un número, y recorre con avidez sus columnas, sin encontrar, naturalmente, lo que busca.

—¿Qué raro!—dice—es muy extraño..... soy muy conocido..... En fin, seguiré comprando los números posteriores á ver si.....

Así es! puede ser que algún día..... "quien quita" que al abrir la carátula, zas! sorpresa agradable!.....

Iconografía de los gatos

Los gatos ocupan en la literatura puesto tan notable, que un erudito les consagró una vez una bibliografía, naturalmente incompleta. Sin embargo, los sentimientos expresados en las 400 obras catalogadas por el compilador son tan contradictorios, que podría preguntarse si, entre los escritores, el gato cuenta más amigos que enemigos. En lo relativo á la iconografía de este animal, la cuestión es más dudosa; pues, con raras excepciones, los artistas que han reproducido sus rasgos, lo han hecho siempre presentándolo bajo los más graciosos aspectos. Parece que la monografía de Champfleury no haya tenido influencia alguna en el prestigio de que hoy gozan,—en el arte,—esos huéspedes queridos de nuestros hogares.

Antes que Champfleury, sin embargo, numerosos artistas habían traducido, con ayuda del pincel, el lápiz ó el buril, los hechos y los gestos de los gatos. Llegando hasta el siglo último, podrían citarse muchos artistas, más de 200, que se complacían en introducir en sus composiciones, como principales ó accesorias, elegantes figuras de gatos. Así, H. Drouais, C. Coypel, Chardin, Huet, Watteau, Boucher, etc., deben mencionarse en especial en la galería de pintores "gatófilos." Á ella pertenecen también Cornelille Wisscher, cuyas estampas son todavía famosas, y Bernois Godefroi Mind, llamado el *Rafael de los gatos*. A título de curiosidad podría citarse también á un humorista genovés, Jean Huber, que se hizo una reputación en el arte del recorte en cartón, sobresaliendo entre sus obras la silueta de Voltaire; á menudo tomaba á su gato como colaborador y le hacía ejecutar el perfil del terrible filósofo, presentándole para ello un pedazo de queso, que el animal iba mordiendo por ciertos puntos.

Las mujeres con pantalones y la Biblia

Uno de los sacerdotes del templo metodista de la avenida Tonnelle, en Jersey, ha pronunciado un discurso que ha hecho sensación entre los fieles de aquel templo. El orador atacó vivamente á las mujeres que llevan pantalones más ó menos bombachos. Dijo que tal vestido era una abominación y que al llevarlo se infringía directamente la ley de Dios. En su apelo citó un pasaje de la Biblia, concebido así: "La mujer no llevará los vestidos destinados al hombre, ni éste los que aquella debe usar, porque tal uso sería una abominación hacia el Señor." Agregó el orador que esa cita bastaba para condenar á las mujeres, jóvenes y viejas, que se pasean en bicicleta llevando pantalones; cosa que impresionó mucho á las muchachas presentes, muy amantes del pedal, bien que hasta ahora no han adoptado el pantalón bombacho.

El corsé en la Academia de Medicina de París

El secretario perpetuo de la Academia de Medicina de París ha leído en una de las sesiones una carta dirigida al Cuerpo por el doctor Clavierie, de Tarbes y relativa al empleo del corsé.

El agudo corresponsal comienza pidiendo que la Academia se ocupe de preferencia en la cuestión; declara que el corsé es un vestido de lujo, un objeto superfluo, y que como tal debe patentarse; que ese impuesto no sería vejatorio, sino muy loable y aún democrático, ya que sólo usan corsé las mujeres de la clase rica.

La Academia no ha decidido todavía.

Cuadros vivos representados en la velada del Circulo Católico de San José efectuada en Pto. Cabello el 20 de Septiembre de 1895



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD



EL ÁNGEL GUARDIÁN

MISCELANEA

Rayo globular

El señor G. M. Ryan refiere, en una revista científica, el caso de un rayo globular, observado en Karachi, en el Sindh. Estando en un salón con dos amigos que se resguardaban de la tempestad, fué á abrir una puerta que se conservaba cerrada. Al volverse, vio una bola de fuego del tamaño de la luna, suspendida entre los dos amigos. Inmediatamente se oyó un trueno que produjo un ruido semejante á un cañonazo. Dos de los espectadores fueron ligeramente heridos: uno de ellos sintió un dolor agudo del lado izquierdo de la cara; el otro una conmoción en un brazo y la impresión de un incendio de los cabellos. Se percibió un fuerte olor á azufre. En la pieza vecina había dos escopetas en sus estuches; una fue despedazada por completo y en el punto en que la boca pegaba con la pared apareció un agujero y algunas hendeduras. No se ha explicado todavía por donde penetró el meteoro al cuarto, ni por donde salió.

Creación de un repertorio bibliográfico internacional y universal

En Bruselas se ha reunido una comisión internacional para estudiar la posibilidad de crear un repertorio indicador de las obras que se hayan publicado en todos los tiempos y países, así como de los artículos que hayan aparecido en todas las revistas.

La utilidad de este repertorio es evidente; pero ¿existe un modo de clasificación que pueda satisfacer las exigencias de tan vasta empresa? Después de haberse estudiado este punto, la comisión reconoció que la clasificación decimal de Melvil Dewey, sin ser en absoluto perfecta, atiende á todas las necesidades de la práctica; cada división ó subdivisión está representada en ella por un número de varias cifras que tiene cada una su significado propio, conforme á convenciones ya adoptadas en América hace diez y siete años.

La comisión ha juzgado que para poder realizar el proyecto es necesario establecer una *Oficina internacional de bibliografía*, fundada por acuerdo intergubernamental y sostenida por los correspondientes países.

Ignórase si es con este propósito que el rey de Bélgica ha ordenado la creación de una, «Oficina bibliográfica internacional».

Incendio por la lámpara incandescente

¿Puede hacerse fuego con una lámpara eléctrica incandescente? La mayor parte de las personas á quienes se dirige esta pregunta, responden sin vacilar negativamente. Sin embargo, lo contrario es posible, puesto que una viajera lo ha realizado, por supuesto sin quererlo, en un hotel americano y en las siguientes circunstancias: la señora acostumbraba dormir con luz; para atenuar ésta, envolvió el globo de la lámpara incandescente en una servilleta previamente humedecida para que no se incendiase y precisamente, esa precaución fue la que determinó el fuego.

Los relojes no eléctricos

Se empieza á saber en público, que la vecindad de una potente máquina eléctrica basta para producir perturbaciones graves en el funcionamiento de los relojes. Las personas que visitaron las primeras instalaciones de alumbrado eléctrico, notaron al momento que después de haberlas visitado con sus cronómetros, iban éstos en algunos momentos muy ligero, y en otros se retardaban. Cuál es la causa de esta perturbación? Débesse á la imantación del volante, sometido á la influencia del poderoso campo magnético de la máquina; basta, en efecto, desmantar el volante para hacer desaparecer la inconstancia de la marcha.

Puede uno darse cuenta del hecho examinando atentamente la construcción de este importante órgano: el volante está construido con dos medios anillos sostenidos por una de sus extremidades. Este medio anillo lleva cierto número de tornillos de cabeza grande, los que, colocados á distancias irregulares, dan al conjunto el peso exacto y el equilibrio necesario; también se notará que estas mitades de anillos se componen de dos metales superpuestos, hierro y bronce, cuyas coeficiencias de dilatación ó de contracción diferente, aseguran el perfecto equilibrio del mecanismo, con cualquiera temperatura ambiente.

Las partes afectadas por la imantación son el volante y los resortes. El volante ejecuta cinco movimientos por segundo en un reloj ordinario, y basta un ligero movimiento en las fuerzas que lo hacen mover para producir una diferencia de varios minutos por día. Teniendo el volante un movimiento alternativo de adelante hacia atrás, la imantación del gran resorte lo atrae y lo rechaza. Si la atracción ó la repulsión fueran constantes y siempre en el mismo sentido, el reloj marcharía regularmente; pero no es así: cuando el gran resorte ha subido de nuevo, sus polos magnéticos se encuentran en cierta posición; cuando se aflojan cambian constantemente de lugar, de modo que la acción que ejercen cambia constantemente de dirección. Resulta que el efecto producido sobre el volante hace marchar el reloj muy ligero en ciertos momentos y en otros muy lentamente.

El remedio consiste en construir de metal, no magnético, las partes de acero. Con relojes construidos de esta manera, puede uno acercarse impunemente á los dinamos. El empleo de los potentes generadores de electricidad ha tenido, pues, por consecuencia un cambio en la fabricación de los relojes.

Descubrimiento de las manchas del sol

Los habitantes de Ostseel, aldehuela hanoveriana de la Trisia oriental, están erigiendo un monumento á la memoria de su compatriota David Fabricius, médico de campo, á quien se atribuye generalmente el descubrimiento de las manchas del sol. La inauguración se efectuará dentro de algunos meses. El descubrimiento fue publicado en folleto en 1611, en Wittemberg; pretendía el autor que el movimiento de las manchas era una prueba de la rotación solar, indicando además un procedimiento sencillo que después se ha empleado para observarlas y que consiste en hacer penetrar los rayos del sol en el interior de una cámara oscura y recibirlos sobre un cartón blanco.

Restitución de la Palestina á los hebreos

«Un rabino convertido, M. Pereira Mendés, escribió en la *North American Review* del mes de agosto un artículo en el que proponía, como solución de los conflictos internacionales, la restitución de la Palestina al pueblo judío. Después de largas disertaciones encaminadas á lamentar el estado de perpetua guerra en que se encuentra el mundo, el autor concluye exponiendo la necesidad de instituir una corte soberana, un tribunal arbitral que arregle todas las diferencias entre los pueblos. Sería preciso para ello, en primer lugar, codificar y completar el derecho de gentes, complementar la educación del espíritu público, de manera que al crearse la corte suprema universal cuente con una fuerza capaz para sancionar sus decisiones.

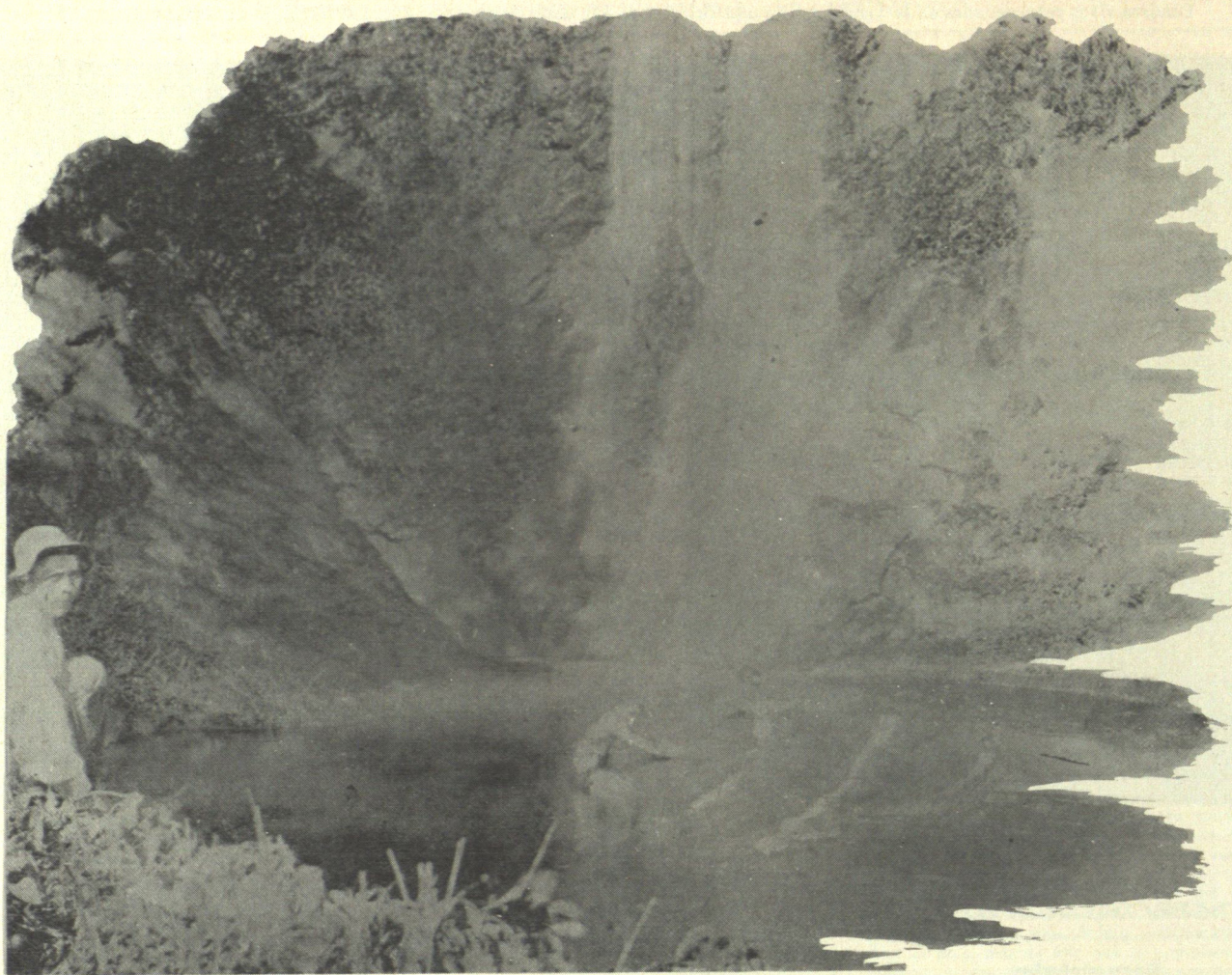
Para ponerse á salvo de toda sospecha y de toda ingerencia política, el tribunal lo formarían los juristas más eminentes y más íntegros de todos los países. Jerusalem sería su residencia. Pero para ejecutar ese proyecto es indispensable antes que todo que los israelitas vuelvan á Palestina, constituida en Estado neutro é inviolable por un acuerdo de las Potencias. Ese Estado no podría aumentarse sino por adquisiciones de territorio; sus fronteras serían las indicadas por la Biblia (Gen., XV, 18-21; Dent., XI, 24). Situada Palestina entre cuatro continentes, contando la Australia, en el punto de convergencia de las vías comerciales del mundo entero, el comercio, las industrias y la agricultura refluirían á aquella tierra esterilizada. Los israelitas conservarían los establecimientos que poseen en varios países y luego de concentrados en el Levante, construirían puertos como Londres, Marsella y Hamburgo en todo el litoral sirio.

La reintegración de Palestina sería el término de la cuestión de Oriente; se suprimirían las rivalidades religiosas y políticas; se restablecería el templo de Salomón, que llegaría á ser lugar de plegaria para los hombres de todos los países, realizándose el propósito del psalmista, de justicia y de paz.»

Sin fósforos

Un inventor americano, M. Duke, acaba de combinar un ingenioso dispositivo gracias al cual no hay necesidad de fósforos para encender los mecheros de gas. Para ello se ha aprovechado la propiedad que tiene la *esponja de platino* de condensar en sus poros las moléculas gaseosas del hidrógeno y calentarse al mismo tiempo, de modo que determina la inflamación del gas.

Al lado del mechero se adapta un pequeño tubo que lleva una especie de tapón formado por la *esponja de platino*; cuando se abre la llave, el gas se desprende y va á condensarse en los poros de la sustancia; en menos de cinco segundos llega á la temperatura del rojo y el gas arde instantáneamente. Este dispositivo tiene la ventaja de evitar los escapes, en caso de dejar abierto el mechero, pues en el acto se encendería, impidiendo todo peligro de envenenamiento ó incendio.



EL POZO DE "EL LOCO." — (De fotografía de Antonio C. Suárez)

Visibilidad de los cuerpos

El mínimo de temperatura á la cual pueden ser luminosos los cuerpos ha sido determinado de nuevo por un físico italiano, Pettinelli, quien lo ha fijado en 415° centígrados para el hierro.

A esa temperatura el rojo desaparece y es reemplazado por un débil fulgor que se extingue hacia los 405°.

El vidrio se hace luminoso á los 435°.

La visibilidad es inversamente proporcional á la superficie calentada.

Para una reducción de la superficie al 40, se necesitan 6° suplementarios; al 200, el suplemento es de 200°; al 300, es de 460°.

Estado del carbono en el interior de la tierra

Sábase que la densidad media de la tierra es muy superior á la de las rocas superficiales y que generalmente se cree que en el interior del globo existen grandes masas metálicas constituidas principalmente por hierro. Encierran carbono?—En caso afirmativo, ¿en qué forma se encuentra en ellas?

Hé ahí el problema que ha abordado M. Moisan. El descubrimiento de diamantes negros en el meteorito de Cañón Diablo sugirió á aquel sabio la idea de que las masas metálicas centrales de la tierra encierran carbono. Así, ha sometido á examen algunos pedazos de meteoritos holosidéreos, esto es, constituidos por aleaciones de hierro y en ellos ha encontrado el carbono ya en sus tres variedades, ya bajo una sola forma.

La espuma de mar

En un informe dirigido recientemente al Gobierno inglés, M. Cumterbatch, cónsul de Angora, indica que los más ricos yacimientos de la espuma de mar se encuentran á 32 kilómetros al sur-este de Eski-Shehir, importante estación del ferrocarril de Anatolie. El cónsul de Bélgica en Constantinopla, que ha visitado últimamente esta comarca, asegura que es muy difícil determinar exactamente la extensión de este yacimiento. Su importancia tiene que ser considerable, si se juzga por las excavaciones que se encuentran á grandes distancias entre sí. Las localidades en donde es más activa esta explotación son Sepetdji-Odjaghi y Kemidji-Odjaghi.

La espuma de mar se extrae como la hulla. Los pozos alcanzan profundidades que varían entre 7m50 y 36 metros y, tan luego como la veta se encuentra se hacen una ó varias galerías horizontales.

No obstante es raro encontrar más de dos para un solo pozo. La piedra que se extrae se llama «ham tash» ó peñón duro. Es, sin embargo, tan blanda que puede ser partida por un cuchillo. Esta piedra es blanca, manchada de amarillo, y está cubierta de una capa de

arcilla colorada de dos centímetros y medio más ó menos de espesor.

Los peñones se venden en este estado en el propio lugar no al peso ni á la medida sino simplemente por cantidades aproximativas. Las compras se hacen por lotes de tres sacos, y el precio de un lote (ó más exactamente de una carga) varía de 125 á 750 francos, según la calidad. Estas piedras se secan y se someten á ciertas preparaciones antes de ser dirigidas á Eski-Shehir. Unas son del grueso de una nuez y otras alcanzan un peso de 50 kilogramos.

Las largas y costosas manipulaciones que sufren antes de ser exportadas son: se desembaraza primero la espuma de mar, de la tierra arcillosa que la cubre; luego se secan. En esto, basta exponerla al sol durante cinco ó seis días; pero en invierno, es necesario recurrir á una pieza calentada á una temperatura suficiente y, aun á estas condiciones, la acción de secar se prolonga durante ocho ó seis días. Después de secos, se limpian y se alisan. En seguida se clasifican en doce categorías.

Cada lote se empaqueta por separado y cada piedra se envuelve en motas de algodón. Todo el producto se envía á Viena, de donde se exporta á los demás países del mundo.

Los más preciosos modelos se envían generalmente á París.

La producción anual es más ó menos de 8 á 10.000 cajas.

Las ostras y las enfermedades infecciosas

A principios de este año, los periódicos de medicina de Inglaterra, tuvieron oportunidad de tratar la cuestión de si las ostras podían transmitir la fiebre tifoidea, y de las indagaciones hechas á propósito de algunos casos observados en América y la Gran Bretaña, se concluyó que aquellos suculentos moluscos debían, en efecto, verse en ciertas condiciones como agentes infecciosos.

Recientemente se ha instruido el mismo proceso, en cuanto al cólera, y se ha visto—retrospectivamente—que en 1893, en Inglaterra, en 50 localidades invadidas por el cólera, 35 se encontraban cerca de Grimsby y Cleethorpes, aldeas del litoral visitadas de mayo á octubre por cerca de 250.000 turistas y bañistas y en las que se hacía un comercio considerable de moluscos.

Buque anfibio

Los dinamarqueses acaban de realizar el grandioso proyecto propuesto hace muchos años por el capitán Eads, para ir del Atlántico al Pacífico, atravesando el istmo de Tehuantepec por medio de un ferrocarril que trasportase los buques.

Un ingeniero sueco, M. C. J. Magnell, acaba de coronar aquel propósito. En la parte septentrional de

la isla de Seeland funciona hace tres meses un buque anfibio, en el cual atraviesan los viajeros los lagos de Lyngby, Tur y Farum, así como los istmos que lo separan. Este buque anfibio se llama el *Svanen* (el Cisne); tiene cuarenta y cinco pies de largo por 10 de ancho; capacidad para 70 personas; fuerza de 27 caballos; ha costado 12.000 coronas, próximamente 17.000 bolívares.

En el paso de los istmos hay colocados rails para la marcha del buque; al llegar este á la orilla, se hace presión sobre una barra dentada saliente hacia el lago: los dientes engranan inmediatamente en el árbol de la hélice que hace girar cuatro ruedas colocadas por pares á popa y á proa del buque; están situadas horizontalmente; son muy anchas y huecas, de manera que cuando están dentro del agua se llenan y sirven de lastre. Al entrar estas ruedas en los rails, la nave queda suspendida algunas pulgadas por sobre el nivel del suelo, de modo que cuando se llega al extremo de la línea y mediante otra presión de la barra dentada las ruedas salen del carril, la hélice entra en juego.

Trátase de construir otros buques por el modelo del *Cisne*.

¿Es el oxígeno un cuerpo simple?

Si así resultare, vendrían á menos todas las bases de la química. Ya se demostró la existencia, en el ázoe, de otro cuerpo, el argón. Hoy se trata de probar que el oxígeno no es cuerpo simple y precisamente se ha entregado á las investigaciones correspondientes el preparador del profesor Ramsay, cuyo nombre ya va unido al descubrimiento del argón. Fúndase el experimentador en que, cuando se somete el oxígeno á la acción de una descarga eléctrica, el cuerpo que va al electrodo positivo aparece con una densidad diferente, Mayor ó menor, según la naturaleza de la descarga. Pregúntase también si ello dependerá de la manera como están agrupadas las moléculas antes y después de la descarga.

Aniversario doloroso

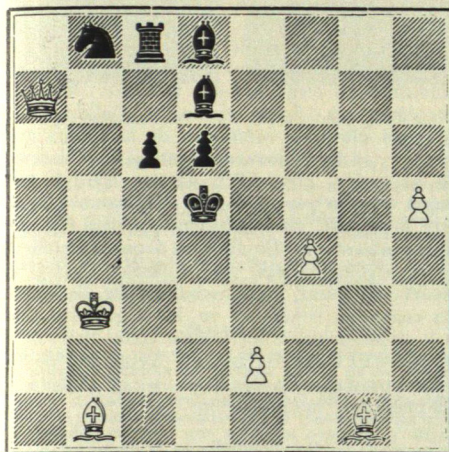
Se ha celebrado en Baviera, con un servicio religioso al cual asistió el príncipe regente, el cuadragésimo—séptimo aniversario del desdichado rey Othón. Desde su advenimiento al trono, el soberano demente no ha abandonado el castillo de Turstenried, rodeado de altas murallas. Ningún habitante de los alrededores puede jactarse de haber visto jamás al pobre enfermo, quien se pasea en el parque acompañado de sus guardias. El único personaje oficial que lo visita una vez al año es el presidente del consejo de ministros, antes de abrirse la sesión. Su último informe dice que el estado físico no deja nada que desear, pero que el estado mental es absolutamente deplorable.



Solución del problema de ajedrez publicado en el número anterior

- | Blancos | Negros |
|-----------------------|-----------------------|
| 1ª Torre á G 4 | 1ª Caballo toma Torre |
| 2ª Arfil á E 4 | 2ª Ad libitum |
| 3ª Caballo á E 6 mate | |
- 1ª Variante**
- | | |
|---------------------|------------------------------|
| 1ª Id | 1ª Peón á B 5, 6 Arfil á D 6 |
| 2ª Peón á D 4+ | 2ª Rey á D 5 |
| 3ª Arfil á G 8 mate | |
- 2ª Variante**
- | | |
|---------------------|--------------------------------------|
| 1ª Id | 1ª Uno de los caballos toma Peón F 3 |
| 2ª Torre á C 4+ | 2ª Rey á D 5 |
| 3ª Arfil á G 8 mate | |
- 3ª Variante**
- | | |
|---------------------|--------------|
| 1ª Id | 1ª Rey á D 5 |
| 2ª Arfil á G 8+ | Rey á C 5 |
| 3ª Torre á C 4 mate | |

NEGRO

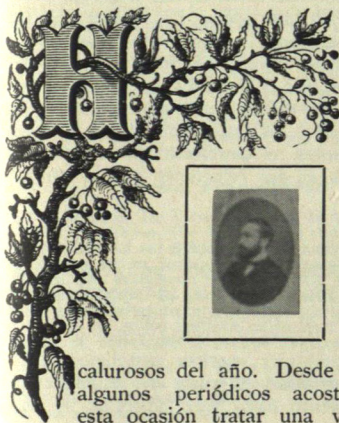


BLANCO

El blanco juega y da mate en 4 jugadas.—Por L. H. I.

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA



A empezado en Madrid la temporada cómica, que así llamamos aquí á la época de invierno en que funcionan los principales teatros, cerrados durante los meses más

que no subvencionan convenientemente á nuestro teatro clásico; y otros—quizás los que más aciertan—atribuyen esa decadencia á la falta de público para las representaciones de las obras serias, tanto de teatro antiguo como de moderno, y á la sobra de afición al *género chico*, que es el que más produce, y, por consiguiente, el que tiene en Madrid más cultivadores. Por otra parte, es evidente que la gente rica y la que no siéndolo la imita por vanidad, no gusta del teatro clásico; cree que sólo *viste* asistir á las funciones del Real, y, si va á los demás teatros, es sólo en los días llamados *de moda*, y aun á esto último, prefiere los teatros en que representan las compañías francesas ó italianas, que todos los años nos visitan.

No se diga que no hay autores: tenemos cinco ó seis realmente buenos; nunca hemos tenido más, y no hay razón para decir que aparecen anticuados y que no salen de los antiguos moldes: hanse casi todos, en estos últimos años, afanado en dar variedad y novedad á la escena española. En cuanto se empezó á hablar del realismo en Francia, tuvimos aquí nuestros dramas *realistas* y hasta *naturalistas*: después, hemos tenido ocasión de aplaudir ó de censurar el drama *jurídico*, el *filosófico*, el *social* y hasta el *económico-político*. Nunca se han visto más satisfechos el capricho y la volubilidad del público novelero. Tenemos obras dramáticas, comedias y sainetes—ó, lo que se llaman piezas cómicas—para todos los gustos y para todas las clases. Tampoco es cierto que falte público que concurre á los espectáculos escénicos. Diez ó doce teatros funcionan en Madrid y otros tantos en Barcelona: dos ó tres en Bilbao, Valencia, Sevilla y Cádiz, y no hay en España población de veinte mil almas que no tenga también abierto su teatro durante el invierno. En Madrid se calcula en seis mil duros diarios lo que, de octubre á mayo, se gasta para el sostenimiento de los teatros. De actores no estamos mal por más que sea cierto que podríamos estar mejor. ¿Por qué, pues, á pesar de esto, es evidente la decadencia de nuestra escena? Creo yo que la causa de este fenómeno radica en que tanto los autores como los actores y, lo que es peor, el público, se han separado del buen camino: en que, llevados del afán de innovaciones, han desdeñado los unos por anticuado, los otros por difícil, la tradición de la escena española; con el pretexto de cooperar á la transformación intelectual de nuestro tiempo, se ha pervertido el gusto, volviendo la espalda bruscamente á los viejos ideales sin vislumbrar perfectamente los nuevos. El arte escénico es todo sentimiento, no hay en él verdadera fuerza intelectual: querer que, sin transiciones se opere el cambio de gustos y direcciones en esta faz del sentimiento artístico, es una temeridad muy expuesta á fracasos. Ni nuestros autores, ni nuestros actores, y aún menos nuestro público, sienten todavía el arte *nuevo*, no digo el arte verdadero. Este vive, como se ha indicado, en el sentimiento de la multitud: el arte es democrático por excelencia: en esta esfera pueden desarrollarse, en lo tocante al teatro, todas las ideas. Las que no lo consiguen son aquellas que no tienen sitio en la escena y sólo caben desembarazadamente en el libro. Ibsen y los autores de *tesis*, no llegarán jamás á ser comprendidos en España. ¿Habrá que volver á los buenos tiempos de la escena española, á aquellos en que, inspirándose nuestros autores dramáticos en la tradición caballeresca, generosa y noble de nuestra raza, se escribían *Don Alvaro*, *Los amantes de Teruel*, *El Trovador*, *Traidor, infanzón y mártir*, *El drama nuevo*, *El hombre de mundo*, *Marcela*, *Un duelo á muerte*, *Juan Lorenzo* y otros de la escuela romántica? En esta duda consiste quizás todo el secreto de la llamada decadencia de nuestro teatro; decadencia que bien pudiera ser tan sólo un fenómeno natural, propio de todas las épocas de transición, como la en que nos encontramos.

**

La primera obra escénica estrenada en la actual temporada, es *La gente nueva*, comedia en tres actos del ya muy conocido autor don Antonio Sánchez Pérez. Se trata de buscar contrastes que se presten á situaciones cómicas entre las viejas y las nuevas ideas dominantes en la sociedad y en la familia. Fácilmente los encuentra el autor: la exposición es buena, los caracteres bien presentados, pero el desarrollo y el final de la comedia, dejan algo que desear: falta en ellos movimiento y vida. El señor Sánchez Pérez es, ante todo, un excelente hablista: cuando no tuviera otro mérito, sus comedias serían siempre recomendables: los personajes de su repertorio, encantan por la sencillez y verdad con que están trazados; todos proceden con discreción, quizás por esto el conjunto de la obra, resulta casi siempre pálido y frío. Esto no obstante, se aplica al señor Sánchez Pérez, y con razón, el título de: maestro en el arte de hacer comedias; las hace bien, se aplauden al presentarlas por vez primera, pero no tiene la fortuna de otros autores que valen infinitamente menos que él y se imponen en la escena.

En el teatro Español no ha habido aún estreno. Hase inaugurado con la representación de la comedia clásica: *Entre lobos anda el juego*, preciosa joya del arte clásico nacional. Toda la prensa de Madrid ha dedicado estos días artículos en alabanza del insigne poeta dramático que con Calderón, Lope de Vega y Moreto, comparte la gloria de la escena española en el siglo de oro de nuestra literatura. Es un homenaje debido á este esclarecido autor que en vida y aun después de su muerte, no ha sido tan considerado como merece.

Para estrenarse en este ó en otros teatros, se anuncian obras de algunos de nuestros más conocidos autores: Echegaray tiene presentado un drama titulado: *El Estigma*. Pérez Galdós, una comedia, *Voluntad*, y un arreglo ó traducción del *Hamlet* de Shakespeare, hecho expresamente para que pueda lucir sus facultades Tuiller, uno de nuestros mejores actores; Feliu y Codina, presenta *La novia*; Guimerá, un drama de estro robusto y vigorosa plástica como todos los suyos, y Ceferino Palencia una comedia basada sobre la novela *Pequeñeces*. Además se anuncia lo que de realizarse sería el acontecimiento de la temporada: un drama de la señora Pardo Bazán, la famosa escritora que, triunfante en cuantos géneros literarios hasta hoy ha intentado, va á probar fortuna en el teatro.

**

Al mentar á la señora Pardo Bazán, autora de la vida de *San Francisco de Asís*, la correlación de ideas me lleva á hablar del hermoso poema que, con este mismo título, acaba de publicar el presbítero don Jacinto Verdager, eximio poeta catalán y celebrado autor de *La Atlántida* y *El Canigó*, dos de los mejores poemas líricos-descriptivos de la moderna literatura española. Oblígame además la circunstancia de ser actualmente el poeta Verdager, objeto de especial curiosidad, desde que se ha dicho en los periódicos que, por creerse víctima de la malquerencia de sus superiores gerárquicos en el sacerdocio, se siente atacado de la enfermedad mental conocida por manía persecutoria. No es esto cierto afortunadamente: las cartas que en su defensa ha publicado el señor Verdager, revelan completa armonía de facultades anímicas, por más que en algún párrafo extreme sus ingenuas fantasías místicas, hasta un punto que, en otra persona, pudiera parecer alarmante.

El padre Verdager es un gran poeta: humilde seminarista, se dio á conocer hace treinta años en los Juegos florales de Barcelona, ganando el primer premio del certamen, con una composición en que se loan hechos de la antigua nacionalidad catalana. Or-

denado presbítero, dedicóse Verdaguer al cultivo de distintos géneros poéticos, y pronto, cuando no por su inspiración robusta, por un perfecto conocimiento del idioma clásico catalán, se puso al nivel de los que entonces con más felices disposiciones cultivaban lo que en aquella región de España todavía se llama *gaya ciencia*. Naturaleza delicada y enfermiza, prescribiósele los médicos viajar por mar, obtuvo una plaza de capellán en uno de nuestros grandes trasatlánticos é hizo varios viajes á América; durante ellos escribió su hermosísimo poema *La Atlántida*, inspirado como su título indica, en las fábulas y viejas crónicas relativas á la real ó supuesta isla que sirvió un tiempo como de puente entre los dos continentes separados por el océano.

El poema, concebido en las soledades del campo donde se había criado Verdaguer, nació robusto al calor de la impresión de ánimo que la vista del mar produjo en aquel joven de exuberante fantasía, pero rudo como un bardo bretón de los que describe Souvestre. Verdaguer es hijo de la región más montañosa de Cataluña.

No tengo espacio bastante en EL COJO ILUSTRADO para analizar este poema, con la amplitud que la importancia del mismo requiere: basta decir que es del género descriptivo, y un prodigio en cuanto á vuelos de la fantasía, erudición clásica, gusto artístico, sobriedad y exactitud en la frase. Nadie diría que quien así escribe es un tímido y sencillo sacerdote. Envié Verdaguer su manuscrito á un nuevo certamen de los Juegos florales, y obtuvo, por unanimidad, otro primer premio. El poema está perfectamente traducido al castellano por uno de nuestros buenos literatos, don Melchor Palau. Más tarde publicó Verdaguer *El Canigó*, otro poema descriptivo que se refiere á los Pirineos. Aquí aparece principalmente cantor de la naturaleza y de las gestas heroicas de su patria, pero á más del poeta legendario, se revela el propagandista cristiano, pues la descripción abunda en alegorías y símbolos encaminados á este fin. Las hadas de la montaña que animan las leyendas populares de aquel país, entran también en el poema de Verdaguer; nos las presenta hermosas, pero pérfidas; en ellas personifica todas las abominaciones de los tiempos antiguos y modernos. Las hadas por lo que tienen de paganas, son causa de todos los males; hasta las hace cómplices de las tiranías y de las invasiones que ha sufrido, en el transcurso de los siglos, la patria española. Este poema es menos clásico que *La Atlántida*, pero hay en él más movimiento y mayor amplitud, quizás demasiada, en la forma. El paso de los Pirineos por Aníbal es el trozo de poesía épica-heroica más hermoso que se ha escrito en los modernos tiempos. Publicó este poema hace ocho años: desde entonces ha estado Verdaguer retraído, apartado al parecer de toda comunicación con las musas. Limosnero de un potentado de Barcelona, la práctica de la caridad distraía del cultivo de las letras. Sólo de vez en cuando, aparecía con alguna composición de carácter místico, muy bella, muy tierna y delicada, pero de escaso vuelo por el espacio del arte. Decíase que el poeta se había agravado en sus dolencias, hasta el punto de sentirse imposibilitado para toda obra intelectual que exige reconcentración del espíritu. Exagerábase. Verdaguer no ha dejado de trabajar, y ha pocos días nos ha agradablemente sorprendido con un nuevo poema, hermoso como suyo, y de un género distinto de los anteriores por él publicados.

Se titula: *San Francisco*, y tiene por objeto describir y ensalzar la figura gloriosa del enamorado de la pobreza, tal como nos lo presentan las poéticas leyendas de la Edad Media; ahondar en lo profundo de aquel corazón sumergido en el amor divino al mismo tiempo que en el amor á la naturaleza. Bajo este último carácter, aparece casi siempre, el Santo descrito por Verdaguer en su nuevo

poema. El misticismo, en su expresión genuina, representado ya en el éxtasis contemplativo de la divinidad, ya en ardorosos arranques y explosiones del sentimiento afectivo, no aparece muy en relieve en la nueva obra. Hay en el misticismo de nuestro poeta algo que semeja tendencia á adorar y glorificar más al Creador en sus obras que en la esencia de su naturaleza incomprensible. Puede ser este efecto de la idiosincrasia del poeta. Verdaguer es un creyente sencillo, todo bondad y amor. Posible es que ya considere extraviados pecaminosos de su juventud, aquellas hermosas fantasías de *La Atlántida*, sobre las Hespéridas, los trabajos de Hércules y el coro de las islas helénicas y tirrenas, fantasías en el fondo completamente paganas.

Lo mejor del nuevo poema es el romance en que nos presenta á San Francisco predicando á los pájaros y las flores, como á criaturas de Dios. También es muy notable, por su sentido que pudiéramos llamar franciscano, la poesía que tiene por título: *Desposorios de San Francisco con la pobreza*. Así como la primera parece inspirada en las *Fioretti*, libro escrito en italiano de autor anónimo del siglo XIV, único en su género, tan poético y de tan puro carácter místico como no se concibe nada mejor tratándose de fantasear sobre los episodios de la vida del gran Fundador, la segunda, parece inspirada en el inmortal fresco que el Giotto pintó en la Basílica de Asís y que describe Ozanam en su obra sobre los poetas franciscanos de Italia en el siglo XIII. No sobra la originalidad; pero no hay que olvidar cuán difícil es decir algo nuevo acerca de San Francisco, después de lo mucho y bueno que de él se ha escrito: limitándonos á España, Castelar y la Pardo Bazán han apurado la materia. El poeta Verdaguer completa la labor fecunda aportando á ella la delicadeza de su sentimiento: aparece, sobre todo, artista consumado y perito en el manejo del idioma regional en que escribe. Lástima que las composiciones de Verdaguer sean de índole tan especialísima, tan delicadas, que pierden mucho al ser traducidas á otro idioma. No sucede así con las de don Víctor Balaguer, Guimerá, Apeles Mestres, y otros eximios poetas catalanes, de los cuales hablaré otro día, pues sin conocerlos es imposible formarse idea del moderno desarrollo de la literatura en España.

Fastenrath es el apellido de un escritor alemán de mérito excepcional, y además gran amigo y admirador de España. Conoce y escribe el idioma castellano como el suyo propio, y no contento con esto, ha aprendido también los idiomas regionales de la península ibérica, y lo que es más notable, ha estudiado concienzudamente la literatura de todas estas regiones, en términos que bien puede decirse de él que es un extranjero que sabe más de España que muchos españoles considerados eminencias en la política, en las ciencias y en el arte. Gracias á su afectuosa solicitud y labor increíble se conocen en Alemania las mejores producciones de la moderna literatura española; no se publica aquí libro realmente importante que de él no hable el señor Fastenrath en alguna de las Revistas de su país: esto cuando no lo traduce y lo publica por su cuenta.

Todo lo de España le interesa, y por consiguiente, ya puede suponerse si tomaría parte activa en la celebración del primer Centenario del descubrimiento de América, hace tres años. Estuvo en España, y asistió á todos los certámenes literarios y á las conferencias científicas; visitó las Exposiciones y enteróse de todo, y en todo intervino con aquella inteligente y afectuosa solicitud que le ha hecho popular entre nosotros.

Fruto de tan laboriosa é inteligente observación, es un libro de más de seiscientas páginas que ha publicado en Leipzig, hace pocos meses. Relata con el hermoso estilo que le es

peculiar las fiestas celebradas en honor del famoso marino genovés, y entra en seguida á hacer un detenido estudio de la vida y hechos del mismo, aportando á asunto tan viejo ideas nuevas; lo cual, por sí sólo, es un gran mérito. No se limita esto: dedica extensos capítulos á tratar cuestiones relacionadas con el descubrimiento de América. Allí aparecen curiosas observaciones acerca los Atlantes y sobre la certeza histórica que tienen las relaciones de viajes de los escandinavos al otro lado del Océano, antes de Colón: se examina, con pasmoso conocimiento del asunto, los grados de cultura de todas las regiones de España en el siglo XV y se explanan notables ideas acerca la influencia de esta cultura en la civilización de la América española.

Nada falta en este libro, el mejor de cuantos se han escrito á propósito del centenario. Hasta incluye, traducidas en verso alemán, algunas buenas poesías que en castellano y en catalán se publicaron en ocasión de aquellas fiestas. Historia, geografía, ciencia, arte, todo lo que á Colón se refiere, aparece allí recopilado paciente y concienzudamente. Es notable entre otros trabajos de esta índole, un artículo que el señor Fastenrath publicó en un periódico español, y reproduce ahora en su libro; versa sobre los exploradores alemanes de la América del Sur, en la época de la conquista.

Con un prólogo de D. José Echegaray, el doctor Pulido, uno de nuestros médicos que más brillan en la esfera científico-literaria, ha publicado un elegante tomo titulado: *Miniaturas científicas*. Suele el doctor Pulido tratar las más elevadas cuestiones de la ciencia que ejerce, y lo hace elocuentemente y con claridad de expresión, cosa difícil en esta clase de trabajos, puesto que al querer hermanar con el arte la ciencia, ordinariamente, ambos resultan desnaturalizados. En el libro á que me refiero se desarrollan ideas muy notables acerca la ciencia de curar, puestas al alcance de todos, las cuales se concretan en los siguientes títulos: "Medicina árabe.—Educación física de la mujer.—El corro de niñas.—Evolución de las enfermedades.—La Medicina y la Pintura.—El poema de la circulación."

La casa editorial de los señores Bailly-Baillière ha publicado una nueva obra: *Los astros habitados*. El asunto no es nuevo ni mucho menos; pero el libro se recomienda primero, por estar escrito por un sacerdote, el señor Pijoan, que no parece asustarse al abordar puntos escabrosos de la ciencia con relación á las llamadas verdades reveladas, y después, por emplearse en él un lenguaje sencillo é inteligible para todos. La misma casa editorial ha publicado el segundo tomo de la obra: *Medicina clínica*, escrita en francés por los profesores Sée y Labadie Lagrave. El nuevo tomo trata del régimen alimenticio, y en él, según dicen los competentes en esta materia, se plantea el problema que encierra la bromatología en sus relaciones con la química moderna.

La Academia Española de la Lengua, anuncia dos certámenes y ofrece un premio y accésit para cada uno de los trabajos siguientes: "Gramática y vocabulario de las obras de Gonzalo de Berceo."—"Biografía y estudio crítico de cualquier escritor castellano, de reconocida autoridad literaria y lingüística, y cuyo nacimiento haya sido anterior al siglo presente."

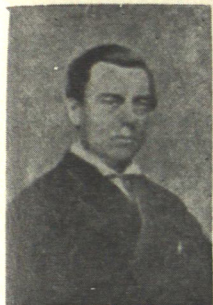
Premio.—Medalla de oro, 2.500 pesetas y 500 ejemplares de la edición que á sus expensas, hará la Academia, de la obra premiada. Accésit.—1.250 pesetas y 250 ejemplares de la obra que merezca esta recompensa, y que igualmente se imprimirá á costa de la corporación. El mérito relativo de las obras que se presenten, no dará derecho al premio

ni al accésit: han de tenerlo absoluto, á juicio de la Academia. Las obras premiadas serán de propiedad de los autores, pero la Academia podrá incluirlas en la colección de las que le pertenecen. El plazo para la presentación de las obras, fine el día 15 de octubre de 1897, y las condiciones de admisión son las acostumbradas en todos los certámenes de esta clase. Aunque no se exprese en la convocatoria, es de suponer que serán admitidos los trabajos de hispano americanos, por lo cual no he considerado ocioso reproducir aquí lo esencial de dicha convocatoria.

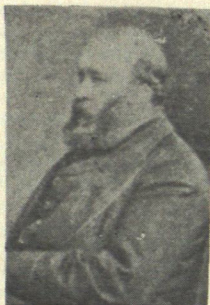
J. GÜELL Y MERCADER

Madrid: 25 de octubre de 1895.

NUESTROS GRABADOS



J. CHAMBERLAIN



MARQUÉS DE SALISBURY

Cuestión anglo-venezolana

Por vía de información insertamos aquí los retratos de los dos ministros de la corona de Inglaterra á quienes toca conocer administrativamente de nuestros asuntos pendientes con la gran Gran Bretaña á causa de la ocupación de la Guayana. Son ellos: Lord Salisbury, el jefe del gabinete de San Jaime, presidente del Consejo de ministros, y Lord Chamberlain, ministro de las colonias británicas.

Retratos

Honran este número: el del señor general Manuel E. Bruzual, notable en nuestra guerra de la Federación, militar gallardo y valeroso, magistrado íntegro y buen ciudadano, y el del general Mateo Valmilla, que á las prendas personales que lo recomendaban unía las virtudes públicas que hicieron conocida y dignamente apreciada su personalidad política. Pertenecen ambos á la serie de venezolanos notables que han figurado en la última mitad del siglo y que desde hace algunos meses venimos publicando. Al señor don León Lameda hemos encargado los rasgos biográficos de ambos militares.

Los cuadros

Los inicia el bajo-relieve de Desvergnés, un símbolo de la historia humana, en la que no sabría establecerse en qué número están los días de congoja, las aflicciones y las angustias, eterno *De profundis* escrito á la entrada de la vida; DAVID es el cuadro de Mlle. Elisabeth Gardner: es la figura seductora del beethlemita ilustre, del rey poeta que hizo inmortal á Israel en los anales de la grandeza antigua; *Por una niniada* ha titulado Peerdit la escena siniestra en que ordena la ley social matar ó morir cuando á la condición humana se trata de arrebatarse su prerrogativa excelsa, sin pesar en los patillos de la suerte individual el abandono del hogar y el luto de la familia; *Separación y Simplicidad* son juguetes del ingenio de Thoren y de Creuze.

Gran Ferrocarril

La estación de La Victoria es una de las principales de esta línea férrea, que atraviesa los valles del Aragua. Está construida en el kilómetro 94; ofrece una vista pintoresca; se ha instalado cuidadosamente, con restaurantes que satisfacen las exigencias del viajero, un espacioso edificio de yeso, un almacén para el despacho y depósito de mercancías, placa giratoria y un tanque de 30.000 litros de capacidad sobre una armadura de hierro de 15 metros de elevación.

Informando acerca de la construcción, utilidad é importancia de esta vía la Compañía constructora, ha escrito en un librito publicado en agosto de este año, los siguientes conceptos:

"El día en que nuestros pueblos hayan recibido las bendiciones de una paz prolongada y palpado sus benéficos resultados; el día en que los Gobiernos se impongan la patriótica tarea de fomentar la inmigración de sanos y laboriosos elementos europeos, que den nuevo impulso á la agricultura, que tiene un enorme campo de desarrollo en los valles Aragua,—figura el Gran Ferrocarril de Venezuela entre los más productivos de la América Meridional, y á su construcción se debe agradecer el progreso de este bendito país, que es digno de la mejor suerte de todos los pueblos!"

Maracaibo

A las vistas publicadas anteriormente añadimos esta de la calle del Obispo Lazo, una de las principales de la capital del Zulia, por las oficinas públicas y edificios notables que en ella se encuentran y por el acceso que presta á los principales puntos de comercio y actividad de la metrópoli occidental.

Barquisimeto

El grupo que publicamos es el de las alumnas del Colegio Nacional de Barquisimeto, del que es Directora la señorita Lucrecia García. La fotografía de que hemos copiado el grupo fue tomada por disposición del señor Presidente del Estado Lara, como un obsequio y un aplauso á las alumnas por el éxito brillante de los exámenes rendidos este año.

Alrededores de Caracas

Son tomadas en las cercanías de la capital las vistas de la choza construida en el cerro del Cachimbo y la del pozo del Loco, sobre las cuevas del monte Ávila. Damos las gracias al joven Suárez que tuvo la bondad de enviarnos las fotografías que han servido de modelo para los grabados.

Círculo Católico "San José"

Entre los actos que celebró esta corporación en Puerto Cabello el día 20 de septiembre, se representaron los dos cuadros vivos que publicamos hoy: el *Angel Guardian*, por las señoritas Isabel Altamira y María Mandret y *Las virtudes teologales*, por las señoritas Mariana de los Ríos, Matilde García Gramero y Teodosia Domínguez.

Damos las gracias á la Junta Directiva del Círculo, que nos ha enviado aquellas fotografías.

Esquina de Gradillas

Nuestros abonados del Interior estarán á esta hora informados del lamentable accidente ocurrido en la esquina de Gradillas, en donde los señores Ramella construyeron una casa de dos pisos que se desplomó antes de estar concluida. Damos la vista tomada en la mañana del desgraciado acontecimiento.

La laguna del diablo

De los Andes se nos ha remitido la fotografía de donde copiamos esta vista, en la que figuran los excursionistas que en 1892 visitaron las vertientes de la Sierra Nevada. En ella se encuentra "la laguna del Diablo," cerca del páramo de los Conejos, que es el monte que se ve al frente.

Ya en uno de nuestros números anteriores hemos dicho cómo es de silenciosa, desolada y entristecedora la naturaleza en aquellos parajes: el aire no se agita sino en cierto hiriente ó en irresistibles huracanes que desgan los flancos de la montaña en moles que rebotan hasta el abismo; el agua de las lagunas tiene oleaje apenas perceptible ó quietud de muerte; la vegetación es paupérrima: á grandes trechos brotan raquíticos arbustos que ceden terreno á la flora entumecida de los picos helados en los que crece el "frailejón," planta de hojas anchas, gruesas y fibrosas que sirven de abrigo contra los rigores de la atmósfera y en las cuales envuelven los naturales la mantequilla criolla; algunos juncos orillan la inmóvil laguna.

Turnero

Fue la capital del antiguo cantón y primera residencia del Gobernador de Aragua. El valle en que está edificada cae á las orillas del Aragua, aunque es su río señor al que pagan tributo el Guaire, el Paya y el mismo Turnero. Situada á las faldas de la serranía de la costa, la naturaleza le ha brindado tierras fertilísimas, valles amenos, selvas que guardan inexplorada riqueza y á cuya entrada se han apostado samanes seculares, que preside el de Güere como soberano. Es su iglesia edificio notable por los caprichos de su arquitectura. La alamedada da vista al sur, á los plantíos que encuadran la rica villa.

Ilustraciones varias

La revista del Parque Central, del señor José Ramón López, así como el artículo del señor Dr. Cabrera Malo, van ilustrados con una vista del gran lago de aquel paseo de Nueva York, y con un pequeño cuadro, *A orillas del pozo*, respectivamente.

Música

Los dos vales que hoy publicamos son de los señores Manuel F. Osío y Arturo N. Ibarra.

SUETOS EDITORIALES

Libros y folletos recibidos.

Informes producidos por los doctores José Loreto Arismendi y Juan Bautista Bance como representantes del señor Zenón Santana, en el juicio seguido contra la compañía mercantil Quintana Hermanos; y copia de la sentencia recaída.

Cuenta que presenta el Gerente de la Compañía anónima Tranvía de Maracaibo, á la Asamblea General de Accionistas, en reunión del 14 de setiembre último.

Nociones geográficas sobre el Mapa de Venezuela para uso de las escuelas primarias de la República, por el señor Pedro A. Lara.—Cumaná.

Cuentos y fantasías por el señor Arturo A. Ambrogi.

Damos cumplidas gracias á los remitentes.

Certamen de "Miniaturas."—Se nos informa que entre las obras enviadas al Certamen promovido por el señor Felipe Valdeirama en su interesante Revista literaria *Miniaturas*, fue premiada "Un Cántaro Ilustre," cuyo autor es el notable escritor venezolano Tulio Febres Cordero.

Dicha composición verá pronto la luz en un elegante folleto.

Pésame.—Presentamos nuestra sincera expresión de condolencia á los señores Emilio H. Velutini y Basilio Couturier, por la muerte de su hijo Carlos Alberto acaecida el 12 de noviembre último.

Pensamientos remitidos.—Como varias personas de entre aquellas á quienes hemos exigido pensamientos autógrafos para honrar nuestro número del 1º de enero próximo, nos han remitido más de una composición, facultándonos para elegir la que destinemos á aquel número, lo hemos hecho así, reservando las restantes para darles cabida en el presente número.

BARTOLOMÉ PALACIOS

Tiene nuestra Revista que registrar hoy una de las más dolorosas defunciones, la del joven Bartolomé Palacios, muerto cuando aún no había llegado á los cinco lustros de su edad. Honradez, rectitud de proceder, pureza de sentimientos, conducta irreprochable, todos los dones del corazón y todas las prendas del carácter, desaparecen en hora menguada, en uno de los miembros de hogar respetable y considerado, como si se propusiera la muerte segar vidas de promesas para la familia y la sociedad. Tuvo las virtudes que hacen fácil y menos penosa esta peregrinación de la vida; cumplió todos los dictados del honor y de la pulcritud; nuestra casa comercial, de la que fue uno de los mejores empleados, tiene para su memoria recuerdo cariñoso, como tuvo aprecio deferente por sus cualidades.

Era hijo del señor Inocente Palacios y descendía por la rama materna del señor don Domingo Hernández, prócer de nuestra Independencia. A sus padres afligidos, á su estimable y numerosa familia, entre la que se cuentan personas de nuestra distinguida amistad, enviamos la expresión sentida de nuestro pésame.

La Triple Alianza—Belleza, Gracia y Hermosura—constituyen la *ofensiva* y *defensiva* de la mujer.

Los polvos y las velutinas, cosméticos y vinagrillos de tocador conceden á la mujer una belleza transitoria tan fugaz como el placer, y que se extingue al extinguirse los últimos compases del primer valle. Salud es todo lo que necesita una mujer para ser siempre bella, graciosa y hermosa.

La "Emulsión de Scott" es una medicina tan necesaria á las mujeres delicadas y enfermizas como lo es á los niños escrofulosos y raquíticos.

Carache, E. Los Andes, Venezuela, Marzo 1º, 1894.

El suscrito, Médico-Cirujano, certifica: que ha prescrito la "Emulsión de Scott" en algunas manifestaciones de la *Escrofulosis* y en ciertos estados de *degradación orgánica*, siempre con recomendables resultados.

DOCTOR C. PARIS.

BUEN CONSEJO.—En esta estación se deben experimentar los productos preconizados para los *Cuidados de la Piel*. A pesar de las temperaturas extremas, la cara y las manos, conservan una *Blancura* y un *Afelpado* maravillosos, si se emplean para la *Toilette Diaria* la *Crème Simon* los *Polvos* de arroz y el *Jabón Simon*.

No se puede dar nada más eficaz contra el *Ardor del Sol*, las *Rogeces* y las *Picaduras de Mosquitos*.

Evítese las falsificaciones, exigiéndose la firma: J. SIMON 13 rue Grange Batelière PARIS.

De venta en todas las buenas farmacias, perfumerías, bazares, y sederías del mundo entero.

CANTO DE BODAS

POR

ENRIQUE CREVILLE

VERSIÓN CASTELLANA

DE

PEDRO SANCHEZ-MARIN

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

(Continuación)

XXV

Desroches entró una mañana á eso de las once en el cuarto de Félix, donde Albina, ayudada por Juana, se entretenía en colocar ramas de mimosa en unos floreros del Japón; la niña alargaba las flores á su amiga, que las disponía con gusto, y en tal faena ambas, formaban un lindo grupo. El poeta, que había entrado como de costumbre sin hacerse anunciar, se detuvo á la puerta para contemplarlas, hasta que Albina, observando su presencia, le hizo seña de que entrase.

—Traigo dos cosas—dijo ocultando la mano derecha;—una noticia que luego diré, y.....

—¿Qué?

—¿No lo adivina usted? Tenía ofrecido algo.....

Juana, que había adquirido alguna confianza con Desroches, se aproximó para ver. Un sonido extraordinario hizo retroceder; después, llena de alegría, exclamó:

—¡Un perrito!

—¡El mío!—dijo Albina riendo;—ya no pensaba en él, aunque hace mucho tiempo que le esperaba; creí que había usted olvidado el ofrecimiento.

—Los de septiembre no eran dignos de usted; pero ahora espero haber satisfecho sus deseos. ¡Hé aquí!

Presentando su mano derecha mostró un perrito encantador, de nariz obtusa, ojos oscuros, rosadas patitas y ensortijada lana, que más que animal de veras parecía una obra de confitería. Juana, golpeando sus manos, saltaba alrededor loca de alegría, hasta que Desroches lo puso sobre las rodillas de Albina que se había sentado al efecto.

—Tiene tres semanas, nunca se ha separado de su madre. Hágale usted contraer desde un principio buenas costumbres, porque es muy enojoso tener que enfadarse con ellos más tarde.....

Su rostro adquirió una expresión picaresca, mientras que añadía en voz baja:—¡Como los maridos!—Albina sonrió melancólicamente; ¡el suyo no había sido bien educado sin duda!

El animalito la miraba con mucha atención, pareciendo inspeccionar su fisonomía; después de este examen, pudiendo apenas tenerse en pie, meneó la cola y lanzó un débil ladrido de alegría, que produjo en Juana una explosión de risa.

—Está usted adoptada—dijo Desroches—ha sido usted de su agrado; es un perrito de gusto. ¿Qué nombre va usted á ponerle?

Albina se volvió hacia Juana, que, avergonzada de haber reído tanto, se levantaba del diván arreglándose los vestidos como para tomar aspecto de corrección.

—¡Tom!—respondió con prontitud la niña.

—¡Vaya por Tom!—dijo Desroches;—es un nombre fácil de pronunciar. ¿Está usted contenta, Albina? Ya tiene usted en qué ocuparse. De aquí á dieciocho meses me maldecirá usted á menudo, pero después..... En fin, solamente un perro puede consolar á usted de la humanidad en este mundo.

Tom, hecho una bolita, dormía sobre las rodillas de su dueña, con absoluto olvido del universo.

—Tráele leche y un poco de pan—dijo Albina á Juana, que salió al instante.—¿Y la noticia?—preguntó á Desroches.

—Que mi pobre hermana ha muerto; apenas me aflige esto, porque la vida era para ella un continuo sufrimiento; Coco es la que tiene una gran pesadumbre.

—¡Pobre Coco!—murmuró Albina. La escena de la muerte de Juan se la representó tan vivamente, que tuvo que pasarse la mano por los ojos para apartar la visión.—¡Pobre Magdalena! ¿qué va á ser de ella?

—Esa es la cuestión precisamente—repuso Desroches.—No puedo tenerla conmigo, porque en mi vida íntima de solterón..... No carece de fortuna, ¿sabe usted? No es rica, pero tiene de qué vivir, y yo la dejaré cuanto poseo..... Esto, por supuesto, lo más

tarde posible. Mientras tanto, ¿qué quiere usted que haga de esta muchacha? En mi casa es conveniente, pero al propio tiempo no deja de tener su contra. He pensado en una cosa que resolvería el problema..... usted está sola todo el día, y podría tomar á Coco para que la sirviera de dama de compañía.

Desroches golpeaba una de sus manos, algo nervioso, con el guante que tenía en la otra. Albina respondió con un signo negativo, dirigiéndole una mirada que contenía todo un mundo de ideas.

—¿No? ¡Imposible! ¡Cómo no!—dijo con viveza, poniéndose colorado.

Albina repitió el mismo signo negativo, y Desroches le tendió la mano, diciéndole:—Perdone usted.

Ambos permanecieron un instante silenciosos, llenos de inmensa tristeza; ella había bajado los ojos contemplando en su interior su ídolo hecho pedazos, su altar destruido, el naufragio de cuanto había creído, amado y esperado. Ni siquiera podía tener en su casa á una criatura que la amaba.....

—Entonces—dijo Desroches—la tendré conmigo; no será muy cómodo, pero ¡bah! todo se arregla en este mundo..... ¡Pobre Coco! al menos, vendrá á ver á usted con frecuencia.

—Todos los días—respondió vivamente Albina—y todo el día, con tal que no viva aquí.....

—Comprendido.

Al marcharse, se cruzó en la puerta con Juana; que volvía, trayendo con la mayor gravedad del mundo, un platillo lleno de leche con migas de pan.

—Cuide usted bien á su rorro, señorita—le dijo al salir.

Ya en la escalera, se volvió: por la puerta entreabierta vio á Juana en cuatro pies, inclinada sobre el plato: el cachorrito bebía con avidez y Albina les miraba sonriente.

—¡A falta de otra cosa mejor—pensó Desroches—un perro y los hijos ajenos son ya algo!

XXVI

Todavía es de noche en el estudio de Félix; esta vez es muy tarde, tan tarde, que el cielo comienza á clarear á través de las vidrieras. El alba de Mayo no se hará esperar; Albina se pasea sobre la alfombra, deteniéndose frecuentemente á causa de la extrema fatiga; pero cuando intenta sentarse, la intolerable agitación nerviosa la pone en pie al instante. El tic tac del reloj del comedor se percibe con claridad por toda la casa, en medio del silencio de la noche. ¡Qué silencio de muerte!

La mañana de aquel día levantóse Félix de mal humor; un resplandor extraño brillaba en sus negros ojos, y su habitual espíritu de contradicción se hallaba particularmente sobreexcitado. Durante el almuerzo no había hecho más que impacientarse á Albina con sus bromas á sangre fría, que la dejaban sin defensa. Marchóse enseguida, respondiendo á la pregunta de:—¿Cuándo volverás?—con un brutal:—¡A la hora de comer, caramba!

Pasó el día, y á las siete media no había vuelto aún; de ordinario solía comer en su casa, encontrando la cocina mejor que fuera, y por un resto de galantería para con su mujer, cuando se quedaba á comer en alguna parte, le mandaba aviso. Aquella tarde Albina le había esperado hasta las ocho, en compañía de Coco, silenciosamente inquieta por semejante tardanza.

Á las diez, Magdalena se fué á su casa y Albina tomó un libro. Eran las doce y veinte, cuando la joven, más inquieta de lo que ella misma creía, trató de calmarse y se acostó. Félix tenía una llave; ¿por qué atormentarse por una cosa que sólo era una falta más de atención?

Dieron las dos: Albina no había podido quedarse dormida; en vano trataba de persuadirse á que Félix, encontrándose bien donde estaba, había tomado sencillamente la determinación de permanecer allí; una última llamarada de su espirante ternura le inspiraba mil temores.

—¡Con tal que no le haya sucedido nada!—se decía á cada momento.

¿Quién sabe? ¡tal vez en el fondo de su alma hubiese preferido verle traer herido á saber que estaba en casa de alguna mujer!

Á las tres se levantó. Tenía un ruido de oídos insoportable, las ropas le abrasaban, la calma atmosférica de la habitación le asfixiaba; encendió una bujía y se sentó en una butaca, á los pies de la cama.

No, ella no podía soportar tal inanición; aguardar inmóvil cualquier acontecimiento cruel, es sufrir dos

veces. Se fué al estudio, encendió el gas y se puso á pasear para aturdir su pensamiento.

Sabía que todo concluiría así; ¿no se lo había dicho á Desroches? Sabía que Félix cualquiera noche se quedaría allí adonde su locura le hubiera arrastrado, sin preocuparse de su mujer, ni de la dignidad del hogar. Ese día había llegado, ¿de qué podía, pues, asombrarse?

¡Cuánta razón tenían las prudentes amigas que, diez años antes, al ir á casarse, le hacían advertencias con palabras encubiertas! ¿Por qué no habían hablado claramente, diciendo todo lo que sabían para detenerla en el ara del altar?

¡Pobre Albina! Armor le había quitado todo: primero la alegría, después el amor, la confianza, la estima; ahora la amistad se iba también, y en su alma desierta no se albergaba ningún sentimiento; sólo quedaba el sitio ensangrentado de donde arrancó sus ilusiones una á una.

De repente le asaltaba el temor de que le hubieran matado en desafío, á traición para robarle, en venganza..... ó acaso el vitriolo..... hay mujeres que no se resignan á ser abandonadas.....

Paseaba febril, tropezando á veces con los muebles. La luz del día penetraba en la estancia, dando á la del gas la apariencia de los cirios que alumbran á los muertos. Apagó las luces y la habitación adquirió un aspecto imponente; jamás la había visto á aquella hora triste de la mañana. ¿Qué importaba la apariencia del cuarto?..... ¡Su alma estaba mucho más llena de espantosas sombras!

Al hacer un movimiento derribó un montón de papeles de música que estaban colocados sobre una silla, y ante sus ojos apareció el CANTO DE BODAS.

Se encogió de hombros como sintiendo lástima de sí por haber amado, creído y llorado. ¡Aunque le hubieran traído moribundo no hubiera vertido una lágrima! ¡Si le hubieran matado, seguramente no sería por ella, sino á causa de alguna otra mujer.

Se echó á reír con una risa lastimera, y un débil gruñido le respondió desde el suelo; miró y vio al perro. Despertado por el ruido salió del canastillo en que dormía, dirigiéndose, vacilante aún, hacia su ama en demanda de una caricia.

Le cogió levantándole hasta la altura de su rostro, y el animalito reclinó con gusto su cabeza contra el tibio cuello de Albina.

—Un perro, no más que un perro queda en mi casa—pensó Albina. Y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Tenía frío; los ruidos de la ciudad comenzaban á dejarse sentir en las calles próximas; los pájaros piaban en los jardines que rodeaban el hotel; la noche había pasado ya; ¿qué la esperaba en aquel día? ¿Estaba viuda en aquella hora matutina, cuando el sol naciente doraba las fachadas de las casas? ¿Viuda? Ciertamente, ¡jamás lo estaría tanto como en aquel momento!

La casa parecía caerse encima; ¿cuándo darían las seis?..... Pensaba ir al cementerio, que era su refugio en los momentos de tristeza.

Fué á su cuarto y se arregló muy despacio, á fin de hacer tiempo. Por fin dieron las seis, pero tuvo miedo de salir tan pronto; ¿qué pensarían los criados? Además la puerta del cementerio estaría cerrada..... Se sentó, concertando en su pensamiento un nuevo plan de vida para el porvenir.

Si es que había ocurrido un accidente á Félix, su conducta estaba trazada; le cuidaría, y una vez curado, acaso cambiaría de vida.

¡Ah! el miserable amor no quería morir. Albina golpeó su corazón, que se obstinaba en esperar.

Y bien, sí, acaso Félix cambiaría si alguna catástrofe hubiese trastornado su vida, pero de todos modos, Albina sólo sería para él una hermana. No quería participar más de aquellos regresos deshonrosos para la esposa que se toma y se deja cual si fuese una infeliz que se encuentra en medio de la calle, y que debe siempre considerarse dichosa con los caprichos de su dueño.

Solamente volviendo herido, enfermo, teniendo necesidad de sus cuidados podría vivir al lado de Armor; y no se arrepentiría de estos nuevos trabajos con tal de devolverle al arte que había abandonado.

Albina percibió en la casa el ruido del despertar de sus habitantes; entonces se puso el sombrero decidida á ir, primero, al cementerio, y después á la prefectura de policía, si al volver á casa no encontraba en ella á Félix. ¡Había condenado muy pronto al pobre hombre! ¡Era demasiado impaciente! Y se

avergonzaba de haberle acusado cuando seguramente era víctima de alguna siniestra aventura.

Antes de salir, y con objeto de que supiesen adonde iba, llamó á su doncella, que acudió asustada, á medio vestir y con los cabellos en desorden.

Las calles presentan á estas horas un extraño aspecto para las personas que no tienen costumbre de frecuentarlas; nunca se encuentran en ellas los mismos rostros, idénticos trajes, ni coches iguales: Albina llegó al cementerio algo azorada por el temor y la vergüenza que le producía la idea de encontrarse con alguien, cual si cometiese alguna falta; las mujeres de su clase no están en la calle á hora tan temprana.

El calor de los rayos del sol que alumbraban el cementerio, lleno de flores y de insectos, regeneró á Albina mientras estaba en pie junto á la lápida, sobre el suelo todavía frío.

¡Cuántas flores! ¿Había muchos muertos que llevasen el nombre de María para que el mes de Mayo les hubiese proporcionado tantas ofrendas?

Un éxtasis bienhechor se apoderó de la joven en medio de aquella tibia atmósfera de primavera, en que la luz nacarada tamizándose á través de los últimos restos de la bruma del alba, hacia el efecto de un rosado velo; sentóse luego en un extremo de la lápida, débil y sin embargo, tranquilizada por el gozo que sentía en aquella mañana primaveral.

Comenzaba el día: ella también se hallaba en la mañana de la vida. A pesar de todo, la quedaban aún días de esplendente sol, noches cuajadas de estrellas, flores en los jardines y en los prados, teniendo á demás á Juana, á Coco, á Desroches, á Tom, á Lorenzo Pontet y tantos otros..... Una imperceptible sonrisa se dibujó en sus labios al pensar que había confundido á Tom y á Lorenzo en el mismo recuerdo.

Una campana que se dejó sentir en aquel instante, la sacó de sus reflexiones; se levantó y apoyando afectuosamente la mano sobre la lápida, como para decirle adiós, emprendió el camino de su casa.

Al llegar á la puerta, vio venir un coche á lo largo de la calle, é instintivamente se detuvo á esperarle. El vehículo se aproximó á la casa, y la mano de Armor abrió la portezuela.

Albina se había quedado inmóvil, petrificada en su temor, que pronto se convirtió en indignación. Félix se bajó, apareciendo con la pechera estropeada y los cabellos y la barba completamente en desorden, como un hombre que acaba de levantarse; sus facciones, los ojos hundidos y los pómulos rojos dábanle el aspecto de un hombre de mal vivir. No estaba muerto ni herido, no: estaba sencillamente derrenegando.

Armor pagó al cochero y advirtió al instante la presencia de una mujer que le miraba. Llevado del instinto de los hombres de su jaez, la dirigió una de esas miradas siempre dispuestas á hacer una conquista, si la ocasión es propicia, cuando reconoció á su mujer.

—¿De dónde vienes á esta hora?—le preguntó con voz terrible, en que una horrorosa sospecha se mostraba en toda su desnudez.

Albina se estremeció como si la hubiese cruzado el rostro; pero reponiéndose muy luego, respondió con voz clara.

—Iba á buscarte á la Morgue. Félix hizo un espantoso gesto, y comprendiendo que aquel no era sitio á propósito para disputar, sacó su llave, abrió la puerta y entró seguido de Albina que no dijo ni una sola palabra.

XXVII

Dos horas más tarde, Albina entraba en casa de Desroches. Con entera calma le refirió cuanto había ocurrido, sin comentarios ni reflexiones que pudiesen herir á Félix.

Si ha podido sospechar de mí una vez, ¡y en qué circunstancias! la vida en común es imposible. Veremos más tarde de tomar una resolución definitiva. Por de pronto, me voy á Étretat. No hay nadie allí en este tiempo, y estaré tranquila. ¿Quiere usted dejarme á Coco?

Magdalena saltó de gozo ante la idea de acompañar á Albina adonde quiera que fuese.

—¡Y Juana!—añadió la joven.

Antes de volver al hotel se pasó por la casa de la señora Maison.

—Déjeme usted á Juana—le dijo—por seis semanas ó dos meses. La enviaré á la escuela en

LA TRASATLÁNTICA



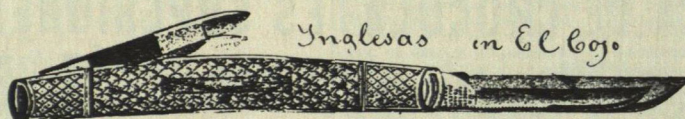
Capital responsable

Bs. 37,500,000.

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

CESAR MÜLLER

Agente General en Venezuela



Inglés en El Cojo

AVISO MUY IMPORTANTE

Teniendo muy en cuenta los intereses de nuestros clientes y para facilitarles el reconocer á primera vista sus **LEGÍTIMOS** productos

El Sr. Legrand, Propietario de la
PERFUMERIA ORIZA, de París

tiene el honor de prevenir su clientela al por mayor y al detalle que á partir del 1° de Enero de 1896. serán puestas á la venta sus principales especialidades:

l'Oriza-Oil, l'Ess-Oriza et l'Oriza-Powder

MODIFICADAS en su aspecto exterior y en su forma, con el objeto de impedir las innumerables y detestables falsificaciones de sus tan conocidos productos.

ACEITE HOGG



Puro de **HIGADOS FRESCOS** de BACALAO
El más activo, el más agradable
y el más nutritivo.

curan **ANEMIA, TÍSIDIS, RAQUITISMO, ESCRÓFULA, etc.**
El Aceite de **HOGG** es recetado por los primeros médicos
del mundo desde hace medio siglo.

(Frascos TRIANGULARES) Farmacia **HOGG**, 2, Rue Castiglione, PARÍS, y Pomerania.

EMULSION HOGG



Con los **Hipofosfitos** de Cal y de Soda
Deliciosa Crema preparada en el **Aceite HOGG**
para las personas que no pueden tomar el aceite
puro. Sirve de golosina á los niños.

Étretat lo mismo que en París. Nos marchamos al mediodía.

Los padres titubearon en un principio, pero después dieron su consentimiento.

Albina mandó hacer la maleta, y al mediodía, el tren condujo á las tres viajeras acompañadas de Tom, cuyo cuidado corría especialmente á cargo de Juana.

Félix al entrar se había acostado entregándose á un profundo sueño; cuando despertó, pidiendo el almuerzo, supo que la señora se había marchado. ¿A dónde? Nadie lo sabía.

Mientras que almorzaba recibió la visita de Desroches.

—He visto á tu mujer esta mañana—le dijo;—me ha dicho que pensaba ausentarse por algún tiempo; si quieres tener noticias tuyas dirígete á mí.

—¡Está bien!—exclamó Armor;—¿eres tú ahora el guardián de mi mujer?

—Se guardará muy bien sola—replicó fríamente Desroches;—además, le he confiado á mi sobrina. Viendo que Félix no daba respuesta alguna, su amigo añadió levantándose:

—En casa del notario encontrarás la parte de sus rentes que te corresponde.

—¿Te vas ya?—dijo Armor con tono malhumorado.

—Sí, tengo que hacer..... Hasta la vista.

Félix le detuvo, agarrándole por el brazo con ademán violento.

—¿Es decir que soy una bestia, un miserable? ¿Mi mujer me deja arrojándose dinero como un hueso á un perro y tú por lo visto lo hallas bien?

—Por lo que al dinero se refiere, no tienes obligación de aceptarlo—dijo Desroches con tranquilidad.—En lo que concierne á la marcha de Albina, confesarás que ninguna razón tiene para estar aquí cuando tú no estás.....

—Armor se encogió de hombros.

—Para una sola vez que he caído en falta encuentro demasiado el rigor que conmigo se emplea. Ya sabes el proverbio: El ruin para mal hacer, disculpas ha menester.

Desroches salió sin responder. Armor dirigió una mirada en torno suyo.

El comedor estaba triste sin el lindo rostro de Albina; é iba á hacer pronto diez años que nunca se había sentado solo ante aquella mesa..... ¿Sería preciso resignarse á vivir solo en lo sucesivo? Dio media vuelta y entró en su cuarto.

—¡Y bien, sea—dijo arrojando violentamente varios objetos en el interior de una maleta;—ella lo habrá querido! ¡Me voy adonde soy bien recibido! ¡Si me agrada quedarme allí, me quedaré! ¡Seré dueño de mis acciones. No veré más caras de vinagre al volver á casa. ¡Ha hecho perfectamente bien! ¡Era lo único que quedaba por hacer, vive Cristo!

Se detuvo cuando la maleta estaba llena y fué á sentarse en una silla para reflexionar. La actitud de Desroches no le agradaba, pues veía en ella una severa reconvención; si sus amigos se declaraban partidarios de su mujer, ya estaba divertido. El discurso de su suegra le vino á la memoria haciéndole sonreír. ¡Hé ahí una que habría inventado sus correspondientes historias si hubiese vivido! ¡Era una suerte no tener nada que temer por ese lado!

Se vistió, y luego que hubo fumado un buen cigarro, salió á la calle. Nada había cambiado en París; nadie parecía haberse apercibido de la sorprendente metamorfosis que acababa de operarse en Armor, encadenado la vispera y libre hoy. ... libre al menos de su mujer, pues le aguardaban otras cadenas, de las que ya arrastraba una más pesada que lo que él creía, pero que no le inquietaba, sabiendo que se li-

braría de ella siempre á cualquier precio que fuese.

Se paseó por los Campos Elíseos, tan lindos en aquella estación del año, y á eso de las seis de la tarde, habiéndose encontrado á la mujer que deseaba ver, se fué á comer alegremente en su compañía en el pabellón de Armenonville. Ni una vez se acordó de Albina. En los hombres de la ralea de Félix, el recuerdo de una mujer amada antes, no pesa más que las hojas del año pasado al árbol que ahora reverdece nuevamente.

XXVIII

Albina trabajaba una tarde en su jardín mientras que Tom se entretenía en abrir un agujero en la arena. Juana estaba en la escuela; los gritos de los muchachos que salían de la clase le anunciaban su próxima vuelta. Coco, siempre entretenida en algún quehacer útil, había ido á vigilar la limpieza de la casa de su tío, cuya llegada no se haría esperar mucho.

El mes de Junio tocaba á su fin; una calma apacible reinaba en aquel ambiente estival, que ofrecía dulce reposo al alma y á los sentidos.

Albina no pensaba en cosas tristes; la sed de vida que había experimentado en el cementerio, la mañana de su salida de París, la siguió á Étretat, en donde gustaba al presente de la paz que sigue á las grandes agitaciones de la existencia.

Esa paz era doblemente bienhechora, pues su encanto había arrojado muy lejos en un pasado nebuloso todas las duras pruebas porque Albina pasara. Pensaba en su marido con cierto disgusto, pero sin cólera. ¡Pobre Félix! se decía de cuando en cuando. Y esta misma piedad carecía de amargura. ¡Estaba tan tranquila en el Chalet! A veces, si se hubiera atrevido hubiese confesado que se encontraba hasta dichosa.

(Continuará)

FABRICA DE CHOCOLATES SUPERIORES Y CACAO EN POLVO SOLUBLE

12 MEDALLAS



CARACAS - VENEZUELA

de mérito, de oro y de plata

Establecida
en 1861

"LA INDIA"

Reformada
en 1895

Situada en el centro productor DEL MEJOR CACAO DEL MUNDO, está montada á la altura de las mejores fábricas francesas; sus productos han obtenido las recompensas más altas en las grandes exhibiciones con

MENTIONES HONORIFICAS

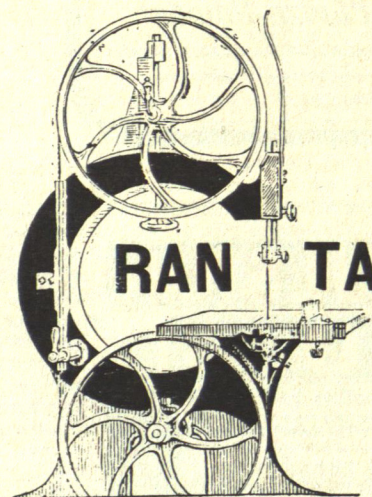
12 MEDALLAS DE MÉRITO, DE ORO Y DE PLATA
Y OBTUVO EL GRAN PREMIO EN CHICAGO, 1893

Depósitos y Agencias en las principales ciudades de las Américas y Europa.

FABRICA: CALLE DE LA ESTACION (CAÑO AMARILLO.) --- MAYOR Y DETAL: AVENIDA SUR, NUMEROS 2 Y 4

Dirección: FULLIE & Ca. - Caracas

ESPECIALIDAD: RAMO DE FABRICAS COMO PUERTAS, VENTANAS, TECHOS, ROMANILLAS, ENTABLADOS, ETC., ETC. TRABAJOS EN LAS MAQUINAS COMO TORNEAR, CALAR, ACEPILLAR, ESCOPLAR, ACERRAR, ESPIGAR, TALADRAR, ETC., ETC.—**PRECIOS EQUITATIVOS.**



RAN TALLER MECANICO DE CARPINTERIA

MUEBLES DE TODAS CLASES.—DEDICAMOS ESPECIAL ATENCION A MOBILIARIOS DE MADERA DE NOGAL. COMPLETA GARANTIA, PUES NADA SE PAGA ANTES DE ESTAR RECIBIDO A COMPLETA SATISFACCION.

EDO. BRAASCH & CA.

Conde á Padre Sierra N. 12—Teléfonos: Viejo N. 1273, Nuevo 47



Tengo el gusto de participar al público en general, y á mis relacionados en particular, que el establecimiento de peluquería y barbería

"SALON DU MONDE FASHIONABLE"

ha sido notablemente reformado y puesto á la altura de los mejores de París, y con un personal entendido, capaz de dejar satisfecho el gusto más refinado.

En esta innovación no he omitido gasto alguno, con el único deseo de poder atender del mejor modo posible á mis numerosos favorecedores.

Y he agregado entre otras cosas, un aparato antiséptico para desinfectar todos los útiles del servicio, por medio de un baño que garantiza el aseo más riguroso.

NOTA.—Como siempre, peinados de última moda, y á domicilio para señoras.

LOUIS CAZAUBON

N. 16 — PAJARITOS A LA PALMA — N. 16

Gran Fábrica de Chocolates y Cacaos



La materia prima de nuestra fabricación es el cacao conocido universalmente por el nombre de **CARACAS**, el cual goza de reputación, hasta ahora indiscutible, como el mejor del mundo.

PABLO RAMELLA Suc.

CARACAS - VENEZUELA

DE VENTA EN TODAS LAS PANADERIAS DE RAMELLA

LA LEGITIMIDAD Y LA HIDALGUA

REAL FABRICA DE GIGARRILLOS

PAQUETES DE PICADURA DE TODAS CLASES

PRUDENCIO RABELL

CON SUS MARCAS ANEXAS

LA HONRADEZ, EL NEGRO BUENO Y EL FENIX

AGRACIADO POR REAL ORDEN DE SU MAJESTAD
EL REY DON ALFONSO XII, CON EL USO DE SUS REALES ARMAS

Los productos de esta Fábrica son elaborados con hojas selectas procedentes de las mejores vegas de Vuelta Abajo, escogidas escrupulosamente por persona inteligentísima en el ramo.

Los cigarrillos son elaborados á máquina, tanto los Elegantes y Panetelas como los Corrientes; lo cual, además de su reconocida calidad y buen gusto, garantiza el aseo y limpieza en su elaboración.

Hay constantemente un surtido general variado y fresco de Elegantes, Panetelas, Bouquets, Bouquet Imperial, Especiales, Camelias Medio Gigante y Gigantes en papel de algodón, trigo, hilo, arroz, pectoral, berro, pulpa y pasta de tabaco, orozuz y chorrito.

Al que lo solicite se le envían precios corrientes de los artículos de la Fábrica y se sirven los pedidos con esmero y prontitud.

DIRECCION: Cable, Rabell. Teléfono, 1.016. Correo, Apartado 117.

PASEO DE TACON (CARLOS III), 193, HABANA

ALMANAQUE DE PARED

PARA 1896

De venta en EL COJO

GRAN SURTIDO DE CASIMIRES

Franceses é Ingleses

CAMISAS ULTIMA NOVEDAD

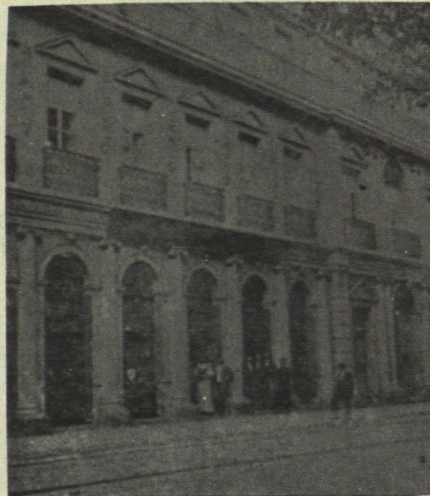
ROPA INTERIOR FINISIMA

de hilo, seda y lana

Medias Medias-Haute Nouveauté

**PAÑUELOS, ELASTICOS
PERFUMERIA**

TELEFONO VIEJO, N. 1923



CUELLOS - PUÑOS - BOTONES

BASTONES-PARAGUAS

y artículos de fantasía para regalos

ESPECIALIDAD

en uniformes militares, levitas
y casacas

Expediciones para el Interior

LOS CORTADORES DE LA CASA SON FRANCESES

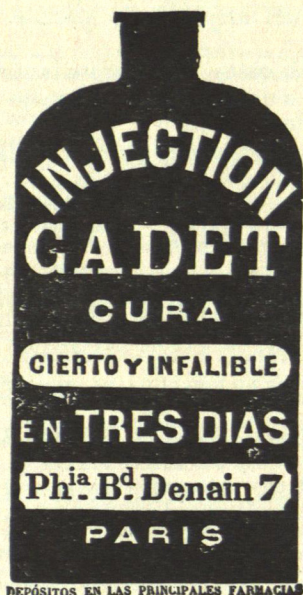
TELEFONO VIEJO, N. 1923

GRAN SASTRERIA DE PARIS — CAMILO SIRET — GRAN SASTRERIA DE PARIS
ENTRE LA TORRE Y EL PRINCIPAL—PLAZA BOLIVAR — CARACAS

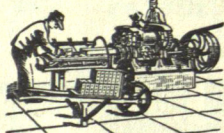
EUREKA!

**para quitar manchas de tinta
en libros y papeles.**

De venta en El Cojo



MATERIAL DE HORNOS DE TEJAS Y LADRILLOS
RECOMPENSADO EN LAS EXPOSICIONES
G. LACROIX (A. & M.)
 177, quai Valmy, PARIS



Se envia franco el resumen del catalogo y por 1 franco el catalogo completo.

Especialidad de
poleas de hierro,
sistema RODGERS.

Túnel metódico para enjugar, privilegio s. g. d. g.
 hornos para cocer los productos cerámicos.

INDICADOR DE LAS CALLES DE CARACAS

En EL COJO

"MAS VALE TARDE QUE NUNCA"

Es un proverbio sabio ; pero es mejor hacer las cosas á tiempo. Muchos tísicos y otros enfermos, encontrándose ya dispuestos á abandonar toda esperanza de vida, han hallado alivio y aún curación usando la Emulsión de Scott ; pero en algunos casos era ya tarde para lograr una curación rápida. La

Emulsion de Scott

arranca el mai de raíz, especialmente usándola á tiempo, cuando comienza la debilidad ó pérdida de carnes. No hay caso de debilidad ó extenuación que resista á este preparado que *produce fuerzas y crea carnes.*

Así lo atestiguan millares de médicos que la recetan en casos de Tos y Catarros, Debilidad Pulmonar, Anémia, Escrófulas y Raquitismo.

La legítima lleva en la cubierta la etiqueta del hombre con el bacalao
a cuestas.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS.

SCOTT y BOWNE. Quimicos. Nueva York.

No hay emplasto poroso como el "Excelsior."



EDICION INTERNACIONAL

Del RETRATO de S. S. LEON XIII
Por CHARTRAN

Este celebre retrato, es

EL ÚNICO AUTÉNTICO
El único para el cual S. S. haya servido de modelo.

El Papa viene representado SENTADO, con su vestido de recepcion.

ENCANTADO DEL PARECIDO, LEON XIII HA

EXPRESANDO AL ARTISTA SU DESEO DE QUE ESTE CUADRO SEA
REPRODUCIDO Y REPARTIDO EN EL MUNDO ENTERO

Grabado: con ácido — Cromograbado — Grabado en dulce
Cromolitografía — Fotocromia — Fototipia — Cromolitografía — Imágenes de color.

EXTASIS DE AMOR

VALS

Por Manuel F. Osio

Piano.

Fin

RECUERDOS DE VALENCIA

VALS

Por Arturo N. Ibarra

This musical score is for a waltz titled "Recuerdos de Valencia" by Arturo N. Ibarra. The piece is in 3/4 time and consists of 32 measures. The notation is written for piano on a grand staff with a treble and bass clef. The key signature has one sharp (F#), indicating the key of D major or B minor. The score includes various musical markings such as dynamics (F, FF, P, F), articulation (crescendo, decrescendo), and performance instructions (cres, dolce, loco). The piece concludes with a double bar line and the word "Fine".

32

32

□□. Fine